



DR. BULLY

y

EL BEBÉ SECRETO

RITMO CARDÍACO



LARISSA DE SILVA

# DOCTOR BULLY Y EL BEBÉ SECRETO

### **Cómo arruinar una vida, Parte I:**

Emborracharse.

Engancharse con una hermosa compañera.

Tener una noche inolvidable.

Intentar olvidarlo de todas formas...

...hasta que la prueba de embarazo de Astrid Andrews dé positiva. Y de repente, sus perspectivas de terminar la universidad no se vean muy bien.

### **Cómo arruinar una vida, Parte II:**

No se lo digas al padre.

Ten una hija hermosa.

Y deja que la sobreprotectora y rica madre del padre intervenga con una oferta que Astrid no pueda rechazar:

Alejarse. Ten su hija, tener su negocia, no molestar nunca más al padre... y ni Astrid ni su hija volverán a necesitar nada jamás.

Es demasiado bueno para dejarlo pasar. Incluso cuando Astrid no puede olvidar esa noche tórrida, y el hombre que sacudió su mundo de manera que no tenía nada que ver con el licor.

### **Cómo arruinar una vida, Parte III:**

Descubre que el Dr. Wes Anderson ha vuelto.

Es adulto.

Y no tiene idea de que la niña de nueve años que se aferra a la pierna de Astrid es suya.

Hace casi una década, Astrid hizo un trato. Ella cumple sus promesas. Pero hay algo claramente deshonesto en la forma en que Wes la hace sentir, especialmente cuando deja claro que la quiere de vuelta, y no acepta un no por respuesta.

Astrid sabe que debe mantenerse alejada. Si no lo hace, podría perderlo todo: su negocio, el futuro que quiere para su hija.

Pero su hija necesita un padre.

Y su cuerpo necesita el toque de Wes.

Él es enérgico. Impositivo. Tomando el control de sus sentidos, hasta que toma todas las decisiones equivocadas de la manera correcta.

Es una amenaza absoluta. No es de extrañar que piense en él como el Dr. Bully.

¿Pero qué pasará con su futuro, si le cuenta a su doctor sobre su bebé secreto?

# **EL DOCTOR BULLY Y EL BEBÉ SECRETO**

**LARISSA DE SILVA**

© Larissa de Silva, 2020

Todos los derechos reservados

Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi lista de correo para una HISTORIA SEXUAL ¡GRATUITA! Está llena de historias sexys llenas de romance como esta, gratuitas y con avances.

No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y sexys que compartir.

No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.

**POR FAVOR, DESCARGA LA ÚLTIMA VERSIÓN DE ESTE LIBRO PARA LA MEJOR EXPERIENCIA DE LECTURA**

## CAPÍTULO UNO

2010

*ASTRID*

Estaba viendo doble.

Y me gustaba lo que estaba viendo.

Era tan alto, con una mata de pelo castaño oscuro, y grandes ojos marrones. Él también me sonreía, y mientras la música golpeaba a nuestro alrededor, nos acercábamos cada vez más. No importaba que estuviéramos afuera y la noche estuviera extrañamente húmeda, o que un montón de otros estudiantes universitarios nos rodearan y pudiera oler el champú, la colonia y el aliento contaminado por el alcohol de todos.

Wes se inclinó y me habló al oído. —¿Quieres otro trago? —preguntó, y su discurso se torció.

Yo asentí. —Bien —dije.

Wes me cogió la mano. La suya estaba caliente y pegajosa, pero la mía probablemente también. Estaba sudando, y la agradable sensación de alcohol había sido reemplazada por un mareo apremiante.

Vi como Wes miraba por encima del hombro, acercándose a él. —Quédate conmigo, chica —dijo, mostrándome una sonrisa tonta cuando lo hizo.

Me reí, pero hice lo que me dijo, acercándome cada vez más a él. Nuestros cuerpos prácticamente se tocaban mientras navegábamos por el mar de la danza, estudiantes borrachos, hacia su suite estudiantil.

Habíamos hecho este viaje muchas veces, pero normalmente estábamos solos. No estábamos rodeados por un millón de otros estudiantes. El patio estaba normalmente desierto, pero siempre nos encontrábamos en medio de la noche. No fue intencional, había sucedido así, cuando el semestre había comenzado.

Pensé en ello cuando finalmente llegamos a la escalera de hormigón que lleva a la suite de Wes. Me acercó a él, me tropecé y prácticamente me caí, y me agarró envolviéndome el brazo alrededor de la cintura. Se rio. —¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, mirándolo. —Sí —dije, mi corazón saltando en mi pecho cuando puse mi mirada en su cara. Estaba tan impresionada con él, y lo odiaba. No íbamos en serio, nunca íbamos a estar en serio, y yo tenía que estar de acuerdo con eso. Me gustaba, pero era realista. Estaba fuera de mi alcance, y lo sabía con certeza.

Si hubiéramos crecido en la misma ciudad, él nunca me habría echado una segunda mirada. Pero esto era la universidad, un universo en sí mismo, y eso era suficiente.

Me miró fijamente. —Ace, ¿seguro que estás bien?

Asentí con la cabeza, cerrando los ojos. —Creo que he bebido demasiado.

Me miró de arriba a abajo, con sus ojos brillantes. —¿Te acompaño a tu dormitorio?

—No —respondí—. No, no. No quiero ver a mis compañeras de cuarto.

Sonrió. Sólo tuvimos que subir unas cuantas escaleras más antes de llegar a su puerta roja, el número 'tres' grabado sobre la mirilla en letras doradas.

Me soltó, hurgó en su bolsillo y recuperó su llave. Me sonrió, triunfante, y abrió la puerta, aunque le costó mucho esfuerzo.

Una vez abierta la puerta, extendió su mano y yo la agarré. Entró en la habitación, y yo entré detrás de él. Me reí un poco mientras miraba su suite, que siempre me pareció extrañamente

limpia. Tal vez esa era una de las ventajas de no tener que vivir con compañeros de cuarto.

Me las arreglé para abrirme paso de forma inestable hacia su cocinita improvisada. La bebida, de alguna manera, se las había arreglado para emborracharme aún más que antes, acercándose sigilosamente a mí como un repentino golpe de suerte.

—Agua —dijo Wes. Prácticamente podía oír lo seca que tenía la boca. —Para los dos  
Le sonreí mientras tomaba dos vasos de la tabla de drenaje y me daba uno.

Me apoyé en el mostrador e hice lo posible para llevarme el vaso a la boca. Lo tenía en la barbilla, lo que me hizo reír, y también hizo reír a Wes.

—Escucha —dice. —Los dos estamos demasiado... Intentemos esto de nuevo mañana, ¿vale?

Sacudí la cabeza. —No —dije, señalándolo sin ninguna razón. —No, no. Vine aquí para hacer una cosa y sólo una cosa.

Wes se rio, echando la cabeza hacia atrás. —¿Así que no estás aquí sólo porque te gusta pasar el rato conmigo?

Me quejé en negación. —No eres malo. Pero no eres un gran conversador —dije. O traté de decir. Estaba borracha, y la palabra "conversador" sonaba como una absoluta tontería.

—Grosera —dijo, riéndose. —Termina tu agua, y luego te llevaremos a la cama.

—¿Nos meteremos los dos en la cama?

—No —dijo, sonriéndome. —Esta noche no, Ace.

—Boo —le respondí, mirándolo fijamente, pero terminé mi agua. Me cogió la mano y me llevó a su cama. Le rodeé el cuello con los brazos y me reí mientras intentábamos besarnos torpemente, sin poder hacerlo.

—Mañana —dijo—. Duerme ahora.

—No estoy cansada.

—Lo estás —respondió—. Simplemente no lo sabes todavía. Estamos demasiado jodidos para esto.

—Nosotros... no. Estamos *bien*.

—Vale —dijo, riéndose mientras me esponjaba una almohada. —¿Qué tal si hacemos un trato? Si sigues despierta en cinco minutos, nos besaremos.

Me reí, dándome la vuelta. —Sí —dije—. Me gusta como suena eso.

Y luego no recordaba nada en absoluto.

\*\*\*

Me desperté con un dolor de cabeza punzante, mis labios secos y mi estómago en nudos. El sol estaba justo en mi cara y no estaba en un lugar particularmente familiar.

Las mantas eran muy pesadas y me daban calor. Intenté quitármelas, pero me dolía todo el cuerpo. Gruñendo, finalmente me las arreglé para mover el edredón de la parte superior de mi cuerpo.

—Café —dijo Wes, entregándome una taza de poliestireno con el logo del campus. —Parece que lo necesitas.

Me giré. —No hay necesidad de gritar —dije en voz baja.

—¿Quieres decir, 'gracias, Wes'?

Cerré mis ojos, agarré el café y tomé un sorbo. Todavía estaba muy caliente, pero lo aprecié. —Gracias, Wes —dije.

—También te traje un McMuffin —dijo—. Son particularmente buenos cuando los dejas enfriar por un rato.

Sonreí. —¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Demasiado tiempo —dijo, mostrándome una bolsa de papel marrón con la comida dentro. — Tuve tiempo de ir a tomar un café, luego a McDonald's, e incluso tuve tiempo de contemplar la posibilidad de estudiar.

Me volví hacia él. —Claramente me he quedado demasiado tiempo —le dije—. Me comeré esto y desapareceré de tu vista. ¿Cuánto te debo?

—¿Por el McMuffin de huevo? Creo que estaré bien —respondió.

Puse los ojos en blanco. No parecía una amabilidad cuando estaba siendo sarcástico.

Parecía notar el cambio en mi expresión, porque se acercó a mí y me apartó el pelo de la frente. —Oye —dijo—. Lo siento. No quise hacerte sentir mal.

Todavía podía oler el alcohol en su aliento, y no creía que me estuviera yendo mejor. Lo miré, con esos enormes ojos marrones, y sonreí. —No —dije—. No me debes nada. Gracias.

Asintió, sonriéndome, y luego se acercó a mí hasta que sus labios estuvieron sobre los míos. Su toque fue cálido y suave, y el beso sólo duró unos segundos antes de que se alejara.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió—. Te traje... un pastel de manzana. Está más caliente que el sol, y probablemente asqueroso, pero pensé, ¿qué es el desayuno sin postre?

—Puede que seas uno de los buenos —respondí.

—Tal vez —dijo—. Lo intento.

Una vez que comí y bebí mi café, me sentí mucho mejor. —No eres malo en esto —dije, limpiándome la boca con una servilleta de la marca. —¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, considerándolo todo —dijo, sentado a mi lado en la cama, hundiendo su cuerpo en el colchón a mi lado. —Anoche estaba más que borracho, y no sé si ese futón es bueno para mis articulaciones.

—Tienes como veinte años —dije, un poco indignado. —¿Cómo puedes estar preocupado por tus articulaciones?

—Atletismo —respondió—. Necesito asegurarme de que mis rodillas están en forma si quiero ser capaz de competir.

—Podrías intentar engrasarlas.

—Idea sensata —respondió—. Tal vez deberías ser médico, Ace.

Incliné mi cabeza mientras lo miraba. —Escucha —dije—. Lamento haberme puesto muy mal anoche. No te envié ese mensaje de texto para que tuvieras que cuidarme toda la noche.

—Lo sé —dijo, luego me miró y sonrió. —Tampoco es por eso que te recogí, pero no me importó. Pensé que era algo agradable, de verdad.

—¿Lo hiciste?

—No eres una persona difícil de cuidar —dijo—. No vomitaste nada, así que eso te da una ventaja en mi libro.

Me lamí los labios. —¿Haces esto a menudo?

Ladeó la cabeza, levantando una ceja perfectamente enmarcada. —Teníamos un acuerdo.

Me mordí el labio inferior. —Tienes razón —dije—. Lo siento.

Suspiró, y luego levantó mi cara con un dedo torcido bajo mi barbilla. Presionó sus labios contra los míos otra vez, y supo salado y dulce. Estaba exhausta y me dolía el cuerpo, pero de repente me quedé sin aliento por él, y supe lo que tenía que hacer.

Lo que mi cuerpo me exigía hacer. Cuando se alejó de mí, estaba sonriendo. —Sabes a tarta de manzana —dijo.

—Sabes a café —le respondí.



Ladeó la cabeza, con los ojos entrecerrados. —¿Estás totalmente sobria ahora?

—Como monja —dije.

Se mordió el labio inferior. —Sigue hablando así —dijo—. Y no podré quitarte las manos de encima.

—No sabía que te gustaba la mujer religiosa —le respondí, riendo mientras se arrastraba sobre mí, presionando sus labios contra los míos y bajando su cuerpo sobre mí.

Llevaba un pijama muy caro, y me di cuenta de que aún llevaba el vestido de la noche anterior. La tela de su camisa era mucho más bonita y suave que el edredón, que mi propio vestido. Pero sólo me concentré en la suave tela de su camisa por un segundo, porque en el momento en que mis manos tocaron su pecho, pude sentir que mi corazón comenzaba a latir rápido, y todo mi cuerpo comenzaba a calentarse debajo de él.

Sus besos fueron suaves al principio, luego más insistentes. Respiró profundamente, presionando su cuerpo contra el mío, y yo agarré la parte inferior de su camisa y metí la punta de mis dedos en su piel sorprendentemente suave. Gimió, con su voz baja y tranquila, lo que siempre fue suficiente para volverme loca.

Mi pierna subió sola, y pronto me di cuenta de que había abierto mi cuerpo de tal manera que el suyo estaba justo encima de mí, y pude sentir lo duro que estaba, y había empezado a mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás, sólo un poco, lo suficiente para hacerme saber cuánto me deseaba.

Incluso a través de la tela de panties y sus pantalones para correr, ya sentía que iba a explotar. Hizo una pausa, por un segundo, y luego se mordió el labio inferior. —¿Quieres que te coja?

Lo miré. Sus ojos marrones brillaban, y había dejado de moverse en absoluto. Sus mejillas estaban rojas, y pude ver las gotas de sudor en su frente.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza.

—Dime —dijo.

Volví a abrir los ojos y lo miré directamente.

Siempre había sido dolorosamente tímida. Sólo que no lo era cuando estaba cerca de él. Algo me pasó cuando estaba cerca de él, y fue como si quisiera ser alguien que no era. Como si quererlo, como si deseara a este hombre, porque era el primer hombre de verdad que había encontrado, fuera suficiente para quitarme todas mis inhibiciones, y sólo... pedir lo que quería. Pedir lo que necesitaba de él.

Y cada vez que me hacía pedírselo, me volvía loca.

—Fóllame, Wes —dije, mi voz temblaba.

Se mordió el labio inferior, una sonrisa en su cara. —¿Qué dices?

—Fóllame, *por favor*—, dije. Sonaba como si estuviera suplicando. Lo estaba haciendo.

No había que decírselo dos veces. Movié su mano suavemente desde mi brazo, a través de mis pechos, a través de mi estómago, y hasta entre mis piernas. Sentí las puntas de sus dedos rozando mi cuerpo, y mi cuerpo se tensó, mi espalda se arqueó para buscar su toque.

—Realmente quieres esto, ¿no?

—Sí —dije, apenas reconociendo mi propia voz. —De verdad que sí.

Enhebró su dedo entre el elástico de mi tanga y mi piel, y luego la deslizó por mis piernas muy hábil y rápidamente, y de repente quedé completamente expuesta ante él.

Se tomó un segundo, sólo un segundo, para mirarme. —Mierda —dijo, más para sí mismo que a mí. Lo miré, buscando en su cara para averiguar si era algo bueno o malo, pero no tuve que esperar mucho tiempo. Antes de que pudiera averiguar lo que estaba pasando, pude sentir su aliento en el interior de mis muslos. Usó sus dedos para abrirme y luego lamió alrededor de mi

clítoris, lenta y deliberadamente, esperando que reaccionara antes de insertar un dedo libre en mí, enroscándolo ligeramente y dejando que me acostumbrara a él primero.

Me estaba prestando atención, y lo sentí en la forma en que su lengua se movía por mi clítoris, aplicando un poco de presión extra de vez en cuando, su respiración se aceleraba cada pocos segundos. Él me quería, tenía hambre de mí, y yo podía sentirlo con cada movimiento, con cada gemido, con cada toque. Presionó su dedo dentro mio, uno al principio, luego dos, luego otro, todo mientras me lamía el clítoris, mientras me veía prácticamente morir de placer debajo de él y luego se alejaba de mí cada vez, siempre negándome la dulce liberación de un orgasmo desesperadamente necesario.

—Bien —dijo, su aliento me hacía cosquillas en la piel. —Está bien.

Lo vi arrodillarse. Deslizó sus pantalones de correr por sus piernas, y luego se los quitó por completo. Miré su polla, que fue estrangulada por sus calzoncillos Calvin Klein negros, y tardó un segundo demasiado largo antes de quitárselos también. Le gustaba que me gustara mirarlo, pero sabía cuánto lo quería.

Cuánto lo necesitaba.

Frunció el ceño por un segundo mientras escudriñaba la mesita de noche a mi lado, su atención, que había sido tan obviamente cautivada hace unos segundos, ahora estaba completamente fuera de mí.

—¿Qué es? —Le pregunté.

—Creo que no me quedan condones —dijo, frunciendo el ceño, con la mirada fija en la mesita de noche.

Me lamí los labios, mi corazón se desplomó. Condones. Por supuesto que sí.

—Está bien —dije después de pensarlo un segundo. —Estoy tomando la píldora.

Se mordió el labio inferior. —Bien —dijo—. Porque no puedo soportar otro segundo de no estar dentro de ti.

Se inclinó y me besó en los labios, primero suavemente, luego se colocó entre mis piernas y se apretó contra mí, primero lentamente y luego un poco más rápido.

Su mirada se posó en mí, y se mordió el labio inferior mientras empezaba a ir más y más rápido. Se sostenía a sí mismo con los brazos prácticamente rectos, y se movía cada vez más rápido, ágil y hermoso, y me hacía sentir que iba a explotar con cada empuje, con cada movimiento de sus caderas.

Su cabeza se inclinaba hacia mí, mordisqueaba su labio inferior, y consultó mi expresión para pedirme permiso para ir aún más rápido. Yo no podía hablar. No era capaz de hacerlo. Mi boca estaba seca, todo mi cuerpo estaba demasiado caliente, y podía sentir que me doblaba bajo su cuerpo delgado y masculino.

Había una parte de mí que quería mirarlo. Quería mirar sus músculos, la forma en que sus brazos se flexionaban cada vez que se movía, el parpadeo de sus ojos.

Pero el placer me tiraba, me hacía inútil, y no podía evitar rendirme ante él. Deslicé la cabeza hacia atrás, abrí la boca, y escuché mientras me preguntaba cuán cerca estaba.

—Cerca —murmuré en voz baja.

—¿Puedo terminar dentro de ti? —preguntó, con su voz ronca y su respiración temblorosa.

Abrí los ojos, lo miré directamente y asentí con la cabeza. —Sí —dije—. Sí.

Asintió con la cabeza, su respiración temblorosa, y luego comenzó a ir más y más rápido, empujándose hacia mí, el calor subiendo desde el centro de mi cuerpo a las puntas de mis dedos, a todas mis extremidades, los dedos de mis pies se curvaban al sentir un orgasmo que se extendía por todo mi cuerpo. Mientras el placer sacudía mi cuerpo, sentía como si el resto de mis sentidos

estuvieran siendo privados, lo único que podía sentir era el placer recorriendo mi cuerpo como si fueran fuegos artificiales, estallando bajo mi piel en pequeñas explosiones hasta que gritaba el nombre de Wes, hasta que le decía, sin aliento, que iba a terminar, y otras palabras que no podía entender realmente aunque salieran de mi boca.

Él también estaba llegando, sentí su cuerpo flexionándose sobre mí, sus músculos tensos, y el dulce borde de su voz masculina mientras gemía, sólo una vez, lo suficiente para hacerme saber que había terminado. Ambos terminamos de montar la ola al mismo tiempo, y él prácticamente se desplomó sobre mí, teniendo cuidado de no aplastarme cuando lo hizo.

Cuando apartó su cara de mí, me besó en la mejilla. —Estás sudando —dijo, con una risa.

—Tú también —le respondí, sonriéndole. —Y estás pesado.

—Lo siento —dijo, dándose la vuelta para no estar más encima de mí. Su cuerpo cayó sobre la cama, haciendo un ruido cuando lo hizo. Estuvimos callados por un rato, luego pasó saliva. —  
Ace.

—¿Hmm?

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

## CAPÍTULO DOS

2010

### *ASTRID*

Me senté y miré las manecillas del reloj.

No había pasado ni un minuto, y cada segundo se sentía tortuoso. No es que fuera a obtener un resultado diferente. Ya me había hecho cuatro pruebas de embarazo diferentes, todas ellas de diferente precio, y ninguna de ellas había dicho algo diferente.

Tenía un retraso.

Tenía dos semanas de retraso.

Mi período era siempre estable, prácticamente podía saber la hora por él. Incluso antes de empezar a tomar anticonceptivos, empezaba el día 28 de mi ciclo, sin falta, normalmente temprano por la mañana.

Pero no había llegado, y aunque tenía una sospecha, no estaba segura. Estaba estresada, preocupada por los exámenes, y sabía que eso podría afectar los ciclos menstruales. El problema era que, aunque lo sabía racionalmente, era poco probable que el estrés afectara a mi ciclo. Incluso cuando mi padre había muerto, mi cuerpo seguía funcionando, como un reloj.

No quería pensar en ello. No quería enfrentar los hechos. Los hechos eran obvios, y eran dolorosos.

Había sido una estúpida.

Había sido irresponsable.

Había quedado embarazada, y era el bebé de un amante. Ni siquiera el bebé de un novio, no. No podría haber cometido un error con un compañero comprometido a mi lado.

Alguien cuyo apellido apenas conocía.

Cerré los ojos y traté de respirar profundamente, tratando de estabilizar mi ritmo cardíaco.

El sonido de los golpes llegó rápido y fuerte, lo suficiente para sacudirme hasta la médula.

—¡Astrid! —Alyssa, mi compañera de cuarto, dijo. —Has estado ahí dentro desde siempre. Sabes que compartimos el baño, ¿verdad?

Tragué, mirando todos los test de embarazo descartados en la repisa, junto al lavamanos. —Lo siento, Lys —dije—. No me siento muy bien. ¿Te importa ir al gimnasio?

—¿En serio?

—¿Quieres que te delecte diarrea? —Pregunté, un poco más bruscamente de lo que esperaba.

Ella se quejó. —¡Bien! —dijo. —Pero me vas a pagar por esto.

Me quejé en respuesta. Sus pasos retrocedieron cuando salió de nuestra habitación compartida, y me desplomé instantáneamente sobre el inodoro, con las manos temblando.

Tenía que hacer algo. Tenía que decírselo a alguien.

Pero no sabía a quién decírselo, y lo último que quería hacer era llamar a Wes.

Su voz aún resonaba en mi cabeza. *Teníamos un acuerdo.*

Y lo habíamos acordado. No tenía a nadie más, pero él no pudo preguntarme sobre eso. No sabía nada de él. Pasamos las noches de los viernes y los sábados juntos, explorando los cuerpos del otro, siempre con torpeza, pero sin embargo con alegría.

Sin embargo, siempre había esa incomodidad al día siguiente, cuando siempre me preguntaba si quería volver a mi habitación y yo siempre le decía que no, incluso cuando lo hacía. Sabía cuándo me había quedado demasiado tiempo.

Esta era la definición de quedarse más de lo debido.

Miré mis piernas desnudas, que estaban temblando. Pude haber pensado en mis opciones por un segundo, pero inmediatamente supe exactamente lo que quería. Lo que necesitaba hacer.

Ya sea por mi cuenta o con alguien más.

No quería tener hijos. Al menos no todavía.

Nunca había pensado que quería tener hijos, no hasta que me estableciera, con una carrera. No sólo era la primera mujer de mi familia en ir a la universidad, era la primera persona. Se suponía que debía hacer que mis padres se sintieran orgullosos.

Pero lo que había querido antes no importaba.

Quería este niño.

Aunque estaba desesperadamente asustada.

En lugar de hacer que mi familia se sintiera orgullosa, estaba prácticamente sollozando junto a una pila de pruebas de embarazo positivas que sabía que tendría que esconder de mi compañera de cuarto.

Saqué la bolsa de la papelería. Recogí las pruebas de embarazo, las cinco, y luego hice un nudo impenetrable en la bolsa de plástico. Estaba paranoica porque todavía se podía ver dentro, así que abrí la puerta para asegurarme de que Alyssa todavía no estaba.

La habitación estaba felizmente vacía. Aún con la bolsa en la mano, corrí hacia mi cama y me arrodillé, tomando un recipiente de Tupperware con el resto de mis bolsas de basura metidas en él. Agarré una de las grandes negras, empujé la transparente dentro de ella y le hice otro nudo alrededor.

Escuché el ruido del pomo de la puerta, y Lys entró. Me mostró una sonrisa antes de parecer preocupada. —Te ves un poco verde —dijo, y luego su mirada se dirigió a la bolsa de basura. —¿Y estás sacando la basura?

Agité mi mano frente a mi cara. —No preguntes —dije.

Ella levantó las cejas. —Está bien —dijo—. Claro. Pero parece que te vas a desmayar.

Asentí con la cabeza. —Sí —dije—. No me siento bien.

—¿Necesitas...?

—Creo que voy a ir a la clínica —dije, prácticamente saliendo de la habitación.

—¿Quieres que adivine que no? —la oí decir mientras cerraba la puerta detrás de mí. No quería que se ofreciera a venir conmigo, porque me preocupaba que fuera a presionarme. No estaba preparada para decírselo. No estaba lista para decírselo a nadie.

Me dirigí a la clínica de servicios de salud de los estudiantes, que estaba al otro lado del campus, caminando enérgicamente hasta allí. Solo me detuve para tirar la basura, en el contenedor azul gigante al otro lado de nuestro pasillo. No quise correr, porque si me encontraba con alguien que conocía entonces tendría que explicarme.

No era una buena mentirosa. No quería hacerme la prueba.

Llegué al centro de salud, sudando y sin aliento. Busqué en la habitación una recepcionista, una niña pequeña con pelo negro azul. —Hola —dije—. ¿Hay un médico disponible?

—Siéntate, por favor —dijo la chica. —¿Tienes tu carné de estudiante?

—Sí —respondí. Saqué mi billetera del bolsillo trasero de mis pantalones cortos, le entregué la identificación y esperé mientras ella escribía lentamente mi información en la computadora. Observé sus uñas en el teclado. Eran demasiado largas y le impedían hacer el trabajo rápidamente. Quise acercarme y escribir mi nombre por ella y hacerlo más fácil. Hacerlo rápido.

Esperé, golpeando mi pie en el suelo de baldosas.

—Puede que haya que esperar poco —dijo—. Sólo confirmame que no es un traumatismo

craneal o una emergencia, por favor.

—Sólo necesito ver a un médico —dije.

Ella me miró fijamente.

Me lamí los labios. —No es una emergencia.

—Bien —dijo, prácticamente poniendo los ojos en blanco. Claramente me había convertido en una molestia. —Siéntate, por favor.

Me senté y le devolví la mirada. No había nadie más en el vestíbulo. Sabía que la gente tenía citas, pero los que no tienen cita también son bienvenidos.

No quería decir que lo fuera.

Esperé durante lo que parecieron años, al menos veinte minutos, antes de que una enfermera me llamara a la parte de atrás.

La seguí hasta la parte de atrás y me dijo que me sentara en una habitación privada. Me tomó la presión sanguínea, la altura y el peso, y cuando me preguntó para qué estaba allí, todo lo que pude hacer fue sacudir la cabeza.

Cuando la doctora llegó, mi boca estaba seca y no tenía ni idea de cómo iba a hablar con ella.

—Oye —dijo. Era una mujer de unos cuarenta años, con el pelo rubio y liso, y con líneas de expresión alrededor de los ojos. —¿Cómo puedo ayudarte hoy, cariño?

La miré fijamente, con los ojos llenos de lágrimas. No esperaba llorar por ello.

Se sentó delante de mí, con el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—Yo... me hice una prueba de embarazo.

Ella ladeó la cabeza. —¿Quieres confirmar que fue positiva?

Asentí con la cabeza.

—¿Quiere que encuentre un consejero?

Sacudí la cabeza.

—Bien —dijo—. Vamos a tomar una muestra de sangre, y luego, vamos a hablar de esto. ¿Cómo suena eso?

Me encogí de hombros. Cualquier impulso parecía haberme abandonado, y de repente no podía hablar. No sabía cómo iba a enfrentarme a esto. Puse mi cabeza en mis manos, y sentí a la doctora apretando mi hombro.

—No estás sola —dijo—. Y hay opciones.

La miré. —Sólo quiero que no haya sucedido.

Asintió con la cabeza, con la compasión escrita en su cara. —Saquemos un poco de sangre, y luego veremos qué pasa contigo.

\*\*\*

—Tres semanas —dijo mi madre.

Tuve que decírselo. Pensé que se iba a poner furiosa. Sabía que lo estaba.

Lo que no esperaba era la frialdad de su voz, la decepción obvia. Esperaba furia, no resignación.

Furia que podría haber enfrentado, pero la suave decepción en su voz, la forma en que sonaba como si pudiera decir que iba a arruinar todo, no estaba segura de cómo lidiar con eso. No estaba lista para hacerlo.

—Mamá, yo...

—Tres semanas —dijo, antes de que pudiera decirle nada más.

—Mamá...

—Tienes casi un mes de embarazo completo —dijo—. Y me lo dices ahora.

—Acabo de enterarme, en este momento —dije, sintiendo que mis mejillas se enrojecen. Me acababa de enterar.

Había sucedido tal y como pensaba, pero la médica dijo que podría ser cualquier otra noche. Podría haber sido cualquier noche en la que los dos estuviéramos borrachos, cuando los dos nos estábamos divirtiendo. Algo debe haber pasado en algún momento, pero ninguno de los dos había notado que algo estaba mal. Probablemente ambos estábamos demasiado borrachos para notarlo.

En ese momento, no parecía importante. Y yo no había tenido cuidado al tomar mi píldora, porque tampoco parecía importante.

Y ahora, mi madre ni siquiera me gritaba por teléfono. Sólo sonaba como si estuviera esperando esto.

—Vaya —dijo—. Esto... quiero decir, sabía que no eras la chica más responsable, pero esto es mucho.

—Eso no es justo —respondí—. Estoy aquí, ¿no?

—No dije que no fueras inteligente —dijo—. Eso no es suficiente, ¿verdad?

Me paseaba por mi habitación. Había esperado a que Alyssa se fuera el fin de semana, y sabía que estaría sola. No se lo había dicho a nadie. No podía decírselo a nadie.

Pero tenía que decírselo a mi madre. Ella tenía que saberlo. Había sopesado mis opciones, y ninguna de ellas parecía buena. Tal vez ella tendría algo más que ofrecerme.

Se burló antes de volver a hablar. —¿Tienes novio?

Me lamí los dientes. —No —dije.

—Huh —dijo ella—. ¿Entonces sabes siquiera quién es el padre?

—Mamá...

—¿Qué? ¿Vas a decirme que no estoy siendo justa otra vez? —preguntó. —¿Vas a decirme que no estoy siendo justa, porque básicamente decidiste tirar tu vida por la borda?

—Yo no...

—No vas a venir aquí —dijo—. No me harás criar a tu hijo. ¿Entiendes eso?

—No te pedí eso.

—Bien. —Ya no puedes pedirme nada —dijo.

—Mamá, tú...

Ella colgó. Miré mi teléfono, respiré hondo e intenté ignorar las lágrimas calientes que se deslizaban por mis mejillas.

## CAPÍTULO TRES

2020

*WES*

Miré mi reflejo en las ventanas oscuras de la cafetería del hospital. Normalmente no me arreglaba, pero esta reunión era importante. Aún así parecía que no era real, aunque ya había firmado un contrato y había trasladado mis escasas pertenencias a un modesto apartamento a sólo una milla de distancia.

Bueno, modesto, pero sólo para el gusto de mi madre. Cualquiera diría que era "premier", como mínimo.

Intenté no pensar en ello. No esperaba pasar mucho tiempo en mi apartamento, de todos modos.

Este almuerzo era importante. El director del hospital podría estar tratando de invitarme a cenar, lo cual era una buena señal, pero el hecho es que me habían ofrecido un puesto como jefe de anestesiología en Summit General y ya lo había aceptado. No había necesidad de seguir cortejándome.

Era un hospital nuevo, de última generación, y querían traer a las mejores personas.

Sabía que era bueno, pero también era prematuro, y también era consciente de eso. Por eso me sorprendí cuando recibí la primera llamada del Dr. George Monson en nombre de la junta. Al principio no quería creerlo. Ya tenía un trabajo, y era uno bueno.

La mayor diferencia era que no pagaba 350.000 dólares al año. Este lo hizo, y aunque estaba en un pueblo de Podunk en medio de la nada, los inversores se habían reunido en torno a ella debido a su proximidad a dos grandes ciudades en expansión.

El hospital iba a ser rentable a largo plazo, y eso era seguro. El resto se sentía en el aire para mí.

Me dije a mí mismo que dejara de perder el tiempo y entré, buscando a Monson en la cafetería. Estaba sentado en una mesa de la esquina, con un traje caro y bebiendo agua de una botella de plástico reciclable. Tenía unos sesenta años, pero estaba muy en forma. Si no fuera por el pelo blanco y negro y algunas líneas alrededor de sus ojos, podría haber creído fácilmente que estaba en sus cuarenta.

Me llamó la atención y nos saludamos con la cabeza. Caminé hacia donde estaba. Se levantó, me dio la mano y me pidió que me sentara.

—Dr. Hawthorn, gracias por estar aquí.

—Gracias por recibirme —dije—. ¿Cómo está la comida aquí?

Se rió. —Es comida de hospital. Es mejor que antes, pero nunca es buena.

—He oído que hay una compañía de batidos que intenta entrar en un montón de hospitales. ¿Quizás podamos buscar franquicias?

—Sí —dijo, con una sonrisa en la cara. —Lo mencionaré a los administradores.

—Tengo muchas otras buenas ideas. No sólo relacionadas con la comida.

—Lo sé. Pero no es por eso por lo que le pedí que estuviera aquí hoy —dijo—. Como sabe, estamos muy agradecidos y emocionados de que haya decidido venir a trabajar con nosotros. Creemos que alguien con su formación y experiencia va a ser una bendición para nuestro negocio. Pero entendemos que va a haber dificultades para adaptarse, así que quería dejar claro que puede acudir a mí ante cualquier preocupación.

—Gracias.



Asintió con la cabeza y me miró directamente. —No —dijo—. Gracias. —Mi puerta, como dije, siempre está abierta.

Le sonreí. —Es bueno saberlo —dije.

Lo encontré un poco extraño, aunque estaba agradecido. Iba a tener mucho que hacer como director del hospital, y aunque sabía que iba a tener preguntas para él, no creía que fuera a ser mi primer punto de contacto. También sabía que los directores raramente hacían algo así, sentados incluso con los jefes de departamento, discutiendo el futuro.

Tal vez era sólo su estilo de gestión, pero algo de eso no me gustaba.

—No lo llamé sólo para decirle que estamos emocionados de tenerlo aquí, aunque lo estamos. Se lo pedí específicamente porque necesito pedirle un favor.

Fruncí el ceño.

—Lo sé. Pero espero que sea bastante fácil para usted. El hospital, como sabe, tendrá una gala dentro de unas semanas. La apertura gradual ya va bien, pero realmente queremos ser capaces de atraer a la gente del calibre adecuado. Por eso son importantes cosas como las galas, aunque sé que ambos preferiríamos estar ayudando a los pacientes.

Me lamí los labios. Tenía una idea de adónde iba esto, y no me gustaba.

—Nuestro departamento de divulgación ha sido muy minucioso en invitar a la gente, y hemos tenido éxito tras éxito con el marketing. Es alentador, pero es un poco prematuro estar celebrando.

—Entiendo.

Golpeó con la punta de los dedos la botella de plástico de su mano. —He invitado a algunos amigos cercanos. Gente importante, y tengo el presentimiento de que vendrán. Pero estamos tratando de asegurarnos de que tengamos tantos...

—¿Invitados VIP como sea posible? —Me ofrecí.

—Sí —dijo, dudando antes de volver a hablar. Esto probablemente vino de la junta, pensé. No parecía un hombre tímido, pero el tipo de cosa que venía siempre era una pregunta algo incómoda. —Y esperaba que pudiera hablar con sus padres. Entiendo que probablemente sean personas muy ocupadas, pero imagine lo bien que se vería Summit en la prensa si logramos que el gobernador y uno de los otorrinolaringólogos más renombrados del país salgan en las fotos.

Cerré los ojos. Sabía que esto iba a pasar. Sabía que era poco probable que pudiera llegar tan lejos sin mi apellido y mis conexiones familiares para respaldarme. Me había sentido culpable por ello, hace mucho tiempo, pero también me había dado cuenta de que podía sacar lo mejor de ello. Podía aprovechar cada oportunidad, e iba a aprovechar esta. Incluso si eso significaba que me llamaran para ser el jefe de anestesiología de un hospital muy grande cuando alguien más era probablemente más adecuado.

—No puedo prometer nada —dije, finalmente abriendo los ojos y fijando mi mirada en Morton. —Pero hablaré con ellos. Mi madre es la que suele coordinar este tipo de eventos, y creo que se muere por ver a Summit.

Morton asintió. —Estaremos encantados de ofrecerles nuestra hospitalidad —dijo—. Incluso ofrecer una habitación de hotel, si eso hace su visita aún más conveniente.

—Escuche —dije, bajando la voz. —Van a venir de visita en algún momento de todos modos. No tengo dudas de que mi madre se muere por juzgar la forma en que he decorado mi apartamento, o bueno, no decorado, mi apartamento. Haré todo lo posible para que las fechas coincidan para que asistan a la gala. ¿Puede enviarme la información por correo electrónico?

Tomó un sorbo de agua. —Sí, Dr. Hawthorn —dijo—. Mi secretaria ya lo hizo.

## CAPÍTULO CUATRO

2020

### *ASTRID*

Di un paso atrás y entrecerré los ojos mientras miraba el cartel sobre el escaparate.

Las palabras '*Daisy's Blooms*' iban de una esquina a otra, las letras blancas enmarcadas por un sólido forro plateado. Iba a sobresalir de la calle, y eso era bueno, porque el letrero me había costado un buen centavo. Necesitaba que la gente supiera exactamente dónde estaba la tienda. Tal vez incluso ayudaría con el negocio, pensé, aunque no quería tener esperanzas.

—Está listo —dije, mirando las flores que habíamos puesto cuidadosamente fuera para atraer a los que no tienen cita.

—Lo está —respondió mi madre. Llevaba un delantal que yo le había proporcionado, pero era sólo uno que había comprado en una gran tienda de cadena. Todavía estaba esperando los delantales bordados. Intentaba asegurarme de que todo encajara, que todo fuera perfecto para los eventos para los que nos preparábamos.

—Quédate aquí —le dije a mi madre. Abrí la puerta de la tienda, encendí la luz y la miré, sobre todo para ver si podía ver las luces de navidad que habíamos puesto en la vitrina. —¿Cómo se ve eso?

Se encogió de hombros y abrió la puerta para entrar. —No puedo ver las luces todavía —dijo—. Hay demasiada luz afuera.

—Esperemos que se vean bien por la noche, y la gente se detenga a tomar fotos. Ya he empezado a hacer lo de las redes sociales, donde la gente obtiene un pequeño descuento si nos etiqueta.

—Si ellos lo hacen, ¿qué viene después?

Me reí. —No te preocupes por eso —dije, sacudiendo la cabeza. Me limpié las manos en el delantal y le sonreí. —Gracias, mamá. Realmente aprecio tu ayuda hoy.

Suspiró y luego se frotó el puente de su nariz. —Sí —dijo—. Me alegro de que finalmente estés haciendo esto. Sería bueno para Daisy no tener que pasar literalmente por una tonelada de bases para flores y otras cosas variadas del negocio. No puede ser fácil para ella.

Me mordí el interior de la boca. —Quiero decir, sé que nuestro apartamento es pequeño —dije—. Pero yo no... quiero decir, no tenía otro lugar donde ponerlo. No esperaba que el negocio creciera de la manera en que lo hizo.

—Bueno, como que sea —dijo—. Esto será bueno. Será bueno acompañarla a la escuela y luego venir aquí.

—Lo sé —respondí—. No puedo creer que me las arreglé para aterrizar en este lugar. Es una pena que el Sr. Reid haya muerto, pero ¿quién iba a saber que los zapateros tenían un espacio tan privilegiado?

Ella asintió. Se quitó el delantal, y luego me mostró una sonrisa. —Bueno, tienes razón en una cosa —dijo—. Tuviste suerte. Y más vale que la aproveches, porque quieres asegurarte de que esto vaya a durar.

—Lo sé —dije, suspirando. —Yo sólo... realmente quiero que esto sea increíble, pero también quiero ser capaz de mantener a Daisy, ¿sabes? No quiero tener que luchar más para poder pagar sus viajes escolares o lo que sea que surja.

—Lo entiendo —dijo—. Bueno, has llegado hasta aquí, lo cual es...

—¿Sorprendente? —Yo pregunté.

—Sí —dijo—. Sorprendente.

Me lamí los labios y miré hacia otro lado. —Realmente aprecio tu ayuda, mamá —dije—. No sé cómo haría todo esto sin ti.

Ella sonrió, esta vez con un poco más de sinceridad. —Es para ella —dijo. Ya lo sabía, y no necesitaba oírlo, pero nunca me dejaba creer que lo hacía por mí. Mi madre me amaba, y amaba a mi hija, pero su imagen de mí estaba completamente dañada.

Puede que tenga mi propio negocio y una gran hija, pero lo que ella quería para mí -una universidad, una carrera, una cerca blanca, un labrador y tres hijos, todo ello mientras yo tenía un marido que se ocupaba de mí y me mantenía- nunca iba a suceder.

Lo sabía.

Ella lo sabía.

Era feliz con lo que tenía. Quedar embarazada de mi hija podría haber sido un accidente, pero desde que nació, no la había visto como un error.

Había sido una lucha. Pero siempre se había sentido bien.

Incluso cuando mi madre insinuó, y actuó, como si yo todavía fuera una niña estúpida. Incluso cuando me hizo sentir como si mi decisión había estado equivocada.

Teníamos a Daisy, y ambos sabíamos que Daisy era una bendición.

Colgó el delantal en una percha que instalé sobre la puerta trasera y se volvió hacia mí. —No podré recogerla el martes —dijo—. Tengo una cita con el médico.

—No te preocupes —dije—. Puedo cerrar la tienda por un rato y traerla aquí. Ella puede quedarse y esperar.

—Sí —respondió—. Sólo espero que no estés muy ocupada, preparándote para la gala.

—Lo estaré —dije, sonriendo. —Voy a quedar agotada. No sé cómo esperan que cumpla el pedido de ochenta ramos con flores frescas, pero oye, es dinero. Quién necesita dormir, ¿verdad?

Levantó las cejas. —Estaré aquí cuando pueda —dijo—. Y podría enviar a tu tía Ruby para ayudarte si está disponible.

—Gracias —dije—. Te lo agradezco.

Agarró su bolso, y estaba a punto de salir antes de que se volviera hacia mí. —¿Astrid?

—¿Hm? —pregunté. Estaba limpiando las encimeras, que estaban inmaculadas hace sólo unos segundos. Era uno de los peligros de llevar una floristería, todo se ensuciaba -literalmente cubierto de suciedad- todo el tiempo. Al menos casi siempre olía bien, me dije a mí misma. Apenas levanté la vista mientras mi madre seguía hablando.

—¿Estás invitada?

¿Invitada a qué? ¿Qué quieres decir?

—¿Estás invitada a la gala?

Sacudí la cabeza y sonreí. —No —dije—. Por supuesto que no. Las galas son para gente elegante, y espero tener tierra corriendo por mi camisa el día que entregue las flores.

—Al menos tienes tu camioneta —dijo—. ¿Quizás puedas contratar a un par de personas para que las saquen?

Me mordí el interior de la boca otra vez. —Veré lo que puedo hacer. Puede que tenga suficiente espacio en el presupuesto para hacerlo —dije, aunque definitivamente no lo tenía. Abrir una tienda era extremadamente caro y apenas tenía suficiente dinero para pagarme a mí misma.

—Tal vez podrías vestirte bien —dijo—. Tal vez puedas salir con un médico o algo así.

—Mamá, no estoy buscando citas —dije, tratando de no poner los ojos en blanco. —Estoy centrada en Daisy. Estoy centrada en el negocio. No tengo tiempo para citas, ya sabes lo ocupada

que estoy. Además, no me gusta la idea de traer un hombre al azar a la vida de Daisy.

—Lo entiendo —dijo—. Pero una cosa que aprendí cuando tu padre murió fue que no puedes cuidar a otras personas si no te pones a ti misma en primer lugar.

Entrecerré los ojos. Rara vez hablaba de la muerte de mi padre y de lo que le había hecho. Debía querer que saliera con ella.

—Sólo estoy diciendo —dijo—. Podrías encontrar las cosas un poco más fáciles si también encuentras tiempo para cuidar de ti misma.

—Está bien —dije—. Gracias por el consejo, mamá. Te lo agradezco.

—Sé que estás siendo sarcástica —dijo, abriendo la puerta. —Sé que no lo haces. Pero deberías hacerlo.

Prácticamente cerró la puerta de un portazo y respiré hondo antes de continuar con mi trabajo, tratando de olvidar la opinión de mi madre sobre mi vida amorosa.

## CAPÍTULO CINCO

2010

### *ASTRID*

No quería decírselo, pero sabía que iba a tener que hacerlo. Tendría que ir a su dormitorio y decirle que ya había tomado una decisión. Tendría que decirle que lo que quería no importaba, porque ya había tomado una decisión.

El tenía una salida. Si no quería involucrarse, no tenía por qué hacerlo. Estaba preparada para enfrentar esto sola. Comprendí que no había sido planeado, y que Wes planeó su vida meticulosamente, hasta la situación de sus amigas con beneficios. Yo había estado de acuerdo con ello. Había sido feliz con ello... lo suficientemente feliz con ello.

Nunca exigí más, porque no parecía que tuviera más que dar. Pero entonces, yo tampoco. Éramos sólo un par de estudiantes universitarios tontos, matando el tiempo entre ellos. Nos habíamos conocido en una fiesta, y parecía que todos nuestros compromisos eran en fiestas o en su dormitorio. Sabía que no iba a ir más allá de eso. No era estúpida. Sólo... no estaba preparada. Nunca había estado preparada para que algo así sucediera, y supuse que tirar los condones, con resaca, cada mañana no ayudaba a disminuir las posibilidades de concepción.

Mi madre tenía razón. Había sido una niña estúpida. Y ahora, había consecuencias, y la más pequeña de ellas consistía en ir a hablar con este hombre con el que a menudo me acostaba pero que apenas conocía. Ya había cruzado el campus, y estaba sudando, mi corazón latía tan fuerte y rápido en mi pecho que no creía que fuera a poder subir las escaleras. Lo hice. Me quedé mirando el número de su puerta, tratando de reunir mi coraje. Tal vez no estaría allí. Tal vez tendría una oportunidad de dar la espalda, volver a mi dormitorio, y fingir que nada de esto estaba pasando.

Levanté mi mano para llamar a la puerta. Se movió antes de que me las arreglara para derribarla. Golpeé con fuerza, decidiendo que iba a tener que ir por esto. Tendría que hacer un esfuerzo, y si eso no funcionaba, nadie podría culparme por ello.

No sabía por cuánto tiempo había golpeado. Probablemente fue un tiempo, porque era duro y rápido y yo insistía. Estaba a punto de rendirme cuando la puerta se abrió, sólo un chasquido.

Wes me estaba mirando. Tenía la frente arrugada, y parecía cansado y sin aliento, como si estuviera luchando por hacer algo. —Ace. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito hablar contigo.

Dio un paso adelante, y me di cuenta de que me iba a atender en el pasillo y a cerrar la puerta tras él.

Puse mi mano en la puerta. —No —dije—. Necesito hablar contigo en algún lugar privado.

—No es un buen momento.

Asentí con la cabeza. No me pareció un buen momento, pero sabía que, si seguíamos posponiendo esto, mis nervios iban a estallar. No iba a decírselo en absoluto. A pesar de que iba en contra de todo lo que quería hacer, me esforcé. Podría haberme detenido, era mucho más fuerte que yo, pero lo tomé por sorpresa, así que no lo hizo.

Abriendo la puerta con la mano, entré y empecé a caminar. —Wes —dije en voz baja. —Sé que es un momento un poco inoportuno, pero realmente necesito hablar contigo.

—Tienes que irte.

Levanté la vista cuando oí la nitidez de su voz. Nunca antes me había hablado tan fríamente, y me pareció confuso. Cuando miré a mi alrededor, después de ver su cara, que estaba roja, aunque

era difícil saber si era por la ira o por la vergüenza, vi el origen de su consternación.

La chica, prácticamente desnuda, y absolutamente hermosa, estaba sentada en su cama. Se veía desconcertada, con su largo pelo castaño cayendo en cascada sobre sus hombros. Aunque no llevaba maquillaje, podía decir que era absolutamente hermosa sólo con una rápida mirada.

Intenté no compararme con otras chicas, porque entendí que no era una competencia. Pero la sentí en ese mismo momento. Y podía decir que estaba perdiendo.

—Lo siento —le dije, una vez que logré encontrar las palabras de nuevo. —No quise... necesito hablar con él. No quise interrumpirlo.

—Lo hiciste —dijo Wes. —Tienes que irte, ahora mismo.

—¿Qué está pasando? —La chica preguntó. —Cariño, ¿quién es?

*Cariño.*

Ella le tenía un apodo. Ella estaba claramente más arriba en el tótem que yo.

No nos habíamos visto durante semanas. No había ninguna estructura en nuestro acuerdo, ninguna promesa de monogamia. Pero esto todavía me dolía, aunque no lo esperaba. Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera, Wes me agarró por el brazo. No me tiraba rápido ni con fuerza, pero seguía tirando de mí hacia la puerta, haciéndome completamente consciente de lo inoportuna que era.

—No lo sé. Es sólo un bicho raro que apenas conozco y se está yendo ahora mismo.

—Wes...

—Te lo dije. Necesitas conseguirte una vida, dejar de estar obsesionada conmigo —dijo, mientras me empujaba a la puerta principal. Cuando llegamos allí, salió conmigo y se soltó rápidamente. No me había dado cuenta de lo agresivo que estaba siendo.

Lo miré, con lágrimas en los ojos. —¿En serio?

Dejó caer su voz en un susurro. —No puedo —dijo.

Con la boca abierta, lo miré fijamente durante un par de segundos hasta que recuperé la capacidad de hablar. —¿No puedes qué?

—No puedo hacer esto —dijo—. Y no puedes volver a venir por aquí.

—Esto es importante —protesté.

—Sea lo que sea —dijo—. No es asunto mío. Por favor, detente.

Con eso, se dio la vuelta y volvió a entrar, dando un portazo detrás de él. Me quedé allí, en el pasillo, mirando la puerta roja con lágrimas en los ojos.

Humillada, molesta y absolutamente insegura de lo que se suponía que debía hacer. Con los puños a los lados y todo el cuerpo temblando, me dije a mí misma que iba a idear un plan.

Incluso si estaba siendo un imbécil, y realmente lo era, estaba equivocado. Este era su asunto. Tenía que saberlo.

\*\*\*

Me paseé fuera de la oficina de admisiones durante lo que parecieron horas. Sabía lo que estaba buscando, y sabía que no iban a dar la información a un estudiante cualquiera.

Pero yo era escurridiza. Sabía lo que tenía que hacer, y cuánto tiempo iba a tomar. Esperé hasta que casi llegara la hora de que la recepcionista se fuera, y entré, como si fuera a hablar con uno de ellos.

Por suerte, la admisión estaba conectada a otra parte del edificio. El salón estaba detrás de la oficina de admisiones, y había una puerta trasera por la que era más probable que me sacaran, más que por la del frente.

Pero probablemente no se lo pensarían dos veces si yo estuviera allí. Estaba vestida

moderadamente elegante, y sabía que nadie pensaría en interrogarme si estaba detrás del escritorio y en la computadora.

La recepcionista estaba tardando una eternidad en irse. Estaba empacando cosas en su bolso, una cosa tras otra, y parecía tener más cosas al azar de las que creía y no parecía saber qué hacer con ellas.

Hice todo lo posible por no parecer impaciente. No quería delatarme. Salir de los límites habría sido bastante simple, y habría arruinado todo mi plan. Tomé una revista de diseño casero de la pila de delante de mí y hojeé las páginas, apenas prestando atención a la foto de la mansión que se veía.

Finalmente dejó de trabajar, apagó su ordenador y se puso de pie. Cuando me vio, se le cayó la cara. —Lo siento, ¿puedo ayudarle?

—No. Estoy esperando a una amiga, es una estudiante transferida, y este es el único lugar del campus que conoce hasta ahora.

La recepcionista se rio. —Bien. En ese caso, que tengas un buen día.

—Gracias. Tú también.

Esperé. Una vez que salió de la oficina, miré por la ventana, esperando que desapareciera de la vista. Era la última persona que quedaba allí, lo cual fue una suerte.

Después de un par de minutos, caminé hacia el otro lado de la recepción. Encendí el ordenador, y cogiendo mi identificación de empleado caducada, teclé mis datos de acceso. Había trabajado brevemente para la escuela, para un trabajo de estudio, antes de que mis becas cubrieran todo, incluyendo mi alojamiento y comida. Sólo podía esperar que no lo hubieran actualizado todavía. Sabía que rara vez lo hacían, y era un gran problema para la escuela.

Pero no para mí.

Esperé con ansias. Por un segundo, apareció un logo circular cargando en la pantalla. Pensé que me iba a sacar. En cambio, sonó, y un mensaje en la pantalla me dio la bienvenida. Dejé salir un aliento tembloroso, hice clic en el icono para acceder a los registros de los estudiantes, y traté de ignorar lo cerca que estaba de desmayarme.

Si me atrapaban, no sólo me echarían de la escuela. Probablemente me enfrentaría a un juicio. No quería pensar en ello, y no quería pensar en que nadie descubriera lo que estaba haciendo. Sólo necesitaba ser rápida, metódica y encontrar lo que buscaba antes de que alguien se diera cuenta.

Tenía que entrar y salir.

Y entonces, con horror, al ver la ventana emergente, me di cuenta de que no sabía el apellido de Wes.

Demonios, ni siquiera sabía lo que *Wes* significaba. ¿Era Wesley? Tal vez era uno de esos chicos raros que se hacía llamar por su apellido, y en cambio era la abreviatura de Weston.

Mierda. Iba a estar en tantos problemas si no averiguaba esto pronto.

Creí que mi única oportunidad de encontrarlo con las redes sociales, pero apenas las usaba yo misma. No tenía acceso a ellas en mi teléfono, no tenía suficientes datos para buscarlo, y no sabía si estaba prohibido el acceso a redes desde el internet de la oficina de admisión. Se sentía como una apuesta, y como si no fuera a ganar, pero iba a tener que intentarlo.

Abrí una nueva pestaña, y descubrí que por suerte no habían bloqueado las redes sociales. Desafortunadamente, tuve que ingresar, y eso fue todo un proceso, escribí rápidamente, desesperadamente. Lo encontré casi inmediatamente.

Wesley Andrew Hawthorn III.

Por supuesto, pensé, poniendo los ojos en blanco.

Pero al menos sabía su nombre.

Lo escribí en los datos de los registros de los estudiantes, encontré su dirección, y lo anoté en un papel con membrete que encontré junto al teclado. Apagué la computadora, caminé por la recepción, me senté en una de las sillas gigantes de nuevo, y tomé la revista de diseño hogareño.

No pude ir a mi habitación. Todavía no. No me había calmado lo suficiente, y estando aquí, bueno, al menos no había salido corriendo. Pensé que eso podría ser más sospechoso. Sabía que, en el actual torrente de adrenalina, probablemente no estaba tomando las mejores decisiones.

Pero también sabía ahora que él se enteraría, y sabía cómo hacerlo.

Todo lo que se necesitaba era enviarle una carta certificada para que descubriera que iba a ser padre.



## CAPÍTULO SEIS

2020

WES

Después de llegar a casa del gimnasio, pero antes de que fuera demasiado tarde, cogí el teléfono para llamar a mi madre. Eran casi las nueve, y sabía que, si la llamaba más tarde, sólo se preocuparía.

No quería tener esta conversación con ella, porque sabía exactamente hacia dónde iba a ir. Aun así, sabía que tenía que hacerlo. Era el precio de admisión para mi trabajo extremadamente bien pagado, y si incluía tratar con mi madre, entonces lo hacía, y no había manera de evitarlo.

Iba a tener que llamarla eventualmente de todos modos.

El teléfono sonó sólo un par de veces antes de que ella contestara. —Hola —dijo—. Pensé que nunca llamarías.

—Hablé contigo hace dos días, mamá —dije, poniendo los ojos en blanco y sonriendo.

—Sí, bueno —respondió ella. —Sé que estás ocupado, pero aun así. ¿Cómo vas con la instalación?

—Bien —dije—. No hay mucho que hacer aquí, pero el hospital debería ayudar a que este lugar reciba el segundo viento que necesita. Escuché que fue increíble hace años y años.

—¿Pero no es impresionante ahora?

Me encogí de hombros. Me senté en el sofá. —No, está como... está bien. Sólo se está desarrollando, y hay algunos problemas aquí con las comunidades desfavorecidas —dije—. Pero la zona cerca al hospital es preciosa. Te encantaría.

—Espero que no vivas cerca de ninguna de esas comunidades desfavorecidas —dijo.

—Mamá.

—¡Sólo estoy diciendo! Te mereces estar en un lugar agradable. Trabajas muy duro —dijo—. Tal vez deberías considerar comprar una casa, ya sabes, para cuando decidas irte. Puedes invertir en una por ahora y luego alquilarla o venderla cuando te vayas.

—Probablemente me quedaré aquí por un tiempo y no sé si quiero comprar una casa para venderla todavía —dije—. ¿Cuándo más voy a tener una oportunidad como la de Summit?

—Bien —dijo—. Pero si quieres quedarte allí por un tiempo, vas a tener que echar raíces. Tal vez empezar a buscar una mujer. No te estás volviendo más joven, ninguno de nosotros lo está, y no puedes ocuparte de todo tú mismo.

—Mamá...

—De todos modos —dijo, al oír la molestia en mi voz. —¿Cómo estuvo tu día?

Me quejé, alejando el teléfono de mi boca. No quise contestarle. Sólo quería salir de esta conversación, cuanto antes mejor. —Estuvo bien —dije—. Ya te he contado lo de la gala, ¿verdad?

—¿Encontraste una cita?

—Mamá.

—Es una pregunta razonable —preguntó. —Vas a ir a una gala, y vas a ir solo. ¿No crees que todos los demás médicos van a ir allí acompañados? Los otros doctores tienen parejas.

Me quejé, esta vez de forma audible. —Bien —dije—. Y no tengo una cita. Lo entiendo. Estoy fallando.

—¡No estás fallando! —dijo ella—. No estás buscando. Si me dejas que te ayude...

—¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación? —Pregunté, una agudeza en mi tono. Intentaba contener mi ira, porque ni siquiera le había preguntado si estaba disponible para la gala aún, y no quería pensar en cuánto de mi trabajo dependía de eso.

—Sólo digo. Puede que tengas mejor suerte esta vez.

—No quiero tratar de averiguar si estoy equivocado, ¿de acuerdo?

Ella suspiró, obviamente renunció. —Bien —dijo—. Bien. —Te dejaré en paz.

—Gracias. Te prometo, mamá, que puedo encontrar mujeres si lo deseo.

—Sé que puedes —dijo—. Pero en general, son mujeres con las que te acuestas, no mujeres con material de esposa.

Me burlé, la ira se acumuló dentro de mí mientras pensaba en lo que ella había dicho. El resentimiento empezó a brotar, y parte de mí quería tirar el teléfono, aunque apenas podía hacerlo con el móvil. —¿En serio? ¿Vamos a hablar de esto?

—No —dijo, después de un segundo. —Sabes que no quise decir nada con eso.

—No quiero que me encuentres una esposa —dijo—. La última vez fue un desastre...

—Tienes razón. No estamos hablando de eso —respondió—. Entonces, dime. ¿Cómo ha estado ido el día?

—Fue largo —dijo—. Y tengo que pedirte un favor.

Esperó unos segundos antes de responder. Normalmente no les pedía favores, así que esto probablemente la estaba despistando. —¿Qué necesitas?

—Necesito que tú y papá vengan —dijo—. A la gala. El Dr. Morton realmente quería que ustedes estuvieran allí.

—Tu padre y yo...

—Sé que su agenda está muy ocupada —dijo—. Pero seguramente podrían tener en cuenta a su único hijo.

Ella pensó por un segundo. —Lo convenceré —dijo—. Vamos a mover algunas cosas. Pero tú también tienes que hacer algo por mí, ¿de acuerdo?

—¿Qué? —Pregunté, aunque sabía exactamente lo que iba a decir.

—Necesito que me dejes encontrarte una cita.

—Bien —dijo.

No sería tan malo, me dije a mí mismo. Estaba seguro de que sería una mujer perfectamente agradable, y en verdad, no quería escuchar nada más sobre esto de mi madre. Sería una noche de charla y socialización, y tal vez no sería tan malo tener una mujer hermosa a mi lado. Mi madre tenía razón, hacía una gran diferencia para mi credibilidad si parecía que tenía una compañera.

Incluso si sólo estaba allí por la noche.

Y mi madre, por muy insistente que fuera, siempre se las arreglaba para encontrar mujeres hermosas y competentes, aunque rara vez eran de mi tipo.

Ella iba a ser hermosa, y probablemente iba a ser inteligente, e iba a ser capaz de charlar con otras personas por mí. Además, sería un buen amortiguador entre mis padres y yo. Así que tal vez no era tan mala idea después de todo.

—¿En serio? ¿Vas a dejar que te ponga una trampa?

—Lo estoy —dijo—. Sólo asegúrate de que se vea bien en un vestido de cóctel.

Se rio. —Puedes apostar.

## CAPÍTULO SIETE

2020

### *ASTRID*

—Entonces —le dije a Daisy, que estaba sentada en una de las sillas de plástico del fondo y sacaba sus libros en silencio. Podía verla desde donde yo estaba, detrás del mostrador, pero estaba escondida de los clientes. No es que ninguno hubiera entrado todavía. Parecía que todos mis pedidos se hacían por Internet o por teléfono. —¿Cómo estuvo tu día?

—Bien —dijo—. Creo que me gusta la Sra. Williams. Rhoda dice que es más agradable que el Sr. Martínez. No sé, parece un poco... estresada o algo así, no sé, habla demasiado rápido.

—Estoy segura de que te acostumbrarás —dije—. ¿Estás haciendo tus deberes?

—Sí —dijo, y mi corazón se elevó. No sabía cómo me las había arreglado para inculcarle que hiciera sus deberes inmediatamente cuando llegara a casa, pero fue muy alentador. Yo no había sido así de niña.

—Bueno, hazme saber si necesitas ayuda —le dije—. Pero tú te encargas de esto, ¿verdad, Daise?

Se rio. —Bien, mamá —dijo, poniendo los ojos en blanco. Se veía que iba a ser muy sarcástica. No esperaba que fuera ya una adolescente, pero pensé que tal vez sería divertido.

—No me hables en tono, jovencita —dije.

Se giró para mirarme y se rio.

—Entonces, ¿qué piensas de la tienda?

—¡Es bonito! —dijo—. Es realmente brillante, y me gustan las flores en todas partes. También me gusta mucho su olor.

Sonreí. —Es bonita, ¿no? Si quieres, puedes ayudarme a hacer un ramo más tarde. Para nosotras.

—¿En serio?

—¡Sí! —Dije—. Las flores de nuestra casa se están muriendo, y tenemos que cambiarlas. Necesitamos personalizarlas, ¿verdad?

Se movió en su asiento, y yo sonreí. La pequeña campana que colgaba sobre la puerta sonó cuando alguien entró en la tienda. —Vuelve al trabajo, cariño —dije—. Ahora mismo estoy contigo.

Levanté la vista para saludar al cliente y me quedé sin aliento.

Sabía exactamente quién era.

Y necesitaba que saliera de mi tienda tan pronto como fuera humanamente posible.

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Sólo podía esperar que no me reconociera. Cuando habíamos estado juntos, casi siempre habíamos estado borrachos. Y yo había cambiado mucho.

Mi pelo ya no era rubio platinado. Lo llevaba en mi color natural con unas pocas mechas y unas ondas muy modestas. Había tenido una hija, y ya no tenía el cuerpo de una veinteañera.

Además, tenía suciedad en las manos y en el delantal. Y podría haber querido olvidarme, lo cual sólo podía esperar. Después de todo lo que había pasado, era mejor que me hubiera olvidado por completo.

Nuestras miradas se encontraron, y yo miré hacia abajo, tratando de evitarlo.

—Bienvenido a Daisy's Blooms —dije, con la voz apagada. —¿En qué puedo ayudarle hoy?

Sonrió, y mi corazón saltó en mi pecho. Me dije a mí misma que me controlara.

—Hola —dijo. Se acercó a mí, me miró de arriba a abajo y frunció el ceño. Esperé un segundo, tratando de ver si iba a ser capaz de ubicarme. Pareció apartar ese pensamiento y me sonrió de nuevo. —Sólo quiero recibir algunas flores para el fin de semana. ¿Tienes alguna disponibilidad?

—Absolutamente. ¿Qué necesitas?

—Bueno, estoy buscando conseguir dos cosas diferentes. En primer lugar, mi madre. Quiero conseguir algo para ella. Tal vez como un lindo ramo de...

—¿Margaritas?

—Sí. Las margaritas estarían bien en realidad, a ella le gustan. Y luego, para mi cita, me gustaría conseguir algo realmente simple. Casi como una flor de disculpa, en lugar de algo con lo que seducirla. Si entiendes lo que quiero decir.

—... no lo hago. ¿Me puedes explicar?

—Sí, claro. Mi mamá me está arreglando una cita con esta mujer, y estoy seguro de que es muy agradable, pero no estoy buscando una relación en este momento. De todas formas, mi madre me está haciendo un favor, pero por supuesto es con la condición de que salga en una cita con esta persona. Así que quiero enviarle flores a su oficina. Flores de disculpa, porque siento que mi madre la presionara también, y porque no creo que vaya a ir a ninguna parte.

Eché un vistazo de reojo a Daisy. Tenía los auriculares puestos y estaba trabajando en los deberes de ese día. —Bien. Bueno, en general, recomendaría rosas rosadas para disculparse. Pero no suena como si estuvieras tan cerca. Honestamente, estarías mejor con sólo una llamada telefónica. Por mucho que quiera el negocio, creo que enviarle un ramo de flores podría ser un poco exagerado.

Lo pensó por un segundo. —Supongo que tienes razón. Las flores podrían enviar el mensaje equivocado. Oh, hablando de flores, ¿puedo hacer un pedido frecuente contigo?

—Sí. Por supuesto. ¿Qué te gustaría?

—Encuentro que los asistentes hacen un mejor trabajo si les muestras que son apreciados. Así que, si pudieras entregar un ramo de flores cada lunes por la mañana en mi oficina, y reemplazarlo cuando muera, sería fantástico.

—¿Quieres un ramo de flores cada lunes?

—Sí. ¿Qué es mejor que unas pocas flores para alegrar la oficina?, ¿tengo razón?

Asentí con la cabeza. —Sí —dije, mi corazón sigue latiendo rápido en mi pecho. Tal vez estaba fingiendo que no sabía quién era yo. Eso no debería haberme sorprendido. Aun así, generalmente parecía muy absorto en las flores que estaba ordenando. —Somos grandes fanáticas de las flores aquí. ¿También quieres que sean plantadas en maceta? Tenemos muchos diseños hermosos, y podría ser bueno para el medio ambiente. Nos esforzamos por ser una tienda de cero desperdicios, en la medida de lo posible.

—Oh, no pensé en eso —respondió—. Pero me gusta. Es una idea estupenda.

—Por supuesto. ¿Qué tipo de flores te gustaría?

—¿Por qué no me sorprendes? Mientras sea apropiado para la oficina, no me importa tanto. Déjame asegurarme de que no tiene alergias, porque no quiero que se siente en su escritorio, en una habitación sin apenas ventilación, ahogándose con algo de polen. Pero apúnteme para eso.

—Por supuesto. ¿Y bajo qué nombre te gustaría que se hiciera esto?

—Me llamo Wesley Hawthorn. Las primeras flores son para la Sra. Andrea Hawthorn, y la orden de envío, déjame que te lo explique. ¿Sólo haces entregas locales?

Me lamí los labios, mirándolo. —Sí. Ahora mismo, sólo estamos haciendo entregas locales. Eso podría cambiar en el futuro.

—Bueno, entonces no nos preocupemos por eso por ahora. Puedes encontrarme en la Cumbre, estoy en el noveno piso. En el departamento de anestesiología. Asegúrate de pasar por la recepción, y luego encuentra a mi secretaria real, no a la recepcionista. Esas flores nunca llegarán a mi secretaria si las dejas en la recepción de mi departamento. Pero déjame llamarte antes de que confirmes esa orden.

—Por supuesto —dije—. Entonces, una de las órdenes es para la Dra. An... uh, Dra. Hawthorn, una de ellas es para...

Mierda. Casi me había entregado. No quería que supiera que yo sabía quién era su madre. Si lo supiera, podría hacer clic. Podría darse cuenta de quién era yo, y eso sería un desastre.

Agitó la mano frente a su cara. —No. Nada de títulos, no para esto.

—Bien. Sólo necesito tomar tu información, lo que quieres escribir en las tarjetas, y luego ¿podemos seguir con la orden periódica en una semana más o menos?

—Claro. Eso suena genial —dijo, y luego me miró otra vez. Parecía que iba a decir algo, pero no lo hizo. En cambio, me miró fijamente, y luego me sonrió. —También podrías abrir una cuenta para mí. Tengo la sensación de que voy a estar aquí mucho tiempo.

Intenté tragarme el nudo de mi garganta. —Vale. Claro. Eso suena bien.

No lo hacía.

No sonó bien. Fue aterrador. Quería que se fuera, antes de que viera a mi hija. Antes de que viera a nuestra hija.

Pero era un cliente, y no podía echarlo sin una buena razón.

Romperme el corazón hace años no era una buena razón. Entrar en mi tienda, dejar claro que se había olvidado de mí, y hacer que mi corazón latiera y revoloteara hasta sentir que me iba a desmayar, tampoco era una buena razón.

No tenía una buena razón.

No tenía nada, e iba a tener que fingir.

Y no tenía ni puta idea de cómo iba a hacerlo.

## CAPÍTULO OCHO

2010

### *ASTRID*

Mi coche estaba lleno hasta el tope. Me sorprendió que las puertas se mantuvieran cerradas, considerando que todo el contenido de mi habitación había sido empaquetado en un PT Cruiser del 2001.

El coche era una mierda, pero al menos era sorprendentemente espacioso. Incluso podría llevarme hasta donde necesitaba ir. Era la mitad del semestre, y nadie más estaba empacando sus autos. Nadie se iba a casa, nadie se alejaba del campus.

Excepto yo.

Mi oportunidad, la oportunidad de terminar mi semestre, de terminar mi educación, había sido desperdiciada. Lo supe cuando acepté el retiro médico que me ofrecieron. No fueron descorteses al respecto. El administrador, un hombre amable y corpulento, era muy objetivo. Terminar la escuela mientras tenía un bebé habría sido una tarea trascendental incluso con el apoyo financiero de mi familia. Pero iba a tener que mantener mis notas mientras mantenía a una pequeña persona viva, e iba a ser más que difícil.

Me dijo que podía volver. Me dijo que debería hacerlo, después de que las cosas estuvieran más asentadas. Iba a tener que solicitar subvenciones y becas de nuevo. Iba a ser una estudiante madura, y la idea no me atraía en absoluto. ¿Cómo iba a ganarme la vida sin la universidad? La idea de que tendría que graduarme me había sido inculcada desde que era muy pequeña. Era la única lo suficientemente inteligente, la única lo suficientemente estudiosa, el único lo suficientemente lista. Iba a hacer que la familia se sintiera orgullosa. Estaban seguros de ello.

Yo también estaba segura de ello. Hasta que ya no lo estaba.

Cerré los ojos, me apoyé en el coche y respiré profundamente. Intentaba mantener la calma, pero cada vez me resultaba más difícil. —Está bien— dije en voz baja. —Tú te encargas de esto.

Saqué el papel de mi bolsillo y miré la dirección que había garabateado en él. No podía creer que Wes me hubiera contestado, en una carta, de todas las posibilidades que había. No lo había visto en el campus, pero el campus era enorme, y no teníamos clases juntos. Tenía sentido que no me encontrara con él, porque técnicamente, estábamos en lados opuestos del campus, y no había ido a ninguna fiesta.

Estaba siendo concienzuda en cuanto a cuidarme, porque al principio no lo había hecho, y este era un problema. Uno grande.

Iba a decírselo, y aunque era poco probable que estuviéramos juntos, al menos lo sabría. Al menos podría repasar lo que iba a pasar con él, y podría repasarlo con él en otro lugar que no fuera el campus, lo cual era bueno.

No había tenido éxito en su habitación. Tal vez tendría éxito en otro lugar. Su casa, su verdadero hogar, podría ser el lugar perfecto.

No entendí la carta, impresa en comics sans, pero entonces, había cosas sobre Wes que no conocía, y cosas que probablemente nunca entendería de él.

No importaba. No necesitaba entenderlo. Sólo necesitaba hablar con él.

Eso era algo en lo que mi madre tenía razón, por mucho que yo no quisiera que la tuviera.

Me dije a mí misma que era hora de irme. Podía quedarme allí y seguir esperando, pero no había necesidad de eso. Cuanto más esperara, más difícil sería. Caminé hasta el asiento del

conductor, abrí la puerta y me dije que todo iba a estar bien.

Resultó que no vivía muy lejos. Sólo a tres horas en coche, lo que explicaba por qué algunos fines de semana no se le encontraba en ningún sitio. Me reí un poco al poner la llave en el encendido. Ni siquiera tenía su número de teléfono.

Podríamos haber discutido el estado de nuestra relación, o lo que fuera, pero nunca habíamos intercambiado números de teléfono. Estaba seguro de que si no estuviera tan molesta como lo estaba, lo habría encontrado algo irónico y divertido. Pero no tuve tiempo de pensar en eso.

Sólo tuve tiempo para pensar en el futuro. Y el futuro estaba sucediendo, justo en ese momento, desarrollándose dentro de mí.

No tenía tiempo que perder. Puse mi auto en marcha, salí de mi lugar de estacionamiento y comencé a conducir hacia la autopista.

No esperaba que lloviera. Cuando mi GPS, colgado en el salpicadero, me dijo que me detuviera, exhalé un suspiro de alivio. Conducir por la autopista mientras llovía a cántaros era difícil, especialmente porque mis pertenencias estaban apiladas tan alto que no podía ver por el espejo retrovisor.

Una vez que tomé la salida, sólo tuve que conducir unos minutos más para llegar a su casa. No estaba lloviendo tanto en la ciudad, lo que fue sorprendente, pero me alegré.

Después de conducir durante unos cinco minutos, la monótona voz que venía del GPS me dijo que mi destino estaba a la izquierda. Me metí en un terreno que estaba flanqueado por robles gigantes, la valla negra detrás de ellos apenas era visible. Me estacioné frente a la puerta, esperando que algo sucediera. Pensando que sería mejor si me iba. Antes de que pudiera pensar por mucho tiempo, las puertas se abrieron y me dirigí hacia un estrecho camino privado.

No sabía por cuánto tiempo iba a conducir. La carretera parecía ser eterna, pero al menos no había desviaciones o giros. Sabía exactamente a dónde iba, y cuando la mansión se hizo visible, no me sorprendió.

Era una de esas viejas casas coloniales, con dos columnas a cada lado del porche, sosteniendo lo que parecía un balcón del segundo piso. Había contraventanas verdes que flanqueaban cada ventana blanca, y el revestimiento era de un verde muy tenue.

No sabía mucho de arquitectura, pero no necesitaba saber mucho para saber que estaba mirando el tipo de casa que nunca podría permitirme. Había tantos lugares para aparcar que no sabía dónde conducir mi coche. Decidí estacionar en un lugar sombreado por los árboles, apenas llevando mi auto a la acera.

Agarré la carta que Wes me había enviado, miré la breve información que contenía y respiré profundamente y con calma.

—Bien —me dije a mí mismo. —Vale. Tienes que hacer esto, así que hazlo.

Salí del coche y caminé hasta la puerta principal, tropezando con los escalones que conducían al porche. Me las arreglé para sostenerme antes de caer. Me limpié las manos, subí hasta la puerta y toqué el timbre.

Pude oír el tintineo dentro, detrás de la puerta, y luego los pasos que venían hacia mí.

Me pregunté si iba a ser un ama de llaves quien contestara a la puerta. Eso no me habría sorprendido.

Miré hacia la puerta mientras se abría.

Una mujer, imaculadamente bien vestida, con el pelo rubio rizado, me miró.

—Hola —dije—. Estoy aquí para ver a Wes...

Su expresión se endureció. —Tú debes ser Astrid —dijo—. Pasa.

—Gracias —respondí, siguiéndola al interior de su casa palaciega. No tuve tiempo de estar

asombrada. Necesitaba hablar con Wes para poder seguir conduciendo y llegar a casa antes de que anoheciera, especialmente si el tiempo iba a seguir siendo tan lluvioso como lo estaba. —¿Dónde está...

—No está aquí —dijo la mujer que me acompañó.

—Oh. Tenía la impresión de que...

—No —dijo, en serio. —Astrid, estás aquí para verme.

—No creo que haya habido alguna confusión —dije—. Tengo una carta de él, me dijo que viniera a verlo. Tengo información importante que decirle.

—Tengo una idea bastante buena de la información que le vas a dar —dijo—. Y yo soy su madre. Así que siéntate, déjame ofrecerte un café y hablemos. Para eso estás aquí, ¿verdad?

—Uh —dije, parpadeando y mirando alrededor. Aunque esto era muy raro, ella no estaba técnicamente equivocada. —Sí. —Eso es cierto.

—Siéntate, entonces —dijo—. Y déjame traerte esa bebida.



## CAPÍTULO NUEVE

2020

WES

Eran las siete de la noche, y estábamos llegando a la gala. Al menos no tuve que conducir con mis padres, pensé, aunque nos íbamos a encontrar en la fiesta.

Le entregué mis llaves al valet y busqué en la entrada del hospital a la mujer que sólo había visto en fotos. No fue difícil encontrarla. Llevaba un vestido negro y un chal envuelto alrededor de sus codos. Era casi tan alta como yo, y parecía un poco aburrida.

Me acerqué a ella. —¿Sarah? —pregunté.

Me sonrió, extendiendo su mano. —Hola —dijo—. Usted debe ser el Dr. Hawthorn.

—Puedes llamarme Wes —dije—. Gracias por acompañarme. Te lo agradezco.

—Tu mamá lo hizo sonar como si fuera realmente importante.

—Lo es —dije. Extendí mi brazo y ella lo rodeó con el mío. La perfecta chica de adorno pensé, aunque sólo podía esperar que ella supiera que para eso estaba ahí, y no para una relación o algo así. —Espero que no te haya hecho pasar un mal rato.

—He sobrevivido a mi propia madre dominante tanto tiempo. Creo que se reunieron para agotarme hasta que aceptara esto.

—¿Debo suponer que no quieres estar aquí?

—Sí quiero estar aquí —respondió ella, sonriéndome. —Soy representante farmacéutica. No eres mal parecido, y esto podría funcionar para mi carrera.

—Bien —dije—. Esta es la idea de mi madre, y para ser completamente honesto, no estoy buscando nada serio.

—Yo tampoco —dijo—. O en realidad, para nada. Mi madre está asustada de que sea una mujer soltera de treinta y tantos años. No importa que le haya comprado una casa, ¿sabes? Todo lo que le importa son los nietos.

—Sí —dije—. Creo que mi madre piensa que si no encuentro una esposa pronto no va a ser abuela, así que está presionando mucho.

—Mamás —dijo Sarah.

Entramos en la habitación delantera, y nos detuvimos un segundo para ver las maravillosas decoraciones. Este era el tipo de cosas que se hacían normalmente en los salones, pero el hospital realmente quería mostrar la arquitectura y el diseño de vanguardia.

Cada mesa, que era redonda, había sido colocada estratégicamente cerca de lo que parecía ser un escenario improvisado. Se estaba preparando la banda, y la cantante con un vestido de lentejuelas ayudaba a conectar las últimas cosas.

—Creo que estamos en la mesa del frente —dije—. Probablemente estemos con mi madre y mi padre.

—Lo supuse —dijo, y luego me sonrió. —Estoy emocionado por conocer al gobernador.

—Estoy seguro de que está emocionado de verte —le respondí. —Hace mucho tiempo que no tengo una cita con mi padre, y estoy seguro de que mi madre no le dijo que nos había tendido una trampa.

Sarah se rió. —Bien —dijo.

—Haré las rondas y te presentaré a la gente en un rato —dije, dándome palmaditas en los bolsillos mientras caminaba. —Déjame llevarte a nuestra mesa. Puedes conversar con mis padres,

si no te importa, mientras voy a buscar mi teléfono. Creo que lo dejé en mi coche.

—Seguro.

Llegamos a nuestra mesa. Como pensaba, mis padres estaban sentados en ella. Mi madre se levantó, me saludó besándome en la mejilla, y luego dijo a borbotones lo hermosa que era Sarah. Mi padre me dio un firme apretón de manos y asintió con la cabeza.

—Ahora vuelvo.

Nadie me escuchó, pero no importó. No quería estar allí, así que me levanté, me fui, saludé a un par de personas saludándolas, y luego fui a la estación de aparcamiento. Un joven con un poncho me miró.

—Oye, ¿me das mis llaves? Dejé mi teléfono en el coche.

—Claro. Puedo ir a buscarlo por usted si quiere. Parece que podría llover, y no querrá arruinar ese elegante conjunto.

Fruncí el ceño, no sé cómo tomarme su comentario. —Está bien. Creo que sólo voy a caminar hasta allí, un poco de aire fresco me vendría bien. Hay demasiada gente ahí dentro.

—Bien. ¿Tiene su número?

—Sí. —Recuperé mi número del bolsillo del pecho de mi camisa. Se lo entregué y observé cómo tardaba en descifrar cuáles eran mis llaves. Finalmente, me las entregó. Le agradecí, un poco molesto, y caminé hacia el aparcacoches. Estaba cerca del aparcamiento de invitados, pero más cerca de donde estaban los vendedores y las entregas.

Me sorprendió lo lejos que aparcaron mi coche, pero no debería haberlo hecho. Había mucha gente allí, y estaban ocupando todos y cada uno de los espacios.

Finalmente encontré mi auto en la parte de atrás. Presioné mis llaves para abrir la puerta, y sonó. Cuando se encendieron los faros, vi a alguien al lado de una camioneta blanca, que parecía un poco aturdido.

—Hola —grité—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió una voz femenina—. Soy la florista. Sólo estoy poniendo mis cosas en la camioneta.

—¿Quieres que te ayude?

Lo consideró por un segundo. —No —dijo—. Sólo vas a ensuciarte.

—Podría ser una buena excusa para no volver a entrar —dije—. Me quedé atrapado con la florista. Me parece bien. Además, realmente parece que necesitas un descanso.

—¿Me veo tan terrible? —preguntó.

—No lo sé —dije, aunque pude notar que estaba exhausta por la forma en que se movía. A pesar de que todo lo que pude ver fue su contorno, pero estaba claro que estaba luchando por poner las cosas en la furgoneta blanca. —Todo lo que puedo ver es tu silueta.

—Sigue así —dijo—. Mi silueta ya es bastante mala sin que me veas la cara.

Hice lo que había dicho, pero no me atreví a irme y volver a la fiesta, aunque sabía que debía hacerlo. —¿Hiciste todos los arreglos florales por ti misma?

—Hasta el último —dijo—. He estado aquí durante horas y horas.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste un poco de agua?

Ella pensó por un segundo. —En realidad no lo sé —dijo—. También han pasado horas.

—Guardo botellas de agua en mi coche —dije—. Si quieres una. No tengo que mirarte a la cara, el coche está abierto. Sólo abre mi maletero, hay una nevera ahí, y está lleno de botellas de agua.

Ella hizo una pausa. Su silueta dejó de moverse por completo. —¿En serio?

—Sí —dije—. De verdad.

—No sé cómo me siento al abrir el baúl de un extraño. ¿Por qué tienes agua ahí, de todos modos?

—Voy mucho de excursión —respondí—. A veces, es improvisado.

—Hm. No lo sé. Por alguna razón, esa explicación no me tranquiliza.

Me reí para mis adentros. —Bien —dije—. Es justo. Voy a ir allí, abriré el maletero, te conseguiré una botella de agua y la pondré encima de mi coche. ¿Qué te parece?

—Excesivo —respondió, pero pude oír la sonrisa en su voz. —Con toda honestidad, estaría agradecida.

—Bien —dije—. No te miraré.

—De todas formas, te costará ver con esta luz —dijo—. Tal vez quieras hablar con alguien para que ponga las luces de la calle de nuevo en esta área. Alguien podría resultar herido.

—Lo mencionaré —dije. Caminé hasta el maletero de mi auto, lo abrí, tomé una botella de agua de la nevera, hice un espectáculo de cerrar el maletero, y caminé hacia el frente del auto. Coloqué la botella de agua en el capó. —Allí está. Ahora ni siquiera tendrás que darte la vuelta.

—Gracias —respondió. La observé mientras se acercaba a mí, el contorno de su cara se hizo más claro. Prácticamente tuve que dejar de jadear.

Era la misma mujer que había visto en Daisy's Blooms. Me resultaba familiar entonces, pero yo estaba ocupado y no quería mirarla fijamente. No quería ser grosero.

Pero ahora que la miraba, me di cuenta de que la conocía. De toda una vida atrás, pero la conocía.

Y era más hermosa que cualquier otra mujer que hubiera visto.

Sus ojos eran enormes, su nariz recta y estrecha con un pequeño bulto, y sus pómulos eran altos. Había pequeños mechones de pelo en su frente, y aunque no sonreía, podía decir que tenía una hermosa sonrisa.

Me resultaba familiar, pero en la oscuridad, definitivamente no podía decir de dónde la reconocía.

Si se hubiera quedado allí un poco más de tiempo, pensé que lo habría logrado. Pero no lo hizo. Agarró el agua, me sonrió y se alejó, dándome la espalda. —Gracias —dijo—. Te lo agradezco.

—Por supuesto —respondí—. De nada. —¿Tomas un descanso?

—Realmente necesito llegar a casa —dijo—. Tengo que relevar a mi madre de las tareas de niñera.

—Ah, está bien —respondí—. Bueno, estoy seguro de que ella preferiría que llegaras a salvo.

Ella sonrió. —Sí —dijo—. Tienes razón. Probablemente deberías volver a tu fiesta.

Suspiré. —Lo sé. Sólo que no quiero hacerlo.

—¿Te aburren?

—Digamos que eres mucho mejor compañía —respondí—. Eres mucho más interesante, seguro.

Se rió. La oí desenroscar la tapa del agua, y miré fijamente su contorno mientras inclinaba la botella hacia abajo, con la cabeza hacia atrás, y se la bebía casi de un solo trago.

—Tenías sed —le dije.

—Sí —respondió ella. —Supongo que sí. No me siento mejor todavía.

—Probablemente necesites dormir un poco.

—Sí —dijo—. Probablemente.

Dudé antes de abrir la puerta de mi coche. Agarré mi teléfono, que había dejado en el salpicadero, y me volví para mirarla de nuevo. —¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

—Casi he terminado —dijo—. Además, ya me has ayudado con el agua. Te lo agradezco.

—De nada —respondí.

La miré durante unos segundos más, pero no hizo más conversación, y no quería que se sintiera incómoda.

Además, ella tenía razón. Realmente tenía que volver a la fiesta, por mucho que no quisiera. Tenía obligaciones laborales que atender, y si me iba por mucho tiempo, mi mamá no me dejaría de recordármelo.

Abrí la boca para decir algo, pero no había nada que decir. Me di la vuelta y me dije a mí mismo que me olvidara del florista. Tenía cosas más importantes que hacer que preocuparme por las mujeres.

Cosas más importantes que hacer que preocuparme por ella.

## CAPÍTULO DIEZ

2020

### *ASTRID*

Anduve de un lado a otro, de un lado a otro, preguntándome qué debía hacer. Si seguía así, iba a hacer un agujero en el suelo. Daisy me miraba fijamente, claramente preocupada, pero no tenía respuestas para ella.

No tenía respuestas para mí mismo.

Tenía mi teléfono en la mano, y pensé en si tenía que llamar a la Dra. Hawthorn.

Conocía los términos de nuestro acuerdo, pero tampoco era ya una chica estúpida e ingenua. Sabía que el acuerdo que teníamos no era ejecutable por ningún abogado en ninguna parte, y que nuestro contrato era básicamente nulo y sin efecto. Pero aun así había conseguido el apoyo financiero de ella, y me sentía obligada por un sentido del deber.

Sin la Dra. Andrea Hawthorn, no habría sido capaz de cuidar de mi hija. Definitivamente no hubiera podido tener mi propia florería, y pagar el alquiler antes de que lograra ahorrar suficiente dinero... la idea de ello me hacía temblar.

—Daise —dije.

Mi hija levantó la cabeza para mirarme.

—Voy a salir a buscar el correo, ¿de acuerdo? No te muevas.

—Iré contigo.

—No, no lo hagas —dije—. Te ves muy cómoda, y ayer tuviste un largo día con la abuela, ¿no? Se encogió de hombros. —Supongo —dijo.

—No te vayas a ningún lado, ¿de acuerdo? —Le pregunté. —Quédate exactamente donde estás. Luego podemos ir a buscar algo de comida.

—Está bien, mami —dijo Daisy, volviendo a su película.

Me lamí los labios, me preparé para una conversación incómoda y entré en el sorprendentemente frío día. Estaba en el pasillo, y luego me desvié hacia el patio delantero. Podía mirar por la ventana y al interior del apartamento, aunque el reflejo hacía que fuera sorprendentemente difícil ver a mi hija.

No tenía mucho tiempo para hablar con ella. Agarré mi teléfono, busqué la tarjeta de contacto del Dr. Andrew Hawthorn, que en mi teléfono tenía la etiqueta 'Dr. ENT' y la presioné con el dedo.

El teléfono sonó una vez. Dos veces. Tres. Cuatro veces.

Estaba a punto de colgar cuando ella cogió el teléfono. —¿Hola?

—Dra. Hawthorn —dije.

Hubo una pausa en la línea. —Un segundo —dijo concisamente. Podía oír las excusas, y luego oí pasos. Claramente se estaba alejando de la gente con la que estaba. —Más vale que sea bueno.

—No te llamaría si no lo necesitara.

—Puedo enviarte unos pocos cientos de dólares extra este mes —dijo—. No tanto, pero...

—No, Dr. Hawthorn —dije—. No necesito su dinero. Sólo llamé para decirle algo importante.

—¿Es alguien del hospital?

—¡No! —Le respondí, un poco más bruscamente de lo que pretendía. —No, no es nadie del hospital. Sólo... mira, me encontré con tu hijo, ¿vale?

Había silencio en la línea. Andrea respiró profundamente antes de hablar. —¿Le dijiste?

—No —dije—. No, no se lo dije, pero tengo la sensación de que va a estar en mi órbita durante un tiempo, y puede que siga encontrándome con él.

—¿Por qué? Ustedes dos no se mueven en los mismos círculos en absoluto —respondió—. A menos que vayas a la escuela de medicina, no veo cómo puedes encontrarte con mi hijo tan a menudo.

Tuve que reprimir el impulso de burlarme. —Mire —dije—. No sé por qué, pero el hospital... está justo enfrente de mí, ¿vale? Y por alguna razón, su hijo entró en mi tienda, y me he encontrado con él antes.

—¿Pero no ha visto a la niña? —

Miré por la ventana, mordiéndome el interior de la boca. —No —dije—. Y no lo dejaré a menos que sea absolutamente necesario, ¿de acuerdo?

—¿Qué quieres decir, a menos que sea absolutamente necesario? No se lo dirás. Teníamos un acuerdo. Tenemos un acuerdo.

—Quiero decir, sí, pero nunca esperé que estuviera tan cerca.

—Bien —dijo—. Está en ti poner espacio entre los dos. Ya sabes, esos eran nuestros términos.

—¿De aquí es de donde vengo! —Dije, agitando los brazos, consciente de que no podía verme. —Mi madre vive justo en la calle, y acabo de abrir una tienda aquí. Puedo hacer lo mejor para tratar de evitarlo, pero no puedo prometerle nada. Sólo pensé que le gustaría saberlo.

Ella pensó en eso por un segundo. —Teníamos un trato, Astrid —dijo—. Todavía lo tenemos. Entiendo que puede que no necesites el dinero ahora mismo, pero sobre el fideicomiso de Daisy, o su fondo para la universidad... ¿No te importan esas cosas?

—Eso no es justo —dije—. Por supuesto que me importan esas cosas.

—¿Eso no es justo? Te diré lo que no es justo —dijo—. Cambiar los términos tan tarde en el juego. Es tu responsabilidad alejarte de mi hijo, Astrid. Sabías exactamente lo que pedí, y por qué lo pedí. Necesito que hagas lo que acordamos que harías.

Me burlé, esta vez descaradamente. —Parece que no lo entiende, Dra. Hawthorn —le dije—. Me he mantenido alejada de su hijo. Está en mi órbita, no al revés. Entiendo que nos ha ayudado mucho financieramente, pero Daisy no tiene padre por su culpa. Así que tal vez podría estar un poco más agradecida de que decidiera coger el teléfono y llamarle antes de decirle algo a él.

—Bien —escupió—. ¿Cuánto quieres? Puedo ayudarte a abrir una tienda en otro lugar. Puedo ayudarte con el cuidado de tus hijos.

Miré mi teléfono, con la boca abierta, antes de tragar. —¿Sabe qué? —Dije, unos segundos después, después de que las ganas de gritarle se habían calmado un poco. —Guarde su dinero. No lo quiero más.

## CAPÍTULO ONCE

2010

*ASTRID*

Me senté en un gigantesco e inmaculado sofá, e hice lo posible por fijar mi postura mientras la elegante mujer que había abierto la puerta se acercaba a mí con una bandeja en sus manos.

La dejó en la mesa de café y se sentó al otro lado del sofá.

—Bebe —dijo—. Debes tener frío y estar cansada por tu viaje hasta aquí.

—Estoy bien —dije, mirándola fijamente. —Lo siento, todavía estoy muy confundida.

—Las cosas se aclararán pronto —respondió, cruzando las piernas. —Lo prometo.

Pestañeeé, no estaba seguro de lo que se suponía que debía decir. Me acerqué, tomé la taza de café y bebí un sorbo. Tenía razón, no me había dado cuenta de cuánto necesitaba la bebida caliente. Odiaba que tuviera razón, porque tenía la sensación de que la situación en la que me había metido no era en absoluto la situación que esperaba, y no tenía ni idea de cómo se suponía que debía manejarla.

Prácticamente terminé mi café, y luego me volví para mirarla. —¿Quién es usted?

—¿No lo has descubierto? —preguntó, y luego sacudió la cabeza. —No eres la más brillante de todas, ¿verdad?

Parpadeé, con la boca abierta. Quería decirle que era grosero, pero todo esto estaba más allá de lo que podía soportar. Claro que fue grosera, pero esta era su casa, y había una parte de mí que realmente quería saber qué tenía que decir en su defensa. Yo también crucé mis piernas, tratando de hacer lo mejor para mantener la compostura. —¿Qué es lo que quiere, señora...

¿Cuál era su apellido? Ugh. Ya lo había olvidado.

—Dra. Hawthorn —respondió ella, agitando su mano frente a su cara. —Mi nombre es Andrea Hawthorn y a menos que realmente seas una bombilla oscura, probablemente has supuesto que soy la madre de Wes.

—Sí —dije, parpadeando. —Esa es una de las cosas que he supuesto.

Se rió secamente. —Entiendo que debes pensar que esto es extraño —dijo—. Pero te aseguro que no lo es.

—Yo no...

—Astrid —dijo—. Es un nombre bonito. ¿Es un nombre familiar?

Sacudí la cabeza. —No —dije—. No lo es. Mi madre lo leyó en un libro, y supongo que le gustó.

—Tu madre tiene buen gusto —dijo, mirándome de arriba a abajo. —¿Sabes tus padres que estás aquí?

Tragué, sacudí la cabeza. —Nadie lo sabe —dije, más a mí que a ella.

Ella sonrió, por primera vez, y parecía... sincera. Era extraño. —Bueno —dijo ella—. Tal vez te juzgué mal después de todo. Déjame hacer un par de conjeturas educadas aquí, ¿de acuerdo? Y dime si no estoy en el camino correcto.

—Bien...

—Te acostaste con mi hijo —dijo—. Decidiste no ser responsable, y ahora estás en un pequeño aprieto.

Me mordí el labio inferior. —Eso no es justo —dije—. No decidí no ser responsable. Es sólo que...

—¿Pasó? ¿Como la inmaculada concepción? —dijo, levantando sus cejas en lo alto de su frente.

—No sé lo que fue —dije, apartando la vista de ella y fijando mi mirada en las finas tazas en las que había servido el café. —No... quiero decir, no planeamos esto. Él tampoco lo planeó.

—Bien —dijo, su tono se oscureció. —Así que es un error.

No tenía una respuesta para eso.

Ella suspiró. —Reconozco que mi hijo no siempre toma las mejores decisiones —dijo, y luego me miró fijamente. —Tú eres un ejemplo de ello. Pero de errores a errores. Me temo que algunos de esos errores pueden tener consecuencias para el resto de su vida, y él no se merece eso.

Pasé saliva. —Lo último que quiero hacer es interponerme en el camino de su hijo y su futuro.

—Bien —dijo—. Por eso estoy segura de que estarás abierta a mi propuesta.

Pestañeé. —¿Su... su propuesta?

—Sí —dijo, y luego me sonrió, con la mirada helada. —Entiendes, por supuesto, que me conviene cuidar el futuro de mi hijo.

Pestañeé. —Yo, sí... —dije—. Supongo que lo entiendo.

—Así que —dijo—. Estoy lista para proporcionarte lo que necesites.

La miré, abriendo la boca. —No —dije—. No me voy a deshacer de este bebé.

Ladeó la cabeza, su expresión se suavizó por un segundo. —Bien —dijo—. También puedo proveer eso.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que nunca se lo digas, por supuesto —dijo, encogiéndose de hombros. —Puedes decidir decírselo y luego arriesgarte a que te apoye o no. Pero si lo haces, deberías saber que no tendrá acceso a nuestros recursos.

Pestañeé. —¿Qué?

—¿Qué quieres decir con qué? Es muy simple. Te alejas de mi hijo, te alejas de mi familia, y yo te mantendré a ti. ¿Cómo suena eso?

Sacudí la cabeza, prácticamente por instinto. —No lo sé —dije—. Es un poco raro.

—Entiendo que esto podría no ser lo que esperabas —dijo—. Pero eso no significa que no sea una oferta válida, o algo que no deberías considerar. ¿Cómo vas a mantener a un bebé? Ni siquiera tienes una educación universitaria.

—Ahora mismo —dije—. No significa que no vaya a tener una educación universitaria en absoluto.

—¿Y cuándo planeas obtener esta educación universitaria? —preguntó. —¿Entre la lactancia y los cambios de pañales?

Abrí la boca para responder, pero ella me hizo señas.

—No seas estúpida, Astrid —dijo—. Incluso si decides hacer esto por ti misma, puedo asegurarte que puedo canalizar mis recursos a diferentes lugares, incluyendo abogados.

—Espera —dije—. No querías... no querías que tu hijo se enterara de este embarazo, pero ahora amenazas con quitarme el bebé.

—¿Tu bebé? —dijo, obviamente en shock. —Si no aceptas mi oferta, no podrás mantener a mi nieto. Así que, por supuesto, voy a luchar por ellos.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro —dijo, recogiendo la bandeja con las tazas ahora vacías. —Recogeré esto, y cuando vuelva, habrás tomado una decisión. La más inteligente, estoy segura.

La miré mientras se alejaba de la sala de estar. Quería discrepar con ella, pero cuanto más pensaba en lo que decía, más correcto me parecía.



Odiaba que tuviera razón.

Pero necesitaba la ayuda, y la Dra. Andrea Hawthorn era la única que se ofrecía.

Ella tenía razón. Habría sido una tonta si no la hubiera aceptado.

Y era hora de que pensara en alguien más que en mí.

## CAPÍTULO DOCE

2010

WES

No esperaba una llamada de mi madre. Normalmente llamaba los domingos, después de la iglesia, antes de ir a almorzar con sus amigas. Era raro tener una llamada telefónica no programada de ella. Era una persona muy ocupada, y también lo era mi padre. Mientras me mantuviera alejado de los problemas, nunca se molestaron en estar revisándome.

Era tarde, un lunes. Me había quedado dormido frente a mi computadora, estudiando para mi próximo examen de bioquímica. Prácticamente dejé que mi teléfono se me cayera de las manos antes de contestar. —¿Hola?

—Hola.

Miré el reloj junto a mi cama. Eran las 10 en punto. Casi la hora de acostarse. —Hola, mamá. ¿Estás bien?

—¿Por qué no estaría bien? ¿No puede una madre llamar a su propio hijo porque lo extraña?

Sonreí, un poco escuetamente. —Por supuesto que puedes. Sé que eres una criatura de rutinas, sin embargo. Por eso te lo pregunté.

—Bueno, gracias por tenerlo en cuenta. Podría esperar a hablar contigo hasta el domingo, pero hay algo que se me ocurrió y realmente quiero hablar contigo de ello.

—Está bien. ¿Papá está bien?

Se rio. —Tu padre está bien, cariño. Está muy ocupado, preparándose para las próximas elecciones. Sabes que tiene que empezar temprano.

—Lo sé. Pero no es que tenga mucha competencia para ser tesorero del estado.

—Sí, lo hace —dijo ella—. Me alegró mucho que decidieras seguir el camino de la medicina en vez del de la política.

—Sí. Bueno, sé que mi padre sólo quiere ayudar a la gente, pero creo que es mucho más difícil cuando tienes que ganar un concurso de popularidad cada dos años. O lo que sea.

—Sí. Verás, siempre tienes una cabeza sensata sobre tus hombros. Desde que eras un niño pequeño.

—Bien. —Así que...

—¿Qué?

—Sólo necesito volver a estudiar —dije, limpiándome la baba de la barbilla con el dorso de la mano. —Puedo llamarte mañana, si quieres ponerte al día.

—No. No es eso. Es sólo que, no quiero molestarte. Pero me encontré con Katie Grossman en el supermercado, y me dijo que has estado viendo a su hija, ¿Audrey?

—Yo...

En realidad, no había estado viendo a Audrey. No había estado viendo a nadie. Sólo tenía un montón de chicas con las que me acostaba, y por alguna razón, Audrey parecía pensar que era mi novia.

Era la única chica que conocía que tenía lazos con mi ciudad natal, así que tenía que ser muy cuidadoso cuando ella estaba cerca. Después de todo, los chismes podían volver a mis padres, y mi madre era el tipo de persona que estaría feliz de no pagar la matrícula si pensara que estoy jugando demasiado.

No era como si lo estuviera haciendo. Era un chico joven, era normal que quisiera explorar mis

opciones. Me sentía un poco mal por haber hecho daño, y de vez en cuando pensaba en cómo saqué a Astrid de mi habitación. Audrey había estado sentada en mi cama, pareciendo desconcertada. No era mi culpa que Astrid tuviera un momento terrible.

Aún así, me dije a mí mismo, no era el momento de pensar en eso.

—¿Tú qué, Wesley?

—Hemos tenido un par de citas juntos. No significa que tengamos una relación o algo así.

—Bueno, sé que no significa que tengas una relación ahora mismo, pero quiero que lo consideres.

—Mamá, ¿no crees que es un poco raro? —Pregunté, sin importarme mucho si me metía en problemas.

—No. Las madres han estado criando a sus hijos desde el principio de los tiempos —respondió con dureza. —Y, llama a esto una corazonada de mujer, pero tengo el presentimiento de que no estás tomando las mejores decisiones. ¿Qué te impide tener una relación con esta chica?

Pestañeeé, sorprendido por su respuesta. —No lo sé. Nunca pensé en tener una relación con ella. Mira, estoy en la universidad, mamá. Tengo mucho tiempo para encontrar una novia. No tienes que preocuparte.

—Sí me preocupo. Sé que eres un éxito con las chicas, y eso es un problema. Cuando tu padre empieza a hacer campaña, realmente necesitamos que seas responsable. Idealmente, con alguien que te haga parecer responsable.

—Casi suena como si quisieras pagarme por salir con esta chica —dije, riendo.

Ella pensó por un segundo. —Sabes, en realidad no es tan mala idea. ¿Te gustaría duplicar tu asignación cada mes?

—Mamá. Eso es un poco cruel. No puedes pedirme que salga con una chica y luego pagarme por ello.

—Sólo digo. Tú estás siendo práctico, yo estoy siendo práctica, no veo el problema.

Me quejé. —No hay nada malo con Audrey. Yo sólo...

No sabía cómo se suponía que iba a terminar esa frase. No podía decirle exactamente que había alguien que me gustaba más, aunque no había visto a Astrid por un tiempo. Eso fue culpa mía. Había sido un imbécil, y sabía que merecía ser ignorado. Aun así, intentar localizarla por el campus era casi imposible. No había tenido ningún éxito, y no quería preguntarle a ninguno de mis amigos. Me habrían preguntado qué estaba pasando, y no estaba listo para hablarlo.

Astrid era mía. Incluso la idea de ella era mía, y compartirla, bueno, me parecía mal. Incluso si técnicamente no lo era.

—¿Tú qué? ¿Quieres seguir jugando en la escuela? —Mi madre me lo preguntó.

Pestañeeé. —Yo no lo diría así.

—Sé exactamente cómo lo dirías.

Me reí entre dientes. —No estás siendo justa.

—Tal vez. Pero sabes que la carrera de tu padre es extremadamente importante para la familia. Sin ella, no estarías donde estás. No estaría donde estoy. Todos tenemos que hacer sacrificios, y salir con una chica guapa, eso no es un sacrificio. ¿Verdad?

—Supongo.

—Así que invítala a salir, Wesley. Quizá te diviertas más de lo que crees. Entonces podrás llevarla contigo cuando tu padre esté en campaña. De esa manera, las fotografías se verán aún mejor.

Me quedé mirando el teléfono un rato, con la boca abierta. Sabía que mi madre podía ser mucho, pero esto había salido del campo izquierdo. Nunca antes había hecho ninguna petición

extraña sobre mi vida amorosa. Sobre todo, le gustaba fingir que yo todavía tenía diez años y que mis intereses se basaban totalmente en los dinosaurios.

—¿Wesley?

—Te escuché —respondí—. Me siento muy incómodo con esto.

—Lo sé. Sabes que no te lo pediría si no fuera importante. Después de tus primeras citas, puedes decidir si te gusta o no. Sólo dale una oportunidad. Date una oportunidad, cariño. No sabes lo que encontrarás cuando no vayas a buscarla.

—Yo, claro, supongo.

—Bien, genial —dijo—. Espero que me digas cómo te fue en tu cita del domingo.

—Espera, mamá...

Había colgado, y yo me quedé mirando mi teléfono, sin saber qué hacer con la información que acababa de darme.

Le envié un mensaje a Audrey, seguro de que ella pensaría que esto era tan loco como yo.

*No creerías la extraña llamada que acabo de recibir de mi madre.*

Me contestó casi inmediatamente.

¿También tuviste una de esas?

Después de eso, decidí que era mejor llamarla.

## CAPÍTULO TRECE

2020

### *ASTRID*

No debería haberlo hecho.

Lo supe en cuanto llegué al hospital, y estaba estacionando en la acera. Cuando miré al edificio gigante, mi corazón se me cayó al estómago. Tenía una persona que podía contratar para hacer las entregas. Probablemente debería encargarme de la tienda, porque si alguien venía y yo no estaba allí, iba a perder el negocio.

Pero necesitaba estar segura. Necesitaba estar absolutamente segura de que era él, porque todo en mí gritaba que necesitaba alejarme. No porque no estuviera feliz de verlo, sino porque lo estaba. Era el padre de mi hija, y por eso, siempre tendría un lugar en mi corazón.

Juntos, habíamos creado algo perfecto. Habíamos creado a alguien perfecto.

Pero yo sabía lo que estaba en juego. No era tan simple como mirar su cara, hablar con un viejo conocido. Era mucho más aterrador que eso. Desde que hablé con la Dra. Andrea Hawthorn, había estado esquivando sus llamadas. Y siguió llamando, aunque nunca dejó un mensaje de voz. Nunca quiso que hubiera un rastro entre nosotros, cualquier cosa que pudiera vincularla a ella y a mí era una responsabilidad que no quería afrontar. Supuse que había una parte de mí que no podía culparla. Después de todo, yo había seguido sus planes. Pensé que eran la mejor de las peores opciones.

Pero nunca pensé que volvería a ver a Wes Hawthorn.

Y ciertamente no creí que fuera a tener un empleo justo enfrente de mí.

Probablemente era mejor que me mantuviera alejada de él, me dije a mí misma. Podría dejar las flores, las que había pedido para su secretaria, en la recepción. Podrían ir al departamento de anestesiología y entregarlas ella misma.

No tenía ninguna razón para ir a buscarlo. De hecho, tenía todas las razones para alejarme de él.

La estabilidad financiera de mi hija, su futuro... No podía arriesgarlo sólo por curiosidad. Pero él era su padre, y no estaba fuera de discusión para mí ir a visitarlo. Sólo para probarme a mí misma que él era real, que estaba realmente allí, y que era la misma persona que había conocido hace tanto tiempo.

El mismo chico irresponsable.

Si era la misma persona, sólo que ahora con un salario infernal, entonces no importaba que no supiera de Daisy, porque Daisy merecía un mejor padre que el padre que Wes podría ser.

Pero tenía que... necesitaba saber. Necesitaba hablar con él.

Respiré profundamente. Salí, tomé la orden de entrega de la parte trasera de la camioneta y entré al hospital, mirando más allá de las recepcionistas que estaban en el módulo de la recepción.

Encontré un mapa del hospital frente al ascensor. Noveno piso, como había dicho. Llamé al ascensor, sostuve la maceta cerca de mi pecho y esperé.

Había decidido hacer un arreglo de gardenias y lirios para su secretaria. El ramo era hermoso y estaba segura de que a la secretaria le encantaría.

Sólo necesitaba entregar esto en la oficina, y luego me iría, me dije a mí misma. Podría tener un poco de éxito con Wes, pero era poco probable que él estuviera allí en primer lugar.

Eso podría ser bueno, me dije a mí misma. Podría ser mejor.

Mejor que qué, no estaba segura.

Pero probablemente era mejor.

El ascensor sonó. Atravesé las puertas abiertas y entré en una oficina blanca e imaculada. Miré a mi alrededor, agarrando el arreglo de maceta en mi pecho. Este lugar era extraño, porque no parecía tener ningún rincón. El escritorio de recepción en sí era alargado y oblongo. Había una pequeña sala de espera frente a la recepción, cada silla parecía blanca y grande, con brazos gigantes. Pero no había nadie esperando. No había nadie alrededor.

Miré adentro. Esperaba encontrar las oficinas de la administración, pero no había forma de llegar desde donde estaba parada. Traté de mirar adentro, pero había ventanas por todas partes, y no podía ver. Pasé saliva, preguntándome si se suponía que debía estar aquí.

Me dije a mí misma que entraría y entregaría las flores. Era todo lo que podía hacer, me repetí. Después de eso, todo tendría que volver a la normalidad.

Aceleré mi ritmo, caminando por el pasillo sin mirar.

Todo sucedió rápidamente después de eso. Me tropecé con algo, o peor, con alguien, y perdí el equilibrio. El pasillo era estrecho, así que cuando intenté sostenerme, terminé aplastando la planta en la maceta contra la prístina pared blanca. La tierra se regó por todas partes, pedazos de la maceta destrozados volando por el aire.

Me estaba deshaciendo en disculpas. No sabía con quién me había encontrado, pero acababa de empeorar su día, sin mencionar el mío propio. Inmediatamente me arrodillé en el piso de baldosas, tratando de recoger la tierra en un montículo para poder al menos intentar recogerla.

—Oye —dijo una voz familiar y masculina. —Espera un segundo.

Sentí que mis mejillas se enrojecían. No quería mirarlo, no quería pensar que la persona con la que me había encontrado era el mismo Wes Hawthorn. Eso complicó mucho las cosas para mí.

—Lo siento. Necesito recoger esto, no debería haber traído esto aquí.

—No te preocupes. Alguien lo recogerá. Por ahora, ¿puedo mirar tu mano?

Me volví para mirarlo esa vez, mis mejillas aún estaban rojas. Sus ojos se abrieron de par en par en reconocimiento, así que inmediatamente aparté la vista de él, tratando de ocultar mi cara con mi pelo.

No funcionó.

—Espera —dijo Wes. —Tú eres... la mujer de la floristería.

No he dicho nada.

—Y tú eres la mujer con la que me encontré la otra noche, en la gala.

—Mhm —respondí.

—Pero no te conozco de ahí, ¿verdad?

No le contesté.

—¿Vas a decírmelo?

—No sé lo que tú...

—Muéstrame tu mano —dijo—. Quiero ver si tienes algo en ella.

—Estoy bien —dije.

—Lo sé —respondió—. Sólo hazlo por mí, ¿de acuerdo?

Me volví para mirarlo, y sus ojos se abrieron de par en par. Él obviamente, obviamente, sabía quién era yo.

—Tu mano —balbuceó.

Parpadeé, pero le di la palma de mi mano. Le oí tomar un aliento fuerte. —Esto tiene mala pinta, Astrid —dijo.

Lo miré, con los ojos bien abiertos. —Yo...

—Está bien —dijo—. Podemos hablar de todo esto más tarde. Ahora mismo, necesito que me sigas a mi oficina. Necesito desinfectar esta herida.

—Yo no...

—De lo contrario, tengo que enviarte a Urgencias —dijo.

Lo miré y suspiré. —Bien —dije—. Claro. Vamos.

## CAPÍTULO CATORCE

2010

### *ASTRID*

Salí de su casa con un cheque de diez mil dólares.

Más de lo que había visto en un solo cheque en cualquier momento de mi vida. Me dijo que podría depositarlo o cobrarlo, y que no le importaría. Me importaba a mí, porque no tenía ni idea de lo que se suponía que tenía que hacer con él.

No tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer.

Sabía que no podía volver a la casa de mi madre, porque ella había dejado muy claro que yo no era bienvenida allí. No tenía ningún otro miembro de la familia cerca, y no sabía para qué estaba capacitada. Diablos, no sabía si estaba calificada para hacer algo en primer lugar.

Necesitaba hacer algo. Incluso si mi madre no me iba a ayudar, tenía sentido que me fuera a casa. La gente me conocía allí.

Claro que llegaría con el rabo entre las piernas, pero no creía que eso fuera tan importante. Mi orgullo ya estaba herido, y la gente iba a saber de mi hija de todos modos.

Wes no necesitaba saberlo. No podía saberlo, ya no. Su madre y yo habíamos llegado a un acuerdo. Ella no sólo proporcionaría los fondos iniciales, sino que seguiría enviándome dinero cada mes. Cuando ya no lo necesitara, lo pondría en un fondo fiduciario para mi bebé. De esa manera, incluso si algo pasaba con su educación universitaria, al menos estaba completamente financiada. Me había sorprendido la manera pragmática y fría con que hablaba de ello, como si se tratara de una aventura empresarial y no de un ser humano. Había una parte de mí que pensaba podría haber algo malo en ella. Tal vez era una psicópata o algo así.

No iba a intentar diagnosticarla. Mientras ella mantuviera su palabra, mientras hiciera lo que dijo que iba a hacer, entonces no tenía razón para preocuparme por su cabeza. Su salud mental era su asunto. Nada que ver conmigo, nada que ver con mi hijo. Y lo había dejado muy claro, tampoco tenía nada que ver con Wes y nunca podría.

Me sentí un poco mal por mi hijo no nacido. Yo también era una niña estúpida, y lo sabía. Estaba tan asustada. No tenía el conocimiento o la experiencia para ser una buena madre. Demonios, no tenía nada para ser una buena madre. Tenía un poco de dinero ahora, pero no un sistema de apoyo, y sabía que iba a tener que acaparar ese dinero hasta que encontrara una manera de hacer que las cosas funcionaran. Ahora que había dejado la escuela, no tenía donde vivir.

Mi bebé merecía algo mejor que eso.

Conduje a casa. Estaba oscuro y era tarde cuando llegué, pero al menos ya no estaba lloviendo. Aparqué en un Holiday Inn, sabiendo que no tendría suficiente dinero para pasar la noche. Lo haría al día siguiente, la noche siguiente, pero ya no había bancos abiertos.

Debido a que mi coche estaba tan lleno de mierda, ni siquiera pude inclinar mi asiento para que dormir fuera más cómodo.

Estaba exhausta, emocionalmente agotada. No importaba que tuviera que dormir más o menos sentada en posición vertical. Puse mi mano sobre mi estómago y pensé por unos segundos. Mi hijo realmente tuvo mala suerte. Me tendrían como madre, y no tendrían un padre del que hablar. Claro, su futuro podría estar garantizado, pero eso significaría cualquier cosa cuando todos sus amigos tuvieran padres en casa y mi hijo no.

Recuerdo el intenso dolor de perder a mi propio padre. Sólo tenía doce años, pero sentí que



me convertía en adulta de la noche a la mañana. Fue repentino y sin complicaciones, lo que me dijeron que era una bendición.

Pero ver a tu padre levantarse, luego caer, y nunca más levantarse, nunca se sintió como una bendición.

Tal vez sería diferente para mi bebé. Tal vez el hecho de que nunca tuvieron un padre haría que nunca perdiera esa figura paterna. Después de todo, no podría anhelar algo si no sabía lo que era.

Yo sabía lo que tenía que hacer.

Tenía todo planeado.

Al día siguiente, iría al banco. Temprano en la mañana, cuando todavía no había nadie allí. Cobraría todo mi dinero -todavía era raro pensar que era mi dinero- y luego pondría la mitad en una cuenta corriente. Usaría el resto para pagar el alquiler, subarrendando un pequeño espacio de dos dormitorios en algún lugar del centro. Cerca de mi madre, en caso de que alguna vez quisiera involucrarse. Pero no demasiado cerca, en caso de que no lo hiciera.

Entonces buscaría un trabajo. Sabía exactamente por dónde empezar. La Sra. Martin tenía una floristería cerca de la esquina de la entrada de nuestro barrio. Era uno de los únicos locales comerciales allí, siempre estaba inundada de trabajo, y siempre buscaba ayuda. Yo ya había ayudado allí antes, y aunque sólo podía pagarme el sueldo de estudiante de secundaria, estaba feliz de aceptarlo.

Un ingreso era mejor que ningún ingreso. Especialmente cuando tienes un hijo en camino, me dije a mí misma.

Me dormí pensando en ello, mirando las luces del vestíbulo del Holiday Inn. Al menos mi coche estaba caliente, aunque tuve que apagarlo para que los faros no llamaran la atención sobre el hecho de que estaba durmiendo dentro de él.

Cuando me desperté, eran las siete de la mañana. El sol estaba en lo alto del cielo y mi estómago retumbaba.

Entré para el desayuno continental gratis. En lo que a mí respecta, tenía derecho a ello. Como era un futuro cliente, no tenían motivos para preocuparse.

Nadie me molestaba. Fui al baño público, me lavé la boca con agua del grifo, me volví a hacer la trenza y me puse la camisa al revés. Mi ropa estaba en el coche, bajo una montaña de cosas, y necesitaba estar presentable.

Era el comienzo de cualquier día.

Era el comienzo del resto de mi vida.

## CAPÍTULO QUINCE

2011

*WES*

Estaba sentado en una habitación de hotel, con vistas a la playa. Intentaba respirar profundamente, pero no me ayudaba mucho. Estaba enloqueciendo, y no sabía cómo iba a ser capaz de bajar las escaleras y caminar hacia la recepción.

No tenía ni idea de cómo había sido absorbido por esto.

Estaba nervioso, pero no creía que estos fueran los nervios que se tienen en todas las bodas.

No estaba emocionado. Quería salir corriendo.

No sabía cómo me habían metido en esto.

Había sucedido con el tiempo, no tan repentinamente como creía. Todos a mi alrededor me habían convencido. Primero, fue mi madre. No dejaba de decir que tenía que dejar la escuela con una esposa. Yo no estaba de acuerdo, pero entonces, mis padres pagaban mi educación. Yo era uno de los afortunados. Una de las únicas personas que quería estudiar medicina que no tenía que meterse en montañas y montañas de deudas. Complacerla, lo que también significaba mantener a mi padre feliz, era importante. No sólo porque si no hacía lo que ella quería, me volvería loco. También porque dependía de ella para mi futuro.

Se lo mencioné a Audrey un par de veces, siempre en broma. Pero al acercarse la graduación, parecía estar completamente del lado de mi madre. El día que me gradué, me visitó con toda su familia y terminamos almorzando en un restaurante que estaba justo al lado de una joyería muy elegante.

Después de eso, todo había sucedido en una especie de aturdimiento. No quería casarme necesariamente, pero Audrey era agradable, y parecía lo correcto.

Como lo natural.

Al menos eso se sintió así, hasta este mismo punto. Me miré en el espejo, y llevaba un esmoquin, y me veía elegante. Me pregunté cuán feliz debería haber sido. Sentía que debería haber sido más feliz que esto.

Miré las manecillas del reloj, y supe que si me quedaba en la habitación demasiado tiempo, la gente empezaría a pensar que había algo mal.

Consideré la posibilidad de irme, pero sólo por un segundo. Audrey, por muy insistente que fuera, no merecía que la dejaran en el altar. Nadie lo merecía.

Sabía que todo dependía de mí. Había sido un cobarde, eligiendo nunca hablar de lo poco que me importaba porque era demasiado difícil. No había nada malo con Audrey, ella era agradable, inteligente y hermosa, pero nunca había habido nada más para mí.

Si era sincero conmigo mismo, y parecía que nunca lo había sido, no me gustaba la idea de enamorarme de nadie.

Por eso había alejado a Astrid, un año y medio antes de que pasara todo esto. Me di cuenta de que estaba percibiendo sentimientos, y los sentimientos eran lo único que no sabía cómo manejar. Podía ver el matrimonio de mis padres, y sentía que había un delicado equilibrio que debía ser alcanzado todo el tiempo para mantener a todo el mundo feliz.

Excepto que nadie nunca fue feliz.

Así que hace mucho tiempo decidí que el amor no era para mí, sin siquiera darme cuenta.

Tal vez el matrimonio lo era. No tenía que ser como mis padres, podíamos ser sólo amigos que

vivían en la misma casa. Por supuesto, ella tendría que estar de acuerdo con eso. Pero la conversación que podría tener durante nuestra luna de miel, una semana en Cancún, podría estropear las cosas, pero Audrey merecía saber la verdad.

Me dije a mí mismo que dejara de ser un cobarde. Era hora de que bajara las escaleras, y hacer lo que se necesitaba hacer.

Me volví para mirar a la puerta, y escuché el débil golpeteo de alguien que se había acercado. Me acerqué, abrí una grieta y vi a mi madre, que parecía preocupada. —Todo el mundo te está esperando.

—Lo sé. Yo sólo...

—¿Vas a dejarme entrar?

Abrí la puerta para que pudiera entrar en la habitación. —Por supuesto. Lo siento. Mi mente está en otra parte.

—Lo sé —dijo. Llevaba un largo vestido azul con un brillante ribete dorado y su pelo estaba recogido en suaves rizos. Se giró para mirarme a la cara, agarrándose las manos. —Sé que esto es mucho, pero estás haciendo lo correcto. No puedes dejar que una chica como Audrey se escape.

He tragado. —No saben si lo estoy haciendo, mamá. ¿Y si...?

—No lo hagas. No sabes cómo te vas a sentir en un año, tal vez dos. Necesitas darle una verdadera oportunidad, y no lo has hecho. Esta es la oportunidad perfecta para eso —dijo—. Además, se van a mudar a donde sea que estés estudiando, y será bueno para ti tener a alguien allí que te apoye.

—¿Y qué hay de lo que ella quiere?

Ella sonrió, soltando mis manos. —Ella es inteligente. Lo que quiere es ser una buena esposa para ti. Ese es el tipo de apoyo que necesitas ahora, cuando las cosas son transitorias. Deberías ser feliz hoy. Has conseguido algo bueno.

—Me preocupa no amarla tanto como se merece —dije, apartando la vista de ella. Y así fue. Me preocupaba no amarla lo suficiente, y aunque me preocupaba profundamente por ella, me preocupaba que tal vez parte de mí no la amara en absoluto.

—No necesitas amarla como parece que el amor está en las películas, sólo necesitas algo estable. La mantendrás, tendrás hijos hermosos y serás feliz. ¿Cómo suena eso?

Como una mentira, pensé. —Está bien —dije, en cambio.

—Es mejor que bien. Vamos, bajemos. Se ve hermosa, y vas a cambiar de opinión tan pronto como la veas.

La seguí fuera de la habitación, aunque todo en mí quería desesperadamente quedarse allí y fingir que nada de esto estaba pasando.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

2020

WES

Mi corazón latía rápido en mi pecho.

Por supuesto que la conocía.

No era la mujer que me daba flores cuando las necesitaba, era la chica de la que casi me había enamorado hace tantos años.

Casi... tal vez me estaba mintiendo a mí mismo. Tal vez era más que eso.

Era la chica a la que había apartado.

Ahora su mano estaba sobre la mía, cubierta de tierra y posiblemente con pequeñas laceraciones.

Y ella me miraba, claramente esperando que yo dijera algo que hiciera que todo encajara en su lugar.

Pero no pude. No podía entender los años que habíamos pasado separados porque estaba demasiado asustado para permitirme sentir algo por ella. No podía preguntarle qué había pasado, por qué había abandonado la escuela, por qué había desaparecido de repente, porque pedirle que satisficiera mi curiosidad me parecía cruel, y egoísta, e innecesario.

Y no podía hablarle de lo hermosa que era, porque si empezaba, no sabía si podría parar.

Quería seguir mirándola. Quería decirle que no había cambiado en absoluto, pero que yo sí, que rogaría de rodillas por otra oportunidad si era lo que tenía que hacer.

Pensé que había dejado mi pasado en el pasado. Pero no lo había hecho, porque mi pasado estaba justo delante de mí, y mi pasado se veía más atractivo que nunca antes. No esperaba eso. No esperaba que mi corazón se sobresaltara cuando mirara a Astrid, pero nunca esperé volver a verla.

—Tenemos que lavar esto —dije.

—Puedo encontrar el baño.

Me puse de pie, ayudándola a ponerse de pie. —No. Hay una estación de lavado en mi oficina, sólo ven conmigo. Necesito asegurarme de que no hay trozos de vidrio en tu mano, y que no necesitas puntos de sutura.

Se lamió los labios. —¿Vas a darme puntos de sutura?

—¿En tu mano? Diablos no —dije, sonriéndole. —Pero puedo averiguar si los necesitas, y si lo haces, puedo encontrar a alguien que pueda.

—Bien —dijo, y luego miró donde la planta en maceta se había regado por todo el suelo. —¿Qué pasa con este lío?

—Eso es un desastre —respondí—. Preocupémonos por ti primero. Haré que un conserje venga aquí y limpie esto, como dije.

Ella asintió, lamiéndose los labios. Sus mejillas estaban rojas. Me sentí un poco mal por ella, estaba claramente mortificada. —¿Estás bien? —Ella preguntó. —Creo que también te ensucié.

—No estoy preocupado por eso. Tengo una muda de ropa en mi oficina, y, de todos modos, un poco de suciedad hará que la gente crea que realmente estoy trabajando duro.

Ella sonrió. —Estoy seguro de que piensan que tu trabajo es muy simple.

—El trabajo más simple en todo el maldito hospital, estoy seguro —respondí.

—¿Qué haces aquí de nuevo?

—Te lo diré en mi oficina —dije, soltando su mano. —Mantenla levantada, sobre tu pecho. No creo que estés sangrando, pero quiero tener cuidado. Sígueme.

La vi tragar, pero asintió con la cabeza. —Claro. Gracias.

—Por supuesto. Es lo menos que puedo hacer.

Parecía que quería cuestionar eso, pero yo sabía que tenía razón. Era lo menos que podía hacer.

\*\*\*

Mi oficina no era realmente un lugar donde normalmente veía pacientes, pero técnicamente, no era una paciente. Era una vendedora que había tenido un accidente. Pensé, brevemente, si mi seguro me cubriría esto, y luego decidí que no importaba.

Me paré junto a ella mientras se lavaba las manos, asegurándome de que las restregara, aunque claramente le dolía. Se quejó un par de veces cuando le dije que se esmerara en los pliegues digitales de las interfalángicas, porque ahí era donde la suciedad se atascaba con más frecuencia, y luego me hice cargo cuando era obvio que no iba a poder sacar la suciedad por sí misma.

Yo estaba flotando sobre ella, agarrando sus pequeñas manos entre las mías, restregándolas con agua fría. Intentaba ser cuidadoso porque parecía que estaba sufriendo.

—Lo siento —dije—. Terminaré en un segundo.

Me miró y sonrió. —Gracias —dijo—. Te lo agradezco.

—Es con mucho gusto. —Respondí. —Si te dejo salir de mi oficina mientras estás herida, no creo que sepa cómo terminó esto.

Se mordió el labio inferior. Quería besarla. Lo necesitaba.

Me dije a mí mismo que no debería. Me dije a mí mismo que esto era ridículo, estúpido, poco ético.

Iba a inclinar la cabeza hacia abajo e iba a cerrar el espacio entre nosotros. Ella inclinó su cabeza hacia abajo, miró su mano y hizo una mueca de dolor. Pude ver pequeñas líneas de sangre chorreando por su mano, llegando a su muñeca.

Me tragué el nudo de mi garganta. —Adelante, siéntate en una de esas sillas de ahí delante de mi escritorio —dije—. Necesito ir a buscar una lupa, y tal vez un hilo.

—¿Algún hilo? —preguntó, sonando alarmada.

La miré. —No te preocupes —dije—. No creo que tenga que mandarte a hacerte una radiografía.

—¿Una radiografía?

Sacudí la cabeza. —Lo siento. Dejaré de asustarte, ¿de acuerdo?

Se mordió el labio inferior. —Estás haciendo un mal trabajo con eso.

—Lo sé. Pero no te preocupes, no será por mucho tiempo.

Me miró, con los ojos bien abiertos. —Bien —dijo—. Si tú lo dices.

## CAPÍTULO DIECISIETE

2020

### *ASTRID*

No me fui.

Podría haberme ido. Probablemente debería haberme ido.

No lo hice.

Me senté en la silla de su oficina, esperando que algo pasara. Había confirmado quién era él, y no sólo eso, él sabía quién era yo. Me había metido en un mundo de problemas, simplemente porque no podía controlar mi curiosidad.

Había sido una estúpida. Y ahora estaba en su oficina, mirando alrededor, tratando de encontrar pequeños trozos de su vida personal. No había nada que indicara que este gran lugar era la oficina de Wes Hawthorn, excepto un retrato en el escritorio.

Sabía quiénes eran esas personas.

Era Wes, con el aspecto que tenía en sus años de universidad, con el uniforme de atletismo. En la parte de atrás, la Dra. Andrea Hawthorn y el Gobernador Eric Hawthorn le sonreían, claramente orgullosos de su hijo atleta convertido en médico.

Intenté apartar mi mirada del retrato de su familia. Ya me sentía como una intrusa, como una entrometida, y sabía que estaba caminando sobre hielo delgado. Probablemente todavía estaba cerca de sus padres, y en el momento en que su madre se enterara de que yo había estado cerca de él... mierda. No quería pensar en lo que su madre haría.

Tenía tantos recursos, y se suponía que era mi plan de respaldo para el futuro de mi hija. Todavía tenía algunos planes, estaba ahorrando lentamente para su escolarización, pero no era como si no tuviera abuelos ricos a los que recurrir.

Necesitaba irme. No se trataba sólo de mí, sino de mi hija. No lo había pensado bien.

Me levanté, sintiéndome un poco mareada, y me dirigí hacia la puerta. Antes de que la abriera, Wes lo hizo, y me miró con curiosidad. Fingí que estaba mirando uno de los diplomas de su pared. Ni siquiera lo leí.

Intentó suprimir una sonrisa. —Hola —dijo—. Te dije que no tardaría mucho.

—Lo hiciste —dije—. Lo siento, me pongo un poco ansiosa.

—No te preocupes —respondió—. ¿Quieres sentarte?

—Claro —respondí, y me senté en la misma silla en la que me había sentado antes. Pestañeeé, tratando de no mirar el retrato de familia que tenía en su escritorio.

—Tengo una lupa —dijo—. No creo que tenga que mandarte a hacer una radiografía porque la matera se haya roto, pero no te caíste sobre ella. Todavía podría, si veo algo después de mirar con una lupa.

—Estoy bien —dije, agarrando mi mano cerca de mi pecho. Me mordí el labio inferior. —No necesito... necesito volver a mi tienda. Nadie se está encargando de ella en este momento.

Asintió con la cabeza. Agarró la silla de detrás de su escritorio, la arrastró hacia donde yo estaba, y la puso delante de mí. —Esto no llevará mucho tiempo —dijo—. Con suerte.

Hizo girar la lámpara de mesa para que brillara sobre mi piel, y luego se posicionó para que no fuera él quien hiciera sombra.

Usó la lupa para mirar mi mano, y asintió con la cabeza, murmurando para sí mismo. —Bien —dijo—. Tienes un fragmento aquí, y tenemos que sacarlo. No va a ser tan malo sacarlo. Aparte de

eso, pareces indemne. Es sólo que sangra mucho, a veces eso pasa.

—¿Entonces no está mal?

—No —respondió—. Sólo tenemos que asegurarnos de limpiarlo muy bien para que no haya riesgo de infección. Sería mucho peor si no abordáramos esto ahora. Puede que no puedas volver a atender tu tienda durante semanas si no lo controlamos ahora.

Acercó mi mano a su cara y se movió lentamente mientras examinaba el resto. —Sí —dijo—. Esto no debería llevar más de diez minutos.

—Bien —dije—. Bien. —Porque necesito volver.

—Lo sé —dijo—. Creo que ni siquiera necesito adormecer tu mano.

—Siento que piensas que debería estar feliz por eso.

—Creo que deberías estarlo —dijo, levantando las cejas—. Esto podría ser mucho peor de lo que es. Podrías haberte lastimado un tendón o un ligamento. Podría estar enviándote a cirugía.

Pestañeé. —Lo entiendo —dije—. Está bien.

Me limpió la mano con peróxido de hidrógeno, que había traído consigo. Me picó.

—Lo siento —dijo—. Esto sólo dolerá un segundo más.

—No dije nada.

Se rio. —Puedo ver tu cara —dijo—. Voy a usar unas pinzas para quitarte este fragmento de la mano, y luego me aseguraré de que tu mano esté limpia, y lo venderé para que no entre suciedad. Riesgo laboral, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. —Bien.

Como prometió, sólo le llevó unos minutos. Trabajaba en silencio, sin siquiera mirarme, y aunque me dolía, lo disfrutaba.

Se sentía extraño que me tocara, pero también se sentía bien, como si así fuera la forma en que las cosas debían ser.

Me estremecí cuando estaba a punto de terminar.

—No te muevas —dijo, con su voz profunda.

Pasé saliva y miré su cara. Tenía la boca entreabierta mientras se concentraba en mi mano, y sus ojos estaban entrecerrados. Seguía siendo tan guapo como lo recordaba, tal vez incluso más. Había una compostura en él, un aplomo, que nunca había visto antes.

Me gustaba. Le quedaba bien.

No quería admitirlo, pero me gustaba.

Habría sido más fácil si estuviera enfadada o molesta o resentida, o si pensara que seguía siendo el mismo chico con el que estuve brevemente involucrada en la universidad. No lo hice. Para nada. La chispa seguía ahí, y eso me asustó.

Sabía que no debía involucrarme con él.

Terminó, poniendo un poco de gasa en mi herida. —Intenta mantenerla seca, al menos durante el primer día. No me preocuparía demasiado por ello, pero aun así debes cuidarla.

—Gracias. Lo aprecio. Y lamento que el primer ramo que iba a entregar a tu secretaria fuera un desastre.

Se rio. —No te preocupes. Ahora siempre recordará que intenté darle flores desde el principio.

Asentí con la cabeza. —Realmente necesito volver a la tienda.

—Por supuesto. ¿Quieres que te acompañe a tu coche?

Pestañeé, sorprendido por la oferta. —No. Eso no es necesario. Sin embargo, aprecio tu oferta.

—Es lo menos que podía hacer, ya que te lesionaste por mí.

Le sonreí. Quería una réplica ingeniosa, pero me sentía incapaz de hacer nada. Sólo quería

mirarlo, ver las nuevas líneas de su cara, compararlo con el chico que había conocido. No podía quedarme allí y estudiar su cara.

La idea era extraña. Puede que fuera lo que yo quería, pero lo que yo quería no importaba.

—Puedes irte —dijo—. Puedes irte, y podemos ser conocidos si eso es lo que quieres.

Cerré los ojos. Pensé en decirle que era lo que quería, pero mi boca estaba seca, y cuando la abrí para responderle, todo lo que conseguí fue una respuesta monosilábica. —No.

—¿No qué?

—No quiero que te detengas.

Sonrió, y esta vez, cuando me besó, fue con hambre, con abandono. No esperó más para agarrarme las piernas, ayudándome a saltar a su cintura, a agarrarme a él mientras nos besábamos apasionadamente mientras él seguía clavándome contra la pared de su oficina. Podía sentir cómo me apretaba, la firmeza de sus pectorales, la fuerza de sus brazos y el evidente abultamiento de sus pantalones.

Se retorció contra mí mientras nuestras lenguas se batían en mi boca, mientras yo casi automáticamente giraba mis caderas para poder sentir la fuerza de su cuerpo sobre el mío.

Era mucho, estaba listo, lo quería, y estaba claro que él me quería a mí. No dejó de besarme, no por un tiempo, no hasta que necesitó tomar un respiro.

Me soltó y me depositó suavemente en el suelo. Me sonrió cuando me abalancé sobre su cinturón. Desabroché la hebilla de su cinturón, y luego desabroché su cremallera. No quise bajar sus pantalones por las piernas, porque este era todavía un lugar público, y a pesar de que todo en mi interior quería esto, me preocupaba que pudiera meterse en problemas.

Me agarró de nuevo, me puso contra la pared. Pasó sus dedos por debajo de la cintura de mis vaqueros y los bajó sin dificultad. Encontró mi punto más sensible con la punta de su dedo, y presionando contra la tela de mis panties, me acarició lentamente hasta que me mordí el labio inferior tan fuerte que pensé que iba a sacar sangre.

Se alejó de mí sólo por un segundo.

—Dime lo que quieres —dijo.

Volví a tragar. Mi boca estaba seca. Mis mejillas estaban rojas y tenía calor por todas partes. Estaba lista para él. Lo quería, pero no estaba preparada, por mucho que mi cuerpo gritara por él. Le miré a los ojos antes de hablar. —Te quiero a ti. Sólo que... no tengo ninguna protección.

—Tienes una boca —respondió simplemente, y sus palabras me hicieron debilitar las rodillas.

Pestañeeé, sin estar seguro de lo que se suponía que debía decir a eso. Si hubiera alguna palabra que pudiera decir ante eso.

—Arrodíllate.

Lo dijo simplemente, en voz baja.

—¿Qué?

—Arrodíllase —repitió, su voz era clara.

Me miraba directamente cuando lo dijo, y todo mi cuerpo palpitaba de placer con el sonido de su voz. Mis rodillas estaban débiles, y seguir las instrucciones tenía sentido.

—Yo...

—*Arrodíllate*, Astrid.

Me arrodillé.

Quería hacerlo.

Sentí que lo necesitaba, sentí el impulso de hacerlo, mientras él me miraba.

Sabía que yo también iba a hacerlo.

Me arrodillé, justo delante de él, lentamente. Todo mi cuerpo estaba temblando. Podía sentir



gotas de sudor en mi frente. Mi corazón se aceleró y pude sentir lo intenso y real que era.

Me miró y nuestras miradas se cerraron. Mordisqueó su labio inferior. Se acercó a mí, me agarró por detrás de la cabeza pasando sus dedos suavemente por mi cola de caballo, y con su mano libre, bajó sus pantalones para que el frente de ellos revelara el contorno de su polla en sus calzoncillos grises.

—Sácala —dijo.

Pasé saliva, pero la idea de no hacer lo que me dijeron nunca pasó por mi mente. Yo lo quería. Quería esto. Lenta e inestablemente, agarré la tela de sus calzoncillos y la bajé para que su polla saliera, prácticamente pinchándome en la cara cuando lo hacía.

Me miró, riéndose secamente, y luego movió mi cara aún más cerca de su polla.

Mi cara estaba al mismo nivel que su polla, que era grande y erguida, y me hacía la boca agua. Mi primer pensamiento fue que se la iba a chupar, pero cuando me acerqué a él, no me correspondió. De hecho, me tiró hacia atrás, muy ligeramente, maniobrando los momentos de mi cara por completo.

Aunque hubiera querido tener voz y voto en lo que iba a pasar, no la tenía.

Pero él me había dicho que podía decírselo si quería parar. Había dejado claro que podía hacerlo.

Pero todo dentro de mí gritaba que no podía.

Que no debería.

Que quería esto, probablemente más de lo que nunca había querido otra cosa en mi vida.

Lo miré y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos eran entrecerrados, sus mejillas estaban rojas, y su boca estaba ligeramente abierta. Sólo por la forma en que me miraba, podía decir que me deseaba tanto como yo a él, y eso me hacía sentir aún más débil. El suelo de baldosas estaba duro bajo mis rodillas, pero me alegraba estar arrodillada en lugar de estar de pie, porque no creía que duraría mucho tiempo si me quedaba de pie.

—Quédate ahí —dijo, su mirada nunca se apartó de mi cara. —Abre la boca.

Hice lo que me dijo, mordiéndome el labio inferior y echando la mirada hacia abajo para poder posicionar mi boca correctamente. Vi cómo me soltaba el pelo y se agarraba la polla y empezaba a masturbarse, justo en mi boca, su respiración era irregular, todo su cuerpo temblaba mientras la velocidad de su mano aumentaba.

Mierda, yo lo quería. Lo necesitaba.

Y arrodillarme allí, con la boca completamente abierta, esperando que terminara, fue de alguna manera la cosa más erótica que me había pasado.

Gimió, echando la cabeza hacia atrás, y todo su cuerpo se tensó, y también el mío, aunque yo no hacía más que arrodillarme allí, dejando que me utilizara.

Entró en mi boca, y el sabor dulce-salado cubrió mi lengua, y sólo pude mirarlo con lujuria y deseo en mis ojos. Podía ver su cuerpo temblando, mientras se recuperaba lentamente de su orgasmo.

Sus manos estaban a su lado, y aunque tardó un segundo, lentamente extendió una para ayudarme a levantarme.

La agarré y me puse de pie de forma inestable. Antes de que pudiera hablar - antes de que pudiera siquiera tragar -, me inmovilizó contra la pared otra vez y me besó apasionadamente, sin apartarse de mí hasta que yo estaba jadeando para respirar.

Parpadeé cuando lo hizo. —Yo...

Se mordió el labio inferior, con las mejillas aún rojas. —Eso fue divertido —dijo—. ¿Deberíamos continuar o...?

—Lo siento —dije, antes de salir corriendo de su oficina, preguntándome qué diablos acababa de pasar.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

2020

*WES*

Era tarde en la noche, y no había logrado dormirme.

Estaba pensando en Astrid. En lo que había pasado entre nosotros.

No lo hice de manera casual, no por mucho, mucho tiempo. Tampoco busqué tener relaciones. Me había centrado en mi carrera por un tiempo, porque eso era lo más importante. Ya sea en una relación de amigos con beneficios o en un matrimonio, era claramente terrible con las mujeres. No hacía feliz a ninguna, y aunque echaba de menos el sexo, no importaba.

Podría preocuparme por eso más tarde, cuando estuviera más establecido. Eso era lo que me había dicho a mí mismo durante años y años y años.

Durante mucho tiempo, no creí que encontraría una mujer con la que compartir mi vida. No me importaba. Mi vida estaba lo suficientemente llena, me importaba mucho mi carrera, y realmente quería ayudar a la gente. Había logrado algo que la mayoría de la gente nunca habría logrado, y pensé que estaba feliz de tenerlo.

Y lo había sido. Hasta que me encontré con Astrid Andrews, y me sentí sacudido hasta la médula.

Fue como si todos mis cimientos dejaran de tener sentido. De repente, quise estar con ella de nuevo, y no estar con ella me estaba haciendo daño. No sabía qué me había pasado cuando estaba con ella, pero algo se había roto en mí.

Me di la vuelta en mi cama, mirando la pared en blanco a mi lado. Cuando me mudé al trabajo en Summit, no pensé que iba a conocer a alguien en la ciudad. Eso tiene sentido. No necesitaba una red de apoyo, y a pesar de la insistencia de mi madre, definitivamente no necesitaba una esposa.

Todo lo que necesitaba era bajar la cabeza e ir a trabajar. Estaba seguro de que me iba a olvidar de Astrid por la mañana. No importaba que ella fuera lo único en lo que había pensado todo el día, que había caminado todo el día como un absoluto zombi pensando en su hermoso rostro, en la forma en que prácticamente había salido corriendo de mi oficina.

Me preguntaba si le debía una disculpa. Después de decidir que sí, finalmente caí en un sueño agitado e inquieto.

El día siguiente fue hermoso, pero sorprendentemente frío. Salí de mi apartamento, fui a buscar café a la tienda que está junto a Daisy's Blooms y respiré hondo antes de acercarme a ella.

Miré la puerta durante unos segundos antes de decidir que era hora de entrar. Con una mano precariamente ocupada, traté de abrir la puerta, pero no pude. Casi se me cae el café cuando me di cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave.

Maldiciendo en voz baja, volví a acercar mi mano al cuerpo. Apenas noté que alguien se había acercado sigilosamente y estaba parado justo a mi lado.

—Lo siento —dijo Astrid, obviamente sin mirar hacia arriba. —Dame un segundo, estaba dejando a mi hija en la escuela y me encontré con uno de sus profesores. Yo...

Me miró y su expresión cambió. Primero se sorprendió, luego su rostro se oscureció. Podía entender por qué no quería verme, pero necesitaba hablar con ella.

—Te traje café —le ofrecí.

No dijo nada. Abrió la puerta y la mantuvo abierta para que yo pudiera entrar. Le sonreí

mientras ocupaba su lugar detrás del mostrador. —¿En qué puedo ayudarle, señor?

Sacudí la cabeza, riéndome. —Bueno, para empezar, por favor no me llames señor. A menos que sea lo tuyo, entonces puedes llamarme señor si quieres.

La vi reprimiendo una sonrisa.

Me acerqué a donde estaba, extendiendo mi mano para darle la taza de café. —Espero que aún tomes tu café negro.

—¿Recuerdas cómo me tomé el café?

—Bueno, no era como si tuvieras la orden más difícil del mundo —dije. Su mirada se deslizó entre mi cara y la taza de café, pero terminó tomándola.

Tomó un sorbo, luego levantó la vista y me sonrió. —¿A qué debo esta inesperada visita?

—Quería hablar. Literalmente te escapaste.

—Lo que podría haber sido una pista, ¿verdad?

—Sí. Pero no quería que las cosas fueran raras entre nosotros, no si vamos a seguir encontrándonos.

Ladeó la cabeza, tomando otro sorbo de café. —¿Qué te hace pensar que vamos a seguir encontrándonos?

—Bueno, yo trabajo aquí. Y tú también. Vivo aquí, y tú también —le respondí. —Parece natural que nos sigamos encontrando, y quería asegurarme de no poner un tono extraño en ello.

—No lo hiciste. Eso también fue culpa mía —respondió. Terminó su café, lo que parecía una hazaña bastante impresionante, y luego me mostró una sonrisa. —Como dijiste, podría haberte pedido que te detuvieras si hubiera querido.

—Pero no lo hiciste —dije, mi corazón latiendo rápido en mi pecho.

—Obviamente —respondió ella, simplemente, y luego sus hombros se cayeron. —Pero no creo que sea una buena idea hacerlo de nuevo.

—¿Por qué no? Los dos parecíamos pasarlo bien —me oí decir, como un absoluto idiota.

Se suponía que estaba allí para disculparme con ella, no para complicar aún más las cosas. Definitivamente no debía pedir más, porque estaba claro que ya la había presionado considerablemente.

Abrió la boca para responder, pero la detuve con un gesto de la mano.

—Lo siento. Creo que tienes razón. No debería pedirte que hagas algo con lo que no te sientas cómoda. No debería haberte presionado en primer lugar.

—No me presionaste.

La miré, me miraba con esos hermosos ojos abiertos. Quise besarla en ese mismo momento, pero me dije que no lo hiciera. Me dije a mí mismo que no estaba bien.

—Pero corriste —dije—. Y quería disculparme, porque no quería asustarte. Si estás con alguien...

—No —respondió ella, riéndose un poco. —Estoy soltera. Tan soltera como se puede. Yo sólo, no sé, Wes. Mi vida es complicada.

—Puedes hablarme de ello —le dije, mirándola directamente a los ojos. —Si quieres.

Se lamió los labios. —Quiero hacerlo —dijo—. Pero esto no es tan simple como eso.

—¿Por qué no? ¿Qué te detiene? —Pregunté, acercándome lentamente a su cara. Ella olía a café, y a tierra, y yo quería besarla más de lo que había querido en toda mi vida. Miré hacia abajo a sus labios, y luego hacia arriba a sus hermosos ojos. —Tú...

Su expresión se endureció. —Tengo responsabilidades —dijo—. Las cosas no son tan sencillas para mí como lo eran en la escuela, ¿de acuerdo? Tengo todo en juego en esta tienda. Tengo una niña a la que cuidar. No tengo el tiempo o la inclinación de hacer algo casual.

Levanté las cejas.

Se lamió los labios, cruzó los brazos sobre el pecho y miró hacia otro lado.

—Astrid —dije—. Lo entiendo. Entiendo si sólo quieres que me vaya. Puedo, como dije, fingir que no somos más que conocidos de paso.

—Bien.

—Pero no dije que quisiera algo casual —dije—. Porque eso no es lo que quiero.

Se mordió el labio inferior y me miró. —¿Y qué es lo que quieres?

—Sólo una cita —me oí decir.

Sacudió la cabeza. —No creo que me hayas oído —dijo—. Te lo dije, soy una madre soltera.

—Te escuché —dije, encogiéndome de hombros. —Estoy seguro de que tienes muchas historias interesantes sobre tu hija.

—¿Quieres oír historias sobre mi hija?

—Quiero oír historias sobre ti —dije—. Y no tiene por qué ir a ninguna parte, ¿vale? No quiero presionarte para que...

—Tú no eres...

—¿Pero no crees que sería bueno ponerse al día?

Abrió la boca por un segundo, y luego la cerró. —No sé si es una buena idea.

—¿Qué tienes que perder? —Yo pregunté. —Consigues una comida gratis con ello, y luego no tienes que volver a verme nunca más.

Se mordió el labio inferior, mirando hacia otro lado. —Y si yo...

—Si dices que me aleje de ti, te prometo que no volveré a molestarte —dije.

Ella asintió, y luego me miró directamente. —Está bien —dijo—. Si eso es lo que quieres hacer.

—Es lo que quiero hacer —dije, y luego le di mi teléfono. —¿Pondrías tu nombre y número ahí por mí?

Entrecerró los ojos, pero me quitó el teléfono y empezó a escribir.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

2020

### *ASTRID*

Debí haber dicho que no.

Debí haber dicho que no quería ir a ninguna parte con él, pero no era la verdad.

Habría ido a cualquier parte con él. Mientras me lo pidiera, le habría dejado llevarme a cualquier parte. Y eso fue un problema, porque no debería haber sido así. No debería haber disfrutado tanto de su presencia.

En todo caso, había una parte de mí que pensaba que era más útil estar resentida. Si todavía estuviera enfadada con él, habría sido más fácil ignorarlo, olvidarme de que me invitara a salir.

No estaba enfadada.

En todo caso, estaba avergonzada.

Sentía que el peso de mi error nunca se iba a levantar. Podía decírselo, pero no sabía cómo iba a reaccionar. No quería lidiar con la angustia de saber que el padre de mi hija no quería tener nada que ver con ella. Por otro lado, no era como si le hubiera dado la oportunidad. Se la había quitado. No pude evitar preguntarme si alguna vez me perdonaría, lo que me pareció un poco egoísta.

Esto no se trataba de mí. Se trataba de Daisy.

Si reaccionó mal, Daisy nunca tendría que saberlo. Todo sería exactamente igual que siempre había sido para ella, y lo único que sería diferente sería el apoyo que recibiría de su abuela.

Intenté decirme a mí misma que no lo necesitábamos, pero la tienda seguía en números rojos, y probablemente lo estaría durante muchos meses. Me asustó.

Pero esto parecía lo correcto, y hacer lo correcto rara vez era fácil. Sólo podía esperar que cualquier consecuencia que pudiéramos enfrentar fuera a mi costa, en vez de a la de mi hija.

Tomé un respiro, tratando de disminuir el ritmo de mi corazón. Estaba esperando al lado del restaurante donde se suponía que nos encontraríamos, claramente demasiado vestida, agarrando mi bolso tan fuerte que estaba dejando marcas en el exterior de la piel. Miré a todos los coches que circulaban por la calle, y con cada momento que pasaba, mi empuje y determinación para hacer esto disminuían.

Me abracé a mí misma, apenas prestando atención al BMW que se acercaba al aparcacoches. Me llevó unos segundos procesar el hecho de que Wes salía de él y que venía hacia mí, con una enorme sonrisa pintada en su cara.

Cuando llegó a mí, sin embargo, me miró con preocupación. —Hola, Astrid —dijo, y yo miré su ropa. A diferencia de mí, no estaba demasiado vestido. Llevaba vaqueros ajustados y una camisa azul oscuro de lacrosse que abrazaba sus músculos y mostraba cuánto ejercicio hacía. Además, llevaba un simple abrigo negro de estilo militar. —¿Tienes frío?

Lo tenía, pero sacudí la cabeza. —Estoy bien.

—Estarás aún mejor después de esto —respondió, quitándose la chaqueta y poniéndola suavemente alrededor de mis hombros. Me sonrió. —Si hubiera sabido lo hermosa que ibas a estar esta noche, nos habría hecho una reserva en otro lugar.

—Esto es lo más elegante que he hecho. Vamos a ir a Holanda, ¿verdad?

Se rio. —Olvidé lo graciosa que eres —dijo—. Siempre con el humor.

Quería decirle que no era una broma, pero no me pareció un momento apropiado. En vez de

eso, sólo le sonreí, desesperadamente. Cuando extendió su brazo, lo tomé, y caminamos juntos hacia el anfitrión. Se sentía bien, estar del brazo con él, caminando como si fuera la cosa más natural del mundo.

Como si alguna vez pudiéramos ser una pareja en la vida real.

Estábamos jugando a fingir, y tenía que tenerlo en cuenta. Cualquier noción del final del cuento de hadas iba a desaparecer inmediatamente en cuanto le dijera la información que le estaba ocultando.

Me dije a mí misma que no pensara en ello. No podía hacerlo con el estómago vacío, pasaría de la cena, y luego se lo diría. Le daría la oportunidad de escapar, si eso era lo que quería. Si era lo que necesitaba.

Su madre había dejado claro que Daisy y yo no éramos más que influencias tóxicas en su vida, pero pensé que ya era hora de que lo decidiera por sí mismo.

Estábamos sentados en nuestra mesa, en la parte de atrás, casi juntos. El lugar era agradable, un restaurante americano con la mezcla correcta de kitsch y de lujo, velas falsas en medio de cada mesa. Después de que el camarero nos diera los menús, Wes me miró y sonrió.

—No creí que fueras a decir que sí —dijo.

—¿Decir que sí a qué? ¿A la cena?

—Sí. No parecía que quisieras volver a verme.

Bebí un poco de mi agua. Dejé que me cubriera la lengua y tardé años en tragarla. No tenía ni idea de cómo se suponía que iba a empezar a tener esta conversación. —Tengo algo que necesito decirte. Algo importante.

—Suenas importante —dijo, con una sonrisa en la cara.

Quería decirle que no era el momento de ser despectivo o de bromear, pero no podía. No sin decirle lo que le estaba ocultando, no sin revelarme. En su lugar, tomé otro trago de agua.

Frunció el ceño. —¿Estás bien?

Me quité el vaso de agua de la cara. —Sí —dije—. Sólo necesito algo de comida.

Una mentira, pero no del todo una mentira, así que por lo menos tenía eso. Me moría de hambre y esto era mucho mejor que lo que normalmente buscaba cuando se trataba de comer fuera.

Una vez que tuvimos la comida delante de nosotros, empezó a contarme sobre su trabajo en el hospital. Me dijo que recientemente había recibido una llamada para ser el jefe de anestesiología en Summit, y aunque no sabía exactamente lo que eso significaba, sabía que sonaba muy elegante.

Puso los ojos en blanco cuando me vio mirándolo. —Lo siento —dijo—. Estoy rodeado de médicos todo el día e incluso me aburro. Cuéntame un poco sobre ti. ¿Cómo terminaste siendo... una florista, verdad? ¿No estabas estudiando administración de empresas?

Le sonreí. —Lo estaba —dije—. Pero no terminé mi carrera. Y nunca me interesó la administración de empresas, pero no era lo suficientemente inteligente para un título STEM, así que eso era lo mejor.

—Eres muy inteligente —dijo—. Podrías ser lo que quisieras ser.

—Es una opinión muy amable —le respondí sonriendo. —Pero resulta que lo que podría ser en realidad es un florista.

Asintió con la cabeza. —¿Cómo te metiste en eso?

—Digamos que me caí en esto —respondí, y luego miré hacia otro lado. —Cuando tuve que volver a casa, conseguí un trabajo en una floristería cerca de la casa de mi madre. Mi jefa allí me enseñó todo lo que sé. Resulta que tengo un don natural para los arreglos florales.

Me sonrió y se le iluminaron los ojos. —Me alegro mucho de que hayas encontrado algo que te guste.

—Me alegro de que hayas encontrado algo que te guste también —dije, ladeando la cabeza cuando vi su expresión. —Te gusta, ¿verdad?

—Sí. No fue mi primera elección. Pero resulta que también tengo un don para esto —dijo.

Tomé un sorbo de mi vino. —No sabía que la gente pudiera tener un don para practicar la medicina.

Volvió a sonreír, mirándome directamente. —Honestamente, yo tampoco. Pero resulta que sí se puede, y yo soy bueno en esto. Mi primera elección fue practicar el atletismo, pero siempre le dije a mi madre que me iba a dedicar a la medicina. Sólo que nunca le dije que en realidad era mi plan de respaldo.

—Eras un buen atleta —dije después de haber masticado un trozo de carne increíblemente condimentada. —Recuerdo que participaste en un par de competiciones.

—Sí. Resulta que ser un atleta no te hace ganar tanto dinero —dijo, agitando su tenedor vacío en el aire. —Pensé que podría lograrlo, pero luego me rompí el ligamento cruzado anterior y ese fue el final de mi carrera de corredor.

—Lo siento. Eso apesta.

Sacudió la cabeza. —No. No es así —respondió—. Esto es mucho más realista. Cuando tuve que entrar en el quirófano, estaba muy asustado. La idea de no ser consciente de mi entorno y que alguien me hiciera lo que quisiera era aterradora. Aunque sabía racionalmente que todos trataban de ayudarme, me sentía muy asustado y vulnerable.

Lo miré. Su voz prácticamente había bajado a un susurro.

—Fue entonces cuando decidí que quería estudiar medicina en serio —dijo, subiendo un poco el volumen de su voz. —Sabía que podía ser una de las personas que hiciera la experiencia de una cirugía menos incómoda, que estaría devolviendo. Encuentro fascinante el estudio de la anestesiología, pero en cierto modo, mi futuro se decidió en ese mismo momento.

Lo miré de arriba a abajo, sin estar segura de lo que debía decir. —Tus padres deben haber estado contentos.

—En realidad, mi madre quería que fuera alergista. Pero mientras fuera médico, no creo que le importara tanto —respondió, con una sonrisa en la cara. —Mi padre, por otro lado, estaba devastado porque no quería entrar en política.

Fruncí el ceño. —Tu padre... cierto, está en la política. Tiene una posición importante, ¿no?

Asintió, encogiéndose de hombros. —Es el actual gobernador del estado —dijo—. Me dijo que podía seguir sus ambiciones, pero yo no quería eso. La medicina puede ser feroz, pero la política... No me hagas hablar de eso.

—No hay tantas políticas relacionadas con ser florista —dije—. Aunque estoy segura de que las habrá cuando finalmente consiga contratar alguna asistencia.

Se rió en voz baja, y luego pareció preocupado. —¿No tienes ninguna ayuda?

—Tengo algo de ayuda. Mi madre ayuda cuando puede, y mi hija, es pequeña, pero ya es buena en esto.

Asintió con la cabeza y lo vi masticar un trozo de comida. Tragó, los músculos de su mandíbula se tensaron, y por un segundo, todo lo que pude pensar fue en lo erótico que era ver a este hombre comer. Y nunca, nunca, me había gustado ver a nadie comer antes.

Sacó a relucir un lado diferente de mí, uno que no había explorado. Un lado de mí con el que no tenía ni idea de qué hacer. Me dije a mí misma que no pensara en ello, que lo olvidara. Me dije a mí misma que esta cena no se trataba de lo atraída que estaba por él, aunque me sentía horriblemente, desesperadamente, atraída por él.

Tomé un sorbo de mi bebida e intenté apartar la mirada de su cara.



Tal vez apartar la mirada de su cara era lo que necesitaba. Si no estaba pensando en él, en cuánto lo quería, entonces tal vez podría hacer lo que había ido a hacer.

Diciéndole la verdad.

—Espero que no te moleste que te pregunte esto, y si lo hace, por favor dime que me retire —dijo, en voz baja. —¿Qué pasó con el padre de tu bebé?

Sacudí la cabeza. Era el momento perfecto. Podría decírselo ahora, y tal vez lo entendería. Pero cuando lo miré, parecía tan sinceramente curioso, y lo estábamos pasando tan bien. Podría hacerlo más tarde. En algún lugar privado, en algún lugar donde pudiera enloquecer si lo necesitaba.

—Astrid.

—Lo siento. Es difícil hablar de esto.

Parecía preocupado. —No tienes que hablar de ello, no si no quieres.

—Está bien. Sólo dame un minuto.

Asintió con la cabeza, cruzó la mesa y me tomó la mano. —Tómame todo el tiempo que necesites —dijo, apretando mi mano.

Mi corazón saltó en mi pecho. Sentí que me iba a desmayar, pero lo miré directamente a él. —Nunca ha estado involucrado.

—Hombre, eso no me sorprende. Pero realmente apesta —dijo—. Te mereces algo mejor que eso.

—No sé nada de eso. Mi hija ha tenido una vida muy feliz hasta ahora, y he podido concentrarme en su crianza. No sé si añadir otra persona a la ecuación hubiera sido lo correcto para nosotros —dijo, tan silenciosamente que apenas pude oír mis propias palabras.

—Eso tiene sentido —dijo—. Tienes que hacer lo que sea correcto para tu hija.

Lo miré y abrí la boca para hablar. Justo cuando estaba a punto de hacerlo, el camarero vino a preguntar cómo estaba todo con nuestro pedido. Dejé que Wes hablara al respecto, mientras yo seguía concentrada en silencio en mi comida. El momento había pasado, e iba a tener que decírselo más tarde. Y eso estaba bien.

Tenía que estarlo. Porque en ese momento, sabía que no podía hacer una mierda, y sabía que no podía decirle absolutamente nada. No importaba cuánto quisiera.

\*\*\*

—Déjame llevarte a casa —dijo mientras salíamos al vestíbulo. Lo miré, lo pensé y decidí que había una posibilidad de que mi hija saliera a saludarme. Pensé que se parecía a mí, pero existía la posibilidad de que él la identificara inmediatamente como su hija.

Puede que fuera una posibilidad muy pequeña, pero existía, y me ponía nerviosa.

—No.

—Bien —dijo, frunciendo el ceño. —Si no me quieres también, está totalmente bien.

—No, lo siento. No es lo que quise decir —dijo—. Rara vez paso tiempo fuera de casa, y no estoy lista para pasar la noche. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos ir a tu casa?

—Sí —dijo, casi inmediatamente. —Podemos ir a mi casa si es lo que prefieres.

—Sólo para hablar. No quiero que te hagas ilusiones.

—¿Qué te hace pensar que el hecho de que quieras hablar conmigo no me da esperanzas?

Me reí. —Eres dulce. No recuerdo que fueras dulce.

—Bueno, no recuerdas que soy un amargo caparazón de persona, y sin embargo aquí estoy —dijo con una sonrisa.

Le di un puñetazo juguetón en el brazo, y me encontré envolviendo mi mano alrededor de su

bíceps, mirándolo para ver si se alejaba de mí.

No lo hizo. Sonrió, y pronto estábamos caminando juntos hacia el aparcacoches. Estábamos coqueteando, pasándolo bien, y fue aterrador. No estaba segura de qué hacer con él.

Cuando nos metimos en su coche, pensé en decírselo entonces. Pero me pareció injusto, porque no podía dormir en su coche como si saliera de su casa. Nos condujo a un lujoso complejo de apartamentos y estacionó frente a un edificio con vista a una fuente iluminada.

Cuando me abrió la puerta, miré a mi alrededor. —Es hermoso aquí.

—La fuente es bonita. Pero eso no es lo que la hace hermosa aquí.

Me volví para mirarlo, y antes de que pudiera realmente procesar lo que estaba pasando, tenía un dedo enroscado bajo mi barbilla y estaba levantando mi cabeza hacia arriba para poder mirarme directamente a los ojos.

Me mordí el labio inferior, mi corazón ya latía rápidamente en mi pecho.

—Astrid —dijo, con su voz baja y grave, haciéndome totalmente débil en las rodillas.

—¿Qué? —Me las arreglé para salir a flote.

—Dime la verdad —dijo—. ¿Quieres que te bese?

—¿La verdad? —Dije, parpadeando. Para eso estaba aquí. La verdad. Tenía que decir la verdad.

—Astrid —dijo, y mi nombre sonaba como café con miel en su voz. —¿Quieres que te bese?

—Sí —respondí, sin aliento. —Sí, quiero que me beses.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

2020

*ASTRID*

El plan no era dejar que me besara.

Pero entonces, supe lo que decían sobre los planes.

En el momento en que sus labios estaban sobre los míos, todos mis planes dejaron de ser relevantes. Le devolví el beso y dejé que me llevara a su apartamento, sin importarme el hecho de que no podía ver adónde iba o cómo llegaba.

Sólo se detuvo un segundo para sacar las llaves.

Pude haberme tomado el tiempo para detenerlo allí, pero mientras lo miraba, sentí que lo deseaba más y más cada segundo que pasaba. Estábamos justo frente a su puerta, y mi deseo por él no era más bajo de lo que había sido hace un minuto.

De hecho, mientras lo miraba buscar sus llaves y meter la llave en la cerradura, noté cómo sus músculos se tensaban y me mordí el labio inferior al sentir la abrumadora intensidad de lo mucho que necesitaba estar con él en ese momento.

Me dije a mí mismo que era sólo una noche. Ni siquiera una noche completa, le diría después. Mientras mi mirada subía y bajaba por su cuerpo, me di cuenta de que estaba cometiendo un error. Necesitaba decírselo ahora, para no sorprenderlo. Se merecía saber la verdad. Se merecía saber lo de Daisy.

La cerradura hizo clic, y cuando abrió la puerta, abrí la boca para hablar. Me dije a mí mismo que no entrara, me dije que quedarme fuera de su apartamento era probablemente lo mejor que podía hacer. Pero él me agarró de la muñeca, prácticamente jalándome dentro de su casa con él. Me miró y pensé que me iba a besar de nuevo, pero no lo hizo. Parecía preocupado.

—¿Estás bien? —Preguntó, y odié lo mucho que sonaba como si realmente le importara.

—Estoy bien —respondí—. Esto es sólo... es mucho.

—Lo entiendo —dijo—. Hace mucho tiempo que no estoy con una mujer, pero cuando estoy cerca de ti, me siento como un universitario otra vez. Todo en ti me hace ir a toda velocidad, y cuando te miro, sólo puedo pensar en lo hermosa que eres.

Me mordí el labio inferior. —Ha pasado mucho tiempo para mí también.

—¿Quieres arreglar eso? —Preguntó, acariciando mi mejilla con su pulgar. Dejé que mi cara sucumbiera a su tacto, mirándolo por un segundo.

—No se trata realmente de lo que quiero. Se trata de hacer lo responsable.

Sacudió la cabeza. —He hecho lo responsable. Me casé con una chica que no amaba porque era lo responsable. Ya he terminado de hacer eso, sólo quiero ser feliz.

Pasé saliva, sin estar segura de cómo tomar la información que me acababa de dar. Seguía buscando su contacto con mi cara, dejándole que me acariciara suavemente, dejándole que me volviera loca mientras movía suavemente las puntas de sus dedos sobre la piel detrás de mi oreja, lo suficiente para hacer que me temblara la columna con cada uno de sus movimientos.

—No se trata sólo de mí.

—Lo sé. Pero estás aquí ahora, y mereces ser feliz.

Lo besé. Después de eso, aunque hubiera querido detenerme, no creí que pudiera hacerlo.

Pero sabía que no quería hacerlo.

Era la primera vez que le besaba desde que nos encontramos de nuevo, y se sentía bien. Él me

devolvió el beso, al principio suavemente, dulcemente, sus labios sobre los míos, su mano en la parte posterior de mi cabeza. Se apretó contra mí, y pronto estábamos bailando juntos en una habitación que yo no conocía, mientras que obviamente me guió hacia su dormitorio.

Ni siquiera me tomé el tiempo de mirar a mi alrededor. Todo lo que podía sentir era su energía animal en la mía, todo lo que podía pensar era su olor, su aroma masculino mezclado con colonia cara y vino de lujo.

Sabía a caramelo amargo, y cuando se alejó de mí, cuando finalmente llegamos al dormitorio, no le di la oportunidad de recuperar el aliento. No pude, porque sabía que, si lo pensaba demasiado, iba a parar.

Cuando dejamos de besarnos, me depositó suavemente en su cama. Lo único que me importaba era cómo se sentía su toque en mi cuerpo y cuando me empujó suavemente para que estuviera de espaldas, no me resistí.

Se subió encima de mí, todo músculo magro e instinto. Le devolví el beso, aferrándome a él para toda la vida, con muchas ganas de seguir besándole el resto de mi vida. Siguió besándome hasta que me quedé sin aliento, y cuando se alejó, lo anhelaba.

Me subió la falda por las piernas. Sentí la punta de sus dedos presionando mi piel, y cuando se detuvo para respirar y mirarme, sólo para mirarme, yo también tuve que detenerme.

Me mordí el labio inferior mientras lo veía tomar un segundo para mirarme de verdad. Mierda, cuando me miraba así, me hacía sentir tan bella.

Como si fuera la única persona en el mundo que importaba.

Podría haberle mirado mirándome durante años, pero tenía otras ideas. Agarró el elástico de mis panties y los hizo rodar lentamente por mis piernas, con la punta de sus dedos clavándose en mí. Mis caderas se doblaban mientras él respiraba sobre mí, su tacto y su aliento casi lo suficiente como para volverme loca.

Se lamió los labios antes de mirarme. Esperó a que yo asintiera. Lo hice, y movió su cara para que estuviera justo delante de mí. Lamió mi parte más sensible, acercándose lentamente a ella, hasta que su lengua me exploró con abandono.

Mi mano estaba en la parte de atrás de su cabeza y yo sólo podía inclinar la cabeza hacia atrás y gemir pesadamente mientras le dejaba que me hiciera acercar lentamente hasta el frenesí. Era bueno en esto, sabía exactamente cuándo retroceder y cuándo moverse más rápido, y despacio, muy despacio, podía sentir el calor que subía desde el centro de mi cuerpo hasta mis extremidades.

Antes de que pudiera montar la ola de mi orgasmo, él se alejó. Cuando lo miré, con una mirada inquisitiva en mis ojos, me mostró una amplia sonrisa. —¿Puedo follarte? —preguntó.

Asentí con la cabeza, un poco demasiado rápido. Pero yo realmente, realmente, quería que me cogiera, y el hecho de que me lo hubiera pedido... Fue suficiente para poner mi cuerpo en marcha.

Fue suficiente para hacer que mi cuerpo temblara mientras se arrodillaba, mientras empezaba a desabrochar los botones de sus jeans. Se estaba tomando un tiempo tortuoso y yo necesitaba que terminara, cuanto antes mejor, porque no sabía cuánto tiempo más podría esperarle.

—¿Estás lista? —preguntó, y luego se rio mientras me apretaba el pulgar contra el muslo, donde ya estaba mojada. —Creo que lo estás.

Pasé saliva, no dije nada y lo esperé.

Se acomodó de manera que estaba justo entre mis piernas, y las moví hacia afuera para poder darle un mejor acceso. Nos miramos mientras él se apretaba contra mí, y yo le envolví las piernas alrededor de su culo, presionando mi cuerpo contra el suyo. Era grande, y me llevó un segundo acostumbrarme a él. Ninguno de los dos dijo nada, ni por un momento, hasta que mordió sus labios

inferiores, se bajó para rodearme con sus brazos, y me miró a los ojos mientras, despacio, muy despacio, empezaba a meterme la polla. Cada golpe, cada vez que movía sus caderas, yo inclinaba la cabeza hacia atrás y abría la boca, gimiendo con cada movimiento, sin estar seguro de qué palabras salían de mi propia boca.

Bajó su cara y me besó en la boca, profundamente, con nuestras lenguas en guerra en su boca, y con cada beso, empujó su cuerpo dentro del mío, el calor se acumulaba dentro de mi cuerpo. Mis manos estaban en su espalda, y sin quererlo, le había clavado mis uñas en la piel, y él había empezado a moverse más y más rápido, su piel en la mía, el calor se acumulaba en todo mi cuerpo. Me oí gritar su nombre, y me oí decir "oh Dios mío" una y otra vez, y le oí decir mi nombre, y luego no oí nada, porque no podía oír nada, porque no podía sentir nada más que pequeñas constelaciones que explotaban por toda mi piel, fuegos artificiales que estallaban por todo mi cuerpo mientras me soltaba por completo, cada uno de los sentidos eclipsados por el placer que estaba sintiendo.

También podía oírlo, y le oí gemir, la forma en que sonaba mientras decía mi nombre, y eso intensificó mi orgasmo, que se había sentido imposible sólo unos segundos antes.

Se desplomó, exhausto, con su brazo sobre mí. Podía oírle intentar recuperar el aliento mientras yo hacía lo mismo. Su brazo estaba en mi pecho, y podía sentir su cálido aliento en mi piel.

Giré la cabeza para mirarlo y él sonrió. —Eso fue mejor de lo que recordaba —dijo.

Levanté las cejas. —¿Lo recordaste?

Se rio, sacudió la cabeza y luego me besó la punta de la nariz. —No finjas, Ace —dijo—. Sé que tú también te acuerdas.

Sentí instantáneamente la sangre subiendo a mi cara. Pasé saliva, mirando hacia otro lado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dije—. Estoy bien, sólo...

—¿Qué? —preguntó, cuando me fui.

Me lamí los labios. —Es sólo que, no lo sé —dije—. Han pasado tantos años, y las cosas se sienten un poco raras.

Sonrió, metió un mechón de pelo detrás de mi oreja. —Tal vez —dijo—. Pero se sienten raro bien, no raro mal .

—¿No estás acostumbrado a que las cosas se sientan bien? ¿Es por eso que piensas que es raro?

Su expresión se oscureció. —Hace mucho, mucho tiempo que no soy feliz —dijo—. Y no quiero poner demasiado en ti, porque no quiero que pienses que eres la razón por la que soy feliz. Pero siento, no sé, que tal vez podría ser feliz. Como si tal vez consiguiera lo que me he estado perdiendo durante tanto tiempo.

Me reí, miré hacia abajo y sentí mi corazón mientras saltaba en mi pecho. No había más que aplazarlo. Tenía que decírselo. Aunque me echara por ello, porque merecía saber la verdad.

Respiré profundamente y abrí la boca para hablar, pero antes de que pudiera, oí un golpe en la puerta.

Wes frunció el ceño. —Eso es muy raro —dijo—. No esperaba a nadie.

—Puedo...

Me besó la punta de la nariz. —Volveré en un segundo.

—Probablemente debería irme —dije—. Yo...

La persona de la puerta golpeó con fuerza de nuevo, con un poco más de insistencia.

Me guiñó un ojo. —Haz lo que tengas que hacer —dijo, mientras se levantaba. Le vi tomarse

lentamente su tiempo para volver a ponerse la ropa, lo cual era una distracción, y un poco extraño. Todavía llevaba puesto mi vestido, así que no me costó mucho saltar de la cama. Agarré mis zapatos, que estaban al lado de la cama, y los sostuve mientras caminaba hacia la puerta con él.

Nos reímos, no hablamos de nada, hasta que abrió la puerta.

Entonces todo se detuvo, y sentí que me iba a desmayar.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

2020

WES

Me sorprendió un poco ver a mi madre parada frente a mí. No había revisado mi reloj, pero definitivamente eran más de las nueve de un día de semana, y era completamente incongruente con lo que sabía de su rutina.

La miré de arriba a abajo, hasta que su mirada se posó en mi compañera esa noche. Su expresión se desvaneció inmediatamente y su cara palideció por completo.

Su labio superior se enroscó sobre sus dientes. —¿Qué es...?

—Mamá —pregunté. —¿Qué pasa? ¿Papá está enfermo? ¿Lo estás tú?

—No —dijo, todavía mirando a Astrid. —Todo está bien, estaba volviendo de una conferencia, y ya que tu pueblo estaba en camino, pensé en entrar y recoger mi bolso de maquillaje, ya que lo dejé aquí cuando me estaba preparando para la gala.

—Podrías haberme enviado un mensaje de texto —dijo—. Podrías haber llamado.

—Lo intenté —dijo—. Simplemente no contestabas el teléfono.

Miré a Astrid. —Estaba ocupado, madre —dije—. Viviendo mi vida. Siempre estás hablando de cómo se supone que debo vivir mi vida, así que ahora que estoy...

—Sólo quería mi bolso de maquillaje —dijo, sin apartar la mirada de la cara de Astrid. —No quería molestarte.

—¿Dónde está? —Yo pregunté. —En realidad, puedes entrar y...

—No —dijo—. Puedes buscarlo por mí. Está en tu baño de invitados, probablemente guardado detrás del espejo. Lo guardé para que no ocupara demasiado espacio. Por eso lo perdí en primer lugar.

—Puedes...

Frunció el ceño y su voz subió un par de octavas. —Lo entiendes, cariño —dijo—. He estado caminando con estos tacones todo el día, y no me importaría ahorrarme el viaje.

Asentí con la cabeza, sin estar seguro de lo que se suponía que debía decir a eso. Cuando me di la vuelta, noté lo pálida que estaba Astrid. Más que pálida, era como si su piel hubiera tomado una especie de tono verdoso, y parecía que iba a vomitar. Había gotas de sudor en su frente y sus ojos se veían vidriosos.

—Astrid —dije, caminando hacia donde estaba. —¿Estás bien?

Sacudió la cabeza, pero no respondió.

—Astrid, ¿qué...?

No respondió. Me miró, abrió la boca para decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión. Se volvió hacia mi madre, sacudió la cabeza, y la empujó, prácticamente la tocó con el hombro cuando lo hizo.

Intenté seguirla, pero mi madre me detuvo poniendo su mano delante de mí.

—Mamá, ¿qué estás haciendo?

—Déjala ir —dijo.

La miré, con los ojos bien abiertos. Vi como Astrid desaparecía al doblar una esquina y sentí que me iba a enfermar.

—No lo entiendo. Siempre me dices que necesito conseguir una novia.

—Por favor, dime que no es tu novia —dijo mi madre, entrando en mi apartamento.

Sacudí la cabeza, sin estar seguro de lo que se suponía que debía decirle. No esperaba esta visita, y mi noche había transcurrido mucho antes de que mi madre apareciera, así que, aunque todavía estaba sorprendido, mi temperamento empezaba a hervir. —Mira, mamá, no sé por qué estás aquí, pero eso no estuvo bien.

—Tienes que darle a esa chica un amplio margen. No la quiero de vuelta en tu vida, pero hay cosas de ella que no sabes —dijo mi madre, mirándome de arriba a abajo como si buscara una reacción. —Cosas de ella que probablemente nunca sabrás.

—No la conoces. Estás siendo muy crítica —le dije, viendo como se sentaba en mi sofá. — Como dije, pensé que querías que fuera feliz.

Mi madre asintió con la cabeza. —Quiero que seas feliz. Pero ahora eres un adulto, así que pensé que tomarías mejores decisiones.

La miré, con la boca abierta. —No conoces a esta chica. ¿Qué te hace pensar que estoy haciendo una mala elección? ¿Es porque no fuiste tú quien la eligió? Porque ambos sabemos lo bien que resultó la última vez.

—Tú y Audrey fueron una gran pareja —dijo ella, cerrando los ojos. —El momento no era el adecuado.

Me burlé. —Mamá, no fuimos una buena pareja. Peleábamos todo el tiempo, ella odiaba el poco tiempo que yo podía darle, y al final ambos estábamos muy aburridos el uno del otro. Le impedí que persiguiera su sueño de convertirse en una especie de ejecutiva informática. ¿Sabías eso?

—No —dijo. Se encogió de hombros antes de volver a hablar. —Para ser honesta, todavía no parece particularmente relevante.

—La gente no existe a mi servicio, madre —le escupí. —Audrey merecía tener su propia vida, como yo merezco tener la mía. Siempre me hablas de lo genial que sería si pudieras tener nietos, pero eso nunca va a pasar si sigues intentando encontrar mujeres para mí. Soy un hombre adulto, puedo tomar mis propias decisiones.

Sacudió la cabeza. —Sí, está bien —dijo, y sonaba extremadamente exasperada. —Entiendo que a veces no podré ayudarte, pero con esta chica, estás cometiendo un error, lo harás.

—¿Por qué? ¿Porque es una persona normal? ¿Porque no está emparentada con nadie que haya estado en la Corte Suprema? Estoy de acuerdo con eso, madre. Tú también deberías estarlo.

Se levantó, se acercó a mí y me miró a la cara. No pude leer su expresión. —Entiendo que intentas hacer lo que crees que te hará más feliz. Pero te digo que sé cosas de esa chica que tú no sabes. Y todas esas cosas van a volver para morderte el culo. Así que aléjate de ella, ahora, mientras puedas.

—No quiero alejarme de ella —dije—. Me gusta mucho, mamá. Pensé que te alegrarías por mí.

—Cualquiera menos ella.

Quería pedirle una explicación, pero antes de que pudiera hacerlo, ella había salido de mi apartamento sin ni siquiera coger su bolsa de maquillaje. Dejó la puerta abierta de par en par, así que tuve que cerrarla detrás de ella.



## CAPÍTULO VEINTIDÓS

2020

### *ASTRID*

Entré en mi apartamento, sintiendo que iba a vomitar.

Su madre lo sabía. No sabía lo que podía hacerme, no sabía lo que significaba todavía, pero conocía los términos de nuestro acuerdo. Los términos de nuestro acuerdo eran que nunca se lo dijera y que me mantuviera alejada de él. Ese siempre había sido mi plan, hasta que él volvió a entrar en mi vida y lo hizo casi imposible. Nunca tuve la intención de que me gustara o de volver a encender nada entre nosotros. También sabía que el hecho de que su madre lo supiera era terrible. Ella había sido nuestro principal apoyo financiero durante mucho tiempo, y aunque ya no era tan necesaria, me preguntaba si querría que se lo devolviera. Ni siquiera quería pensar en ello. Serían miles y miles de dólares.

Mi madre estaba sentada en mi sala de estar, viendo una película con el volumen bajado. Me miró, con el ceño fruncido. —¿Así que tu cita no fue bien?

Sacudí la cabeza. —Mi cita fue bien.

—¿Entonces por qué parece que acabas de ver un fantasma?

Sacudí la cabeza. Mi madre no lo sabía, porque nunca pude decírselo. Cuando me retiró su apoyo, quise mostrarle que podía hacer todo esto yo misma. No podía, pero ella no necesitaba saberlo. Nadie necesitaba saberlo excepto la Dra. Andrea Hawthorn y yo.

Supuse que su hijo necesitaba saberlo ahora.

—Te lo diré más tarde —dije, con la intención de no decírselo nunca. —¿La llevaste a dormir hace un rato?

—No, no hace tanto tiempo. Sé que es noche de escuela y que se suponía que la iba a acostar un poco antes, pero se pone nerviosa cuando no estás cerca. Fue difícil conseguir que se calmara.

—Gracias por cuidarla. Lo aprecio, especialmente con tan poco tiempo de aviso.

—Está bien. Sabes que siempre estoy feliz de ayudar. Especialmente cuando se trata de un médico guapo.

Hice todo lo posible para mostrarle una sonrisa que no pareciera forzada. Mi mamá podía leerme muy bien, y yo extrañaba a mi hija, así que me dirigí al dormitorio de Daisy. Abrí la puerta sólo un poco, la miré en su cama y sonreí.

Se volvió hacia mí. —¿Mamá? —Preguntó, con sueño.

—Hola, cariño —le dije—. Sólo quería darte las buenas noches. No quería despertarte.

—Ya estaba despierta.

Hice lo que pude para no reírme. —Bueno, te dejaré dormir un poco.

—Mami, ¿por qué algunos de los niños de la escuela que no viven con sus padres todavía pueden verlos?

Me puse rígido al instante. —Bueno, la situación de cada uno es un poco diferente, cariño.

—Sí. Lo sé. Parece que no hay muchos niños que no hayan conocido a su padre —dijo, más pensativa que cualquier otra cosa.

No parecía particularmente molesta, lo que me molestó. Tenía derecho a estar disgustada, si así es como se sentía.

Fui a sentarme al borde de su cama. Le acaricié el pelo, y miré sus grandes ojos marrones mientras me miraba. —Te ves bien, mami.

—Gracias. Te lo agradezco —dije, y luego respiré profundamente. —Así que lo de los padres, ¿te pone triste?

—No, en realidad no. A algunos de ellos no parece gustarles sus padres. No tengo a nadie que no me guste.

—Eso es cierto. Pero, ¿y si te gustara?

Frunció el ceño mientras lo pensaba por un segundo. —No lo sé. Parece que no te gusta, y si no te gusta, entonces no me gustará.

Me reí, un poco en silencio. Estaba llegando a esa edad en la que se enfadaría si pensara que me estaba riendo de ella. —No es que no me guste. Es sólo que las cosas están complicadas entre nosotros.

—Espera, ¿sabes dónde está? Creí que habías dicho que no sabías dónde estaba. Por eso no pudimos encontrarlo.

—Eso es lo que dije. Y eso fue cierto, cuando lo dije. Pero podría haberlo encontrado.

—Bien —dijo ella, simplemente. —¿Te gusta ahora?

—Creo que sí. No estoy seguro todavía —respondí.

—¿Le gusto? —preguntó ella, en voz baja.

Las palabras dolían, como dagas calientes en mi corazón.

—Estoy segura de que si te conociera, te amaría.

Me sonrió.

—Ahora —dije—. Realmente necesitamos que te duermas, ¿de acuerdo? Así que a menos que quieras que venga aquí con una historia...

—¡No, no! —respondió, temiendo mortalmente que hiciera cualquier cosa de bebé con ella. — Me iré a dormir, mami. Te lo prometo.

—Buena chica —respondí, besando la parte superior de su cabeza. —Duerme bien esta noche. Te lo mereces.

—Tú también —dijo.

Cuando salí de su habitación, me sentí mareado y más nervioso que en toda la noche.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

2020

### *ASTRID*

Anduve por ahí, tratando de decirme a mí misma que era hora de hacer esto. No importaba si no quería hacerlo. Tenía que hacerlo, y no podía seguir posponiéndolo. Miré mi teléfono, su cara en la pantalla de mi teléfono. No podía llamarlo. Sabía que no tendría las agallas para decir lo que necesitaba decir. También me había llamado un par de veces, pero no había contestado. No me había sentido capaz de responder.

Estaba agotada pensando en ello y ni siquiera había empezado a decirle lo que necesitaba decir. Lo que necesitaba para desahogarme.

Después de dejar a Daisy en la escuela, ni siquiera fui a la tienda. Crucé la calle hacia el hospital, llena de propósito y determinación. Sobre todo, estaba llena de miedo. No sabía cómo se lo iba a tomar, o si me iba a echar.

Pero necesitaba saberlo.

No sólo por él, no sólo por mí. No sólo porque me estaba alejando de las garras de su madre. Sino porque Daisy merecía tener un padre y yo necesitaba darle esa oportunidad. Mantenerla alejada de eso era egoísta y estrecho de miras, me dije a mí misma, mientras entraba lentamente en el hospital y pasaba por la recepción.

Fui al pasillo y llamé al ascensor. Miré las puertas del ascensor, traté de tragarme el nudo de la garganta y me tomé un segundo para entrar cuando sonó la campana.

No había nadie allí, lo que de alguna manera lo hizo más difícil.

Miré el ascensor vacío, y luego di un paso adelante en él. Me apoyé en la pared metálica y me dije a mí misma que necesitaba calmarme. No había nada que pudiera hacer, no había forma de salir de esto. Cerré los ojos, sentí la dureza de la pared contra mi espalda, y sentí la suavidad del ascensor con la punta de los dedos. El ascensor no tardó mucho en llegar al piso correcto, y por alguna razón, nadie entró en él.

Era sólo yo, y estaba allí por algo muy específico.

Era como si el universo me dijera que lo había aplazado demasiado tiempo. Me lamí los labios, salí al piso immaculado de anestesiología y miré a mi alrededor. No vi a nadie. No había pacientes esperando en la gran sala de espera, no había recepcionista en la recepción, y no había médicos ni personal del hospital yendo a ninguna parte.

Eran sólo unos pocos pasos más. Iba a caminar a su oficina, e iba a contarle absolutamente todo.

Caminé hacia las oficinas de administración, ignorando las señales de advertencia que decían que el área era sólo para el personal. Esperaba, por alguna razón, que no estuviera en su oficina, pero cuando miré por la ventana, estaba sentado allí, con gafas de montura oscura y con mucho papeleo.

Respiré profundamente, exhalé y llamé a la puerta.

Saltó, obviamente se asustó.

Nuestras miradas se encontraron. Pareció sorprendido por un segundo, luego su expresión se suavizó. Se acercó a la puerta, la abrió y me miró. —Hola —dijo, haciéndome señas para que entrara. —No te esperaba.

—No lo hice... debí haber llamado —dije, parada junto a la puerta sin entrar en su oficina,

aunque me había hecho espacio.

—Entra —dijo, y no pude decir exactamente que no. Pasé saliva, asentí con la cabeza y me dirigí a la silla frente a su escritorio.

—Espero no molestarle —dije—. Me parece que estás muy ocupado.

—Estoy muy ocupado —dijo—. Y no podría estar más contento de tenerte aquí. Eres una distracción muy bienvenida.

Traté de sonreír.

Suspiró. —Siento lo de mi madre —dijo—. Ella puede ser muy difícil. No esperaba que ella...

—Espera —dije—. Antes de que digas nada, necesito que esperes. Necesito que escuches hasta que termine de hablar. No puedes decir nada, porque si dices algo, no creo que pueda decirte todo lo que necesito decirte. Así que necesito que me prometas que no dirás una palabra, ¿de acuerdo?

Parpadeó, pensando en ello por un segundo. —Sí —dijo—. Claro. Supongo que puedo estar tranquilo.

He tragado, sintiendo ya las lágrimas en mis ojos. —No quería dejar la escuela —dije—. Lo dejé porque tenía que hacerlo. Por culpa de Daisy.

Me miró fijamente.

—Mi hija —dije, cuando vi la pregunta en sus ojos. —Quedé embarazada y tuve que tomar un retiro médico. El plan era volver a la escuela cuando el bebé naciera, pero no pude. No lo haría.

No podía mirarlo, aunque podía sentir su mirada en mí.

Cerré los ojos y respiré profundamente otra vez antes de seguir hablando, con la voz temblorosa. —Intenté decírtelo, Wes —dije—. Lo intenté, pero no quisiste oírlo. Tenías miedo, o simplemente no estabas preparado para ello. Intenté ponerme en contacto contigo usando otras formas, pero eso también fue difícil. Eso fue lo que me llevó a ella.

—A... a ella —dijo, más para sí mismo que para mí.

Lo ignoré. Ahora que había empezado, no sabía si podría parar alguna vez. —Tu madre. Interceptó mi carta y me llamó a tu casa. Tuvimos una conversación, me dejó claro que me ayudaría siempre y cuando no te involucraras. No quería que tu futuro se viera afectado negativamente.

Lo miré entonces. Sus ojos estaban muy abiertos, su piel pálida. Quise alcanzarlos y apretar su mano, pero sabía que sería inapropiado. No sabía si quería que lo tocara, y no quería correr el riesgo de que me quitara la mano.

—Así que la crié, por mí misma. Por supuesto que tuve el apoyo financiero de tu madre, lo que realmente ayudó, pero siempre pensé que debías saber la verdad —dije, demasiado rápido, mi voz demasiado baja. Necesitaba tomar un respiro, pero no podía. Tenía que sacarlo todo, antes de salir de allí, antes de cambiar de opinión. Antes de que decidiera que todo esto era demasiado difícil.

—Astrid...

—Espera —dije—. Por favor, espera. Por favor, déjame terminar. Pensé en encontrarte, en decírtelo, pero me sentí mal. Para ser completamente honesta contigo, hasta hace unos meses, no sabía cómo iba a sobrevivir sin su apoyo financiero. Ahora estoy en una posición en la que no lo necesito tanto, pero aún así lo necesito. No quiero que pienses que gano toneladas de dinero, porque no lo hago. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Es todo lo que puedo hacer. Y creo que mi hija se merece una oportunidad de conocer a su padre, si eso es lo que ella quiere. Así que te lo digo, y voy a dejar que las fichas caigan donde puedan. No sé si esto va a ser perjudicial para el futuro de mi hija. Sólo puedo esperar que no lo sea, pero podría serlo.

Lo miré. Intenté mirarlo, pero había lágrimas en mis ojos, y aunque podía ver vagamente su contorno, era difícil distinguir su expresión, que podría haber sido mejor.

No sabía cómo iba a lidiar con su reacción. Ya no estaba nerviosa, una especie de inquietante calma había caído sobre mí, y estaba lista para que esto terminara. Estaba lista para que me echara.

Me reí para mis adentros. —Wes, no sé si decírtelo será bueno para ella. Pero es lo correcto, aunque me asusta. No quiero ser egoísta, pero no parece que sea lo correcto para mí.

—¿Por qué? —Escuché a Wes preguntar en voz baja.

Sonreí, sacudiendo la cabeza—. Porque cuando volviste a mi vida, esperaba odiarte. Esperaba que siguieras siendo el mismo chico arrogante que conocí en la universidad. No eres así en absoluto, quiero decir, sigues siendo un poco abusivo, pero ya no eres mezquino.

—No sé si agradecerte por eso.

Agité mi mano frente a mi cara. —No se trata de eso. Mis sentimientos son irrelevantes aquí, sólo los sentimientos de mi hija sobre este asunto. Y los tuyos, obviamente. Si no quieres tener nada que ver conmigo, lo entiendo completamente. Puedo preparar un plan para que hables con Daisy a través de mi madre. Si no quieres tener nada que ver con Daisy...

—Astrid —dijo, su tono es severo.

Pestañeeé, limpiándome las lágrimas de los ojos. —¿Qué? —Yo pregunté.

Estaba claramente sacudido, pero intentaba mantener la compostura. Era admirable, pensé, y eso hizo que me gustara aún más. Me dije a mí misma que no me gustara. Me dije a mí misma que no era el momento adecuado para que me gustara.

Me dije a mí misma que no era la persona adecuada para gustarme.

Pero no pude detenerme, y eso me hizo enojar.

—No tomemos ninguna decisión ahora mismo —dijo—. ¿Qué tan seguro estás de que este es mi hija?

He tragado. —Sé que dijiste que sólo estábamos jugando, pero nunca estuve con nadie más que contigo.

—¿Nunca?

—Un novio de secundaria. Un par de chicos después de que Daisy empezara a ir a la escuela —dije, encogiéndome de hombros—. Pero nunca nadie más alrededor de la fecha de su concepción. Deberías hacerte una prueba de ADN si eso te hace sentir mejor. Creo que tu madre ya hizo una, cuando Daisy era sólo un bebé.

—Bien. ¿Puedo conocerla?

—No lo sé. No pensé tan a fondo —dijo—. Para ser honesta, pensé que ella estaría mucho más enojada que tú.

Se burló. —Estoy enfadado. Pero no contigo. Eras sólo una niña, debes haber estado muy asustada. Mi madre puede dar miedo, y puede ser muy convincente.

—Sí. Me hizo sentir que era mi única opción.

—No me sorprende. Escucha —dijo, levantándose y dando vueltas por su oficina—. Esto es mucho para procesar. Necesito pensarlo, ¿vale? Pero quiero que sepas que no estoy enfadado contigo. Creo que es obvio que tenemos que poner fin a lo que sea que queramos perseguir como...

—¿Una pareja? —Dije, sintiendo mis mejillas calentarse—. Estoy de acuerdo. Y siento no habértelo dicho antes. Realmente quería hacerlo, pero me dejé llevar por el momento, y no quería arruinarlo. Eso fue algo egoísta de mi parte, y lo siento.

—También fue egoísta de mi parte —respondió—. Seguí presionándote por algo cuando era obvio que no podías darlo. Ahora veo por qué y todo empieza a tener sentido.

—Bien —dije, poniéndome de pie y limpiándome las manos sudorosas en mis jeans—. Bueno, probablemente debería irme, necesito...

—Escucha —dijo—. Tengo que pensar en todo esto, ¿de acuerdo? Así que no te sorprendas si desaparezco por una semana, tal vez un poco más. Hay cosas que necesito resolver. Pero me pondré en contacto contigo, y ya se nos ocurrirá algo.

—Y si no sé nada de ti en unas semanas, ¿debo asumir que no estás interesado?

—No creo que mi interés sea relevante aquí —dijo suavemente.

—Sí lo es —dije—. Te despojé de tus derechos paternales y no puedo volver a tu vida y exigirte nada, ni siquiera tu tiempo.

Se acercó a mí, me puso la mano en el hombro y me miró a los ojos. —Astrid —dijo—. Necesito que entiendas algo aquí.

—¿Qué?

—No me despojaste de nada —dijo—. Y te prometo que me pondré en contacto antes de lo que crees.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

2020

*WES*

Llamé y me tomé un día de baja por enfermedad en el trabajo.

No estaba enfermo, pero desde que Astrid me habló, no había podido concentrarme en mi trabajo. No había sido capaz de concentrarme en nada. Estaba tan furioso y tan consumido por lo que estaba sucediendo que incluso afectaba mi conducción.

Me dije a mí mismo que no tenía que conducir demasiado lejos. Me dije a mí mismo que iba a obtener respuestas, y que era importante, y que no tenía que anunciarme cuando ni siquiera me había hecho la cortesía de anunciar el hecho de que tenía un hijo.

Me detuve en la casa de mis padres y me tomé unos segundos en el auto para prepararme para lo que parecía que iba a ser un enfrentamiento masivo. Rara vez íbamos a la casa del otro sin anunciarnos, pero supuse que ya no era así, considerando que mi madre había aparecido en mi casa.

Golpeé el volante con la palma de la mano, diciéndome a mí mismo que gritar no me iba a llevar a ninguna parte. Todavía tenía un temperamento infernal, y tenía que contenerme, porque no iba a ir a la casa de mis padres pateando y gritando. No importaba cuánto quisiera.

Saqué la llave del contacto, fui a la puerta principal y la abrí. Sabía que casi nunca la cerraban con llave. La casa parecía vacía, y como siempre, olía a cal y a lejía. —¿Hola? —Llamé.

No hubo respuesta. No había visto sus coches fuera pero siempre los aparcaban en el garaje, así que no lo esperaba. Pero la casa estaba silenciosa, y la charla que solía oír cuando era adolescente no era algo que pudiera oír, pero no sabía cuánto había cambiado su rutina desde que yo no vivía allí. Habían pasado tantos años, y cuando había ido a su casa, siempre había sido motivo de pompa y circunstancias.

Hasta ahora.

Y aunque realmente quería gritarle a alguien, no había nadie a quien gritarle. Me dirigí al comedor y vi los muchos sobres en la mesa. Estaban desparramados y no muy organizados, lo que no se parecía en nada a mi madre. Ella se encargaba de todo el correo que recibía la casa, y noté que algunas de las cartas estaban abiertas.

Una carta con el logo de IRS me llamó la atención. La agarré y la leí, un poco confundida por lo que estaba leyendo. Estaban siendo auditados, con un enfoque especial en sus contribuciones de caridad. Volví a dejar la carta y caminé hacia las escaleras cuando oí pasos que se acercaban a mí.

—¡Wes! —dijo mi madre desde atrás.

Me di la vuelta. Todavía estaba en pijama, aunque era después de la hora de comer. Le enseñé los dientes. —Madre —dije.

—No te esperaba.

—Sólo estamos apareciendo para vernos ahora —respondí—. Ya que decidiste que así es como hacíamos las cosas, pensé en seguir tu ejemplo.

Ladeó la cabeza y luego abrió los ojos. —Ella...

—Oh, sí —dije—. Lo hizo. Y vas a decirme exactamente lo que hiciste, antes de que la deje. Necesito saberlo todo. Todo lo que le dijiste, desde que la conociste. ¿Lo entiendes?

Sacudió la cabeza. —No seas irrazonable —dijo—. Sólo estaba haciendo lo que podía para

proteger a mi hijo. Eras un niño tonto en ese entonces y ahora...

—¿Y ahora qué, mamá? —Pregunté, sacudiendo la cabeza.

Ella hizo un gesto hacia mí. —Bueno, mírate —dijo—. Mira quién eres ahora. ¿Crees que hubieras sido esa persona si ella se hubiera interpuesto en tu camino?

Mi mandíbula se abrió. —No se interpuso en mi camino, mamá —dije—. Tú te interpusiste en mi camino. Fuiste tú quien tomó esa decisión por mí, sin tener en cuenta lo que yo pudiera querer. Eso no es justo.

Hizo un gesto hacia una silla. Como si no estuviera a cargo de mi propio cuerpo, me senté.

Ella extendió la mano para tocarme, pero yo la aparté de ella. No quería que me tocara. Suspiró, bajó los hombros y me miró. —Entiendo que no pienses que esto es justo —dijo—. Y entiendo por qué. Pero la justicia no era realmente mi preocupación. Mi preocupación era tu futuro, y no cambiaría lo que hice por tu futuro en absoluto.

Sacudí la cabeza. —Esto es... ¿qué carajo, mamá?

—Mira dónde estás ahora —dijo—. Sin mi ayuda, habrías languidecido. Probablemente estarías practicando dermatología ahora o algo así.

La miré fijamente. —¡No hay nada malo en la dermatología!

Agitó la mano frente a su cara. —Ese no es el punto —dijo—. Apenas tienes más de treinta años y ya tienes tu propio departamento. ¿Cuántos otros médicos pueden decir eso?

—¿Cuántos otros doctores pueden decir que tienen hijos ocultos? —Le escupí—. ¿Cuántos de tus amigos han escondido nietas?

Su cara palideció. —¡Ese... ese erizo no es mi nieta!

Parpadeé cuando la severidad de lo que ella estaba diciendo comenzó a caer en picado. —La conoces —dije—. La has conocido antes.

Observé cómo tragaba. —No... a propósito.

Me levanté, un poco de repente. —¿Te... te escuchas a ti misma, mamá? —Pregunté, de pie. —¿Qué piensa papá de esto?

Ella miró hacia otro lado.

—No lo sabe —dije, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —Nos has ocultado esto a todos nosotros. Mientras que mantuviste a una joven madre aterrorizada.

—Sólo intentaba hacer lo mejor para mi hijo, Wes —dijo, mordiéndose el labio inferior. —Tienes que entender eso.

—No lo hago —dije—. No lo entiendo porque me quitaste esa oportunidad. ¿No lo entiendes?

Sacudí la cabeza y luego murmuró algo para sí misma.

—¿Qué fue eso? —Yo pregunté.

—Yo sólo... ella nunca debería habértelo dicho —dijo—. Debería haberse mantenido alejada de ti. Eso fue lo que acordamos.

Me burlé. —Aléjate de mí —dije, sin poder evitar insultarla—. Bruja malvada.

—Wes, espera...

No lo hice. Salí furioso, sin escuchar sus súplicas. Ella quería que me quedara, pero no pude. No podía quedarme y escuchar sus mentiras nunca más. Tenía que irme, y tenía que buscar a mi familia.

Pero primero, antes de hacer nada de eso, iba a tener que hablar con mi padre.



## CAPÍTULO VEINTICINCO

2020

### ASTRID

Quería ir a trabajar.

Quería mantener la cabeza baja, ir a trabajar y olvidarme de todo lo que había pasado. Pero de camino a la tienda, mis manos empezaron a temblar, y sentí que iba a vomitar. Daisy, en la parte de atrás del coche, no decía nada.

—Hola, chica —dije—. ¿Qué te parece ir al zoológico hoy?

—¿Hmm?

—No quiero ir a trabajar —dije—. Y dijimos que tienes un día de salud mental al año. ¿Qué tal si lo hacemos hoy?

Parpadeó. —No necesito...

—Vamos —dije—. El sol brilla y el día es hermoso. Nada puede detenernos ahora, ¿verdad? Y tú querías ir a ver a los pandas, ¿no?

—¡Sí! —respondió ella—. ¿Vamos a ir a verlos?

—¿Hoy? Diablos, sí, vamos —respondí—. ¿Qué te parece?

—Gracias, mami —dijo.

—No te preocupes —respondí—. Ahora, quédate muy callada ahí atrás mientras llamo a la escuela, ¿de acuerdo? Quiero asegurarme de que no se preocupen por ti. ¿Entendido?

—Bien —respondió, y volvió a su juego telefónico. Sonreí ante su reflejo en el espejo retrovisor. Era una chica tan buena y de tan buen comportamiento. No sabía cómo lo había logrado.

Llamé a la escuela, les dije que ella saldría y luego conduje hacia la autopista. Cuando estábamos cerca del zoológico, el teléfono sonó de nuevo, y pude ver en la pantalla del tablero de mi auto que era Wes.

No quise mandarle al buzón de voz porque me parecía importante hablar con él, sobre todo después de la bomba que acababa de lanzar en su regazo, pero Daisy estaba en el coche conmigo, y no quería que supiera nada. Ella era inteligente. Prestó atención.

Respiré profundamente y contesté el teléfono. —Hola —dije—. Estoy en el coche con mi hija y en el altavoz.

Le oí hacer una pausa por un segundo. —Bien —dijo—. No te retendré mucho tiempo. Hablé con mi madre.

Mi corazón saltó en mi pecho. —¿Qué dijo ella?

—Ella no se disculpó —respondió, y pude oír la amargura en su voz. —Necesito hablar contigo. En persona, si es posible.

Agarré la rueda con fuerza. —Yo no... vamos de camino al zoo. ¿Quizás más tarde?

Hubo una pausa. —¿Qué zoológico? Te veré allí.

Abrí la boca para responder, y luego miré a mi hija por encima del hombro. —No sé si es una buena idea.

Lo escuché tomar un profundo y tembloroso aliento. —No sé si puedo esperar más —dije—. No sé si puedo... esto no es justo, Ace.

Parecía resignado. Pude haberle dicho que no era una buena idea otra vez y no pensé que fuera a recibir mucha presión. Pero no quise hacerlo.

Quería que la conociera. Ella quería conocerlo.

—Tienes razón —le dije—. Será bueno para Daisy conocer al amigo de su madre, ¿verdad?

Entendió lo que yo decía inmediatamente. —Sí —dijo—. Lo hará.

—Te veré allí, entonces —dije—. Estamos a unos quince minutos.

—Estaré allí en una hora —respondió y colgó.

Cuando volví a ver a Daisy, su ceja estaba levantada. —Mami —dijo—. ¿Quién es ese?

\*\*\*

No sabía por qué estaba tan nerviosa.

Se suponía que iba a disfrutar del día con mi hija, pero en cambio, sólo podía pensar en Wes. El hecho de que viniera a verme, el hecho de que hubiera hablado con su madre... me estaba volviendo un poco loca. No sabía cómo se suponía que debía manejarlo. No sabía si debía estar molesta o excitada. Todavía había tantas cosas por resolver, tantas cosas que necesitaban ser resueltas.

Daisy estaba mirando las cebras y hablando de dónde venían cuando mi teléfono sonó en mi bolsillo. Lo agarré, vi el nombre de Wes en la parte superior de mi pantalla, y leí que había llegado al zoológico.

Le envié un mensaje con nuestra ubicación para que supiera dónde estábamos y le dije a Daisy que íbamos a tener que andar alrededor de las cebras por un rato. A ella no le importó, en todo caso, estaba encantada.

A mí no me importaba quedarme alrededor de las cebras, pero apenas prestaba atención a los animales. Todo en mi cabeza iba a un millón de millas por hora, y pensaba en todo lo que podría salir mal.

Sentía como si todo ya hubiera salido mal, pero Wes ya me había contestado, y yo no lo esperaba. En realidad, esperaba que se desvaneciera. No esperaba que quisiera conocer a su hija, y eso me tomó por sorpresa.

Me protegí los ojos con la palma de las manos y vi a Wes acercándose a mí. Era prácticamente poderoso caminando hacia mí, y parecía furioso. Pero cuando me cogió la mirada, su expresión se suavizó inmediatamente.

Estaba a punto de besarme, pero entonces se contuvo. —Hola —dijo—. Gracias por invitarme.

Asentí con la cabeza y miré hacia otro lado. —Sí —dije—. Gracias por venir.

—Por supuesto —respondió—. Yo quería...

Se inclinó hacia mí antes de continuar hablando.

—Quería conocerla —dijo—. Pero tampoco quería imponerme. Ahora me doy cuenta de que podría haber sido un poco precipitado.

Le sonreí. —Está bien —dije—. Nos tomaremos todo con calma, ¿de acuerdo? Por ahora, sólo eres mi amigo.

Asintió, mirando a Daisy por el rabillo del ojo. —Se parece a ti —dijo.

Sacudí la cabeza. —Se ríe como tú —dije—. Y sus ojos tienen pequeñas manchas doradas, como los tuyos. Y arruga su nariz antes de estar a punto de llorar.

—No arrugo la nariz cuando estoy a punto de llorar.

Me reí. —Te vi llorar tantas veces cuando estabas borracho —dije—. Y siempre lo hacías.

—Fue un llanto irónico —respondió—. Lo estaba haciendo a propósito.

Me reí, poniendo los ojos en blanco, y luego respiré profundamente. —Daisy —dijo—. Ven aquí. Quiero que conozcas a Wes.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

2020

### *ASTRID*

Dejamos el zoológico cuando era de noche. Daisy estaba creciendo, pero la llevé al auto, porque estaba exhausta, y mi reloj decía que habíamos caminado más de diez mil pasos ese día.

No estaba preparada. Me preocupaba el protector solar y la deshidratación, pero Wes me dijo que habíamos tomado descansos, y que habíamos usado sombreros, y que tal vez nos dolería al día siguiente, pero que el ejercicio era bueno para nosotras.

Decidí escucharlo. Después de todo, él era el médico.

—Puedo llevarla, si quieres.

—No —dije—. No estamos lejos.

—Tienes mucha fuerza en la parte superior del cuerpo.

Me reí. —No la tengo —dije—. Mis brazos y mi corazón van a pagar por esto mañana.

—Pero tu hija siempre tendrá estos recuerdos —dijo.

Llegamos a mi coche, la puse en el asiento trasero a pesar de sus protestas y cerré la puerta, pero no del todo.

Wes dio un paso hacia mí. —Me divertí —dijo—. Ella es genial.

—Lo es, ¿verdad?

Wes tragó. Lo observé mientras miraba a otro lado, claramente nervioso por algo. —Escucha —dijo—. Estoy... estoy mortificado. Ni siquiera sé cómo empezar a recuperar tu confianza y cómo estar realmente en su vida.

Me mordí el labio inferior. Cuando hablé, lo hice en un susurro silencioso. —Esto no es culpa tuya —dije—. Es sólo que no sabía si la querías en tu vida. Si nos querías a nosotros en tu vida.

—Te quiero en mi vida, Astrid —dijo—. A las dos. Cuando me dijiste que tenía una hija, me sorprendió, pero lo que más sentí fue sólo emoción. No me di cuenta de cuánto quería ser padre, hasta que me dijiste que ya lo era.

Pestañeé. —¿Quieres esto?

—¡Sí! —dijo, y luego sacudió la cabeza. Estaba sonriendo—. Pero no voy a mentirte. Estoy muy asustado. Quiero hacer lo correcto con ella, pero no sé si puedo. Nunca he sido padre antes. No es algo en lo que creo que voy a ser bueno.

—No creo que ninguno de nosotros piense que vamos a ser buenos en esto. Por si sirve de algo, el hecho de que ya quieras involucrarte es una buena señal. Pero no dejes que te engañe, aunque parezca confiada, todavía no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Parece que te va bien. Es muy amable, y también muy inteligente. Me gustaba estar cerca de ella. Sólo espero que yo también le guste a ella.

—¿Estás bromeando? Ya le gustas mucho. Le compraste un helado hoy, ¿no?

—No pensé que fuera tan simple.

—A veces lo es. A veces no lo es. Esta vez tuviste suerte.

—Me siento afortunado. No sólo porque le gusto. Pero el hecho de que ustedes dos estén de vuelta en mi vida se siente tan bien.

—Yo también lo creo. Pero tenemos que hablar de eso porque creo que lo que sea que estaba pasando entre nosotros...

—Estoy de acuerdo. Ella es lo más importante ahora mismo, no podemos complicar las cosas

sólo porque nos gustamos. Tenemos que mantener la calma entre nosotros

—¿Ves? Ya lo estás haciendo bien. Estás poniendo su interés por delante del tuyo, aunque no creo que quieras hacerlo.

—No quiero que las cosas sean confusas para ella. Demonios, son confusas para mí, y yo soy el adulto en la situación.

—Lo entiendo. También son confusas para mí.

—¿Cuándo se lo vamos a decir?

Sacudí la cabeza. —No lo sé. Esto se siente como si estuviera por encima de mi nivel. Tal vez debamos pensar en ver a un abogado o un consejero, un mediador... Alguien que tenga más calificaciones que yo.

Se rio. —A pesar de las calificaciones, creo que estás haciendo un muy buen trabajo.

—Creo que tienes que decir eso.

—No tengo que decir eso. Lo digo porque quiero.

—Bueno, no lo sabrías mejor. Has estado haciendo esto literalmente durante un día.

Se rio. —Tal vez tengo talento natural.

—Tal vez. Lo dudo.

—Está bien, pero no tienes que ser grosera —dijo, poniendo los ojos en blanco, y luego me sonrió. Su mirada se deslizó entre mis ojos y mis labios, y por un segundo, pensé que iba a cerrar la brecha entre nosotros y besarme en los labios.

No lo habría detenido. No quería detenerlo. Quería que me besara.

Pero se detuvo, y mi parte más sensata se alegró. Era mejor que no estuviéramos involucrados. Necesitábamos mantener a nuestra hija como prioridad, y era raro para mí pensar en ella como nuestra hija. Siempre había sido completamente mía, y no sabía si estaba lista para compartirla. Pero Wes era un buen hombre, y era su padre, y quería involucrarse. Hubiera sido una tonta si lo hubiera detenido. Más que eso, habría sido egoísta. No quería ser egoísta. No cuando mi hija finalmente tuvo la oportunidad de conocer a su padre, de tener un modelo masculino que pudiera admirar.

Pero me estaba mintiendo a mí misma si pensaba que era sólo eso. Me gustaba tenerlo cerca, me hacía sentir feliz, me hacía sentir que todo iba a estar bien, y no lo esperaba. Cuando nos volvimos a encontrar, esperaba encontrarme con el mismo universitario irresponsable que había conocido antes. El mismo chico cuya madre dirigía su vida. Pero no era así en absoluto. Él era genial, y mi hija tuvo suerte.

En lo que a mí respecta, hacía mucho tiempo que no tenía un hombre en mi vida, así que nada cambiaría. Esto sería mejor. Será grandioso, para ambos.

Para los tres, en realidad.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

2020

*WES*

Mi mirada se lanzó entre mi madre y mi padre. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. Cuando mi madre llamó, parecía desesperada. Sabía que había hablado con mi padre, que había reaccionado con un silencioso shock, y sin quererlo, parecía que podría haber causado una ruptura en su matrimonio. Me sentí un poco mal, pero al final era su culpa por ocultarle cosas.

Por ocultarnos cosas.

Estaban sentados uno al lado del otro, ninguno de ellos decía una palabra. Fue un poco desconcertante. Mi madre siempre fue una charlatana alrededor de mi padre, y él sonreía, y asentía, y parecía que estaba desesperadamente enamorado de ella.

En ese momento, ni siquiera le miraba. Su mirada se movía entre sus puños cerrados y yo, que estaban colocados en su regazo. Estaba apretando la mandíbula, y había una vena visible en el lado de su frente. Estaba furioso, y no creí haberle visto nunca tan alterado.

Se sentía bien. Se sentía como si ambos estuviésemos justamente enfadados con mi madre, que merecía nuestra furia colectiva.

Sin embargo, no iba a decir nada de eso, porque era obvio que mi padre estaba luchando por estar simplemente allí. Para simplemente tener esta reunión con nosotros.

Sabía que podría ser taciturno, aunque tenía labia para sus campañas políticas, era un hombre tranquilo en casa, pero se tomaba el tiempo para hacer esto, fue el tipo de cosas que me mostró lo mucho que se preocupaba por mí.

Ninguno de ellos dijo una palabra, y vi las manecillas del reloj del abuelo en la esquina de la sala.

—Miren —dije, pellizcándome el puente de la nariz y cortando el silencio incómodo—. No me importa estar aquí, pero uno de ustedes tendrá que empezar a hablar, porque mañana trabajo y no puedo quedarme hasta muy tarde. Tengo que conducir a casa, y dijiste que era muy importante. Dormir, como ambos saben, también es muy importante.

Mi madre parpadeó. Cuando hablaba, lo hacía en voz baja, con un tono condescendiente. —Sabes por qué estás aquí.

—Lo sé, mamá, pero no realmente. Quiero decir, al final del día, no se ha resuelto nada.

—Tu madre lo siente mucho —dijo mi padre, mirándola directamente—. Ella cometió un terrible error. Fue... precipitada.

Pestañeé. —Es más que un horrible error. Saben que estamos hablando de un niño, ¿verdad?

—Sí. Lo sabemos —respondió mi padre. —¿No lo sabemos?

Mi madre apartó la mirada de él. —No entiendo cómo pueden estar tan molestos conmigo. Esto era responsabilidad de Wes. Él es el que debería haber sido mucho más cuidadoso con lo que estaba haciendo.

Sacudí la cabeza. —¡Nadie está discutiendo eso! —Dije—. Nadie está diciendo que yo no era un idiota. Lo entiendo, lo fui. Pero me quitaste mi elección aquí, y eso es lo que me molesta. Si hubiera sabido lo de Daisy...

Mi padre se encontró con mi mirada. —¿Es ese su nombre? ¿El de la niña?

Asentí con la cabeza. —Sí —dije—. Ese es su nombre.

—Vale —dijo mi madre, y luego respiró hondo. —Entiendo que cometí un error. Ahora veo

que no era una decisión que pudiera tomar yo misma, o una decisión que pudiera tomar tan rápidamente como lo hice. Cuando ocurrió, me asusté y me entró el pánico. Pensé en lo que iba a hacer con tu vida, en lo duro que habíamos trabajado en ella. Pensé que, si lo sabías, ibas a estar a su lado. Aunque ella no estaba...

—¿Suficiente para mí?

Mi madre pasó saliva. —Lo que tenía en mente para tu futuro.

Mi padre sacudió la cabeza. —Sabes, es realmente desconcertante cuando escucho a mi propia madre salir de tu boca.

—No lo entiendes —respondió ella, y pude ver las lágrimas empezando a brotar en sus ojos—. Este tipo de vida, es difícil para cualquiera. Esa chica que te gustaba tanto, te habría destruido. Les hice un favor a todos. No habrías llegado tan lejos en tu carrera como lo hiciste. Ella no habría podido mantener a su hija... quiero decir, yo era la que la ayudaba. Con todo lo que necesitaba. Pañales, cunas, pagos mensuales.

Puse los ojos en blanco. —Sólo porque le pagaste no significa que lo que hiciste esté moralmente bien —dije—. Y todavía no estoy convencido de que fuera por la bondad de tu corazón.

Cerró los ojos, y las lágrimas grasosas corrieron por su cara, su maquillaje corriendo por sus mejillas. —Estaba tratando de ayudarte —dijo—. Estaba tratando de ayudarla. Cuando me casé con esta familia, tuve que reinventarme para poder encajar. Toda mi vida estaba planeada para mí, y tú, Wes, eras mi única esperanza. Incluso cuando Eric me apoyó ayudándome a pagar la escuela de medicina. Sólo quería que tuvieras una buena vida, Wes. Ese ha sido siempre mi principal propósito en la vida

—Soy un adulto, mamá —dije—. Deberías dejarme tomar mis propias decisiones. Deberías haberlo hecho, en ese entonces, también.

Se limpió las lágrimas de sus ojos. —Lo sé —dijo—. Y fui ingenua y estúpida, y lo siento por eso. Lamento que las cosas se hayan venido abajo de esta manera. Ojalá hubiera tenido el valor de decírtelo.

—Eso es lo que me cuestiona —dije—. Si no hubiera sido porque me encontré con Astrid, ¿lo habría descubierto alguna vez?

—No pensé que necesitaras saberlo —dijo, lloriqueando—. Y ahora me doy cuenta de que fue un error. Nunca quise hacerte daño, Wes. Sólo estaba tratando de ayudar.

Sacudí la cabeza. —Esto va a tomar un tiempo para arreglarse, mamá —dije—. No puedo perdonarte de la noche a la mañana.

—Ya lo sé —dijo.

Respiré profundamente, y luego la miré. —Tengo una idea de cómo puedes empezar a compensarme —dije—. Pero va a ser un montón de trabajo.

Se lamió los labios. —Sí —dijo—. Lo que necesites. Lo que quieras.

—¿Y mamá?

—¿Hmmm?

—No vuelvas a llamar a mi hija erizo nunca más —dije—. ¿Entendido?

—Entendido —respondió, asintiendo con la cabeza.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

2020

### *ASTRID*

—No sé si es una buena idea —dije en el teléfono.

Estaba hablando con Wes, y parecía pensar que ir a cenar con su madre y su padre era una buena idea. Quería que empezáramos a reparar los puentes, lo cual conseguí, pero aún no le había dicho nada a Daisy, y no quería ponerla en una situación en la que yo misma no había encontrado la manera de navegar.

Wes respiró hondo. —Entiendo por qué puede que no pienses que es una buena idea —dijo—. Dudé incluso en sacarlo a colación yo mismo. Se siente muy...

—¿'Erupción'?

—¡Sí! —respondió—. Se siente como un sarpullido. No quiero precipitarme, especialmente cuando es algo tan nuevo para todos nosotros.

—Y para Daisy.

—Bien —dijo—. Y para Daisy.

—Tal vez deberíamos posponer esto hasta que haya hablado con Daisy —dije, lamiéndome los labios. Ya había cerrado mi tienda, y estaba exhausta. Había sido un día largo, y emocionalmente, todavía estaba tratando de procesar todo lo que había pasado.

—¿Sabes cuándo va a suceder?

Me lamí los labios otra vez, porque estaban secos, y miré alrededor de la tienda oscura. —No lo sé —dije—. Necesito asegurarme de que te vas a quedar antes de que te vayas y le destroce la vida por completo. Seguro que lo entiendes.

—Lo entiendo —dijo—. Y entiendo que tengo que ser paciente. Es difícil, porque mi vida también ha cambiado.

—Lo sé. Y no es cosa tuya —le respondí—. No sé por dónde se supone que debemos empezar con todo esto.

—Es un poco enredado —dijo. Podía oír la risa en su voz. —Creo que tengo una idea, pero no sé si te va a gustar.

—Estoy abierto a escucharlo —respondí.

—¿Qué hay de la cena... sólo nosotros cuatro?

—Los cuatro... ¿quieres decir tus padres, tú y yo?

—Sí —respondió—. Tal vez es lo que necesitamos para poder aclarar las cosas.

—No sé si puedo aclarar las cosas con ellos —respondí—. Quiero decir, tu padre nunca me hizo nada, pero cuando se trata de tu madre...

Suspiró. —Entiendo que va a ser un proceso —dijo—. Y aprecio que estés abierto a ello.

Me burlé. —Para ser honesta, no lo estoy —dije—. Pero me preocupa que tu madre busque vías legales contra mí, y no puedo pagar un abogado. Cuando le hablé por primera vez de Daisy, me hizo firmar un contrato, y nunca he sido capaz de decir si es aplicable o no. Si tengo que pagarle, aunque sea una fracción de la cantidad con la que nos ha ayudado...

—No lo harás —respondió—. Te lo garantizo.

—No puedes —dije—. Si ella elige perseguirme, no hay nada que puedas hacer.

Podía oír la sonrisa en su voz cuando hablaba. —Creo que estás pasando por alto algo aquí —dijo—. Daisy también es mi familia, y haré lo que sea necesario si tengo que defenderla.

Sonreí. —Sé que lo harás —dije, y realmente lo creí. —Así que adelante y mándame un mensaje de texto con los detalles, ¿entonces?

—¿Es eso un sí?

Me encogí de hombros. —Es un, *seguro, no veo qué otras opciones tengo*—.

—Genial —dijo—. Te enviaré los detalles.

—Impresionante —dije—. No puedo esperar.

Se rio antes de colgar.

\*\*\*

Me recogió de mi apartamento el sábado por la noche. Una parte de mí no quería que estuviera allí, porque comparado con la comunidad de condominios en la que vivía, nuestro edificio de apartamentos era muy humilde. Pero mi madre se había llevado a mi hija, y yo sabía que, si Wes iba a seguir en nuestras vidas, iba a tener que acostumbrarse a nuestro nivel de vida.

Podría haber sido el gobernador, el hijo de un médico y un médico prominente, pero habíamos luchado. Incluso con la ayuda de su madre, tuve que pagar por tantas cosas: su guardería, al principio, luego su ropa, su material escolar, su cama... parecía que los gastos nunca cesaban.

Lo supe cuando tuve a Daisy, y nunca me molestó trabajar para darle la mejor vida que podía darle. Pero sin el apoyo de su abuela, sabía que mi vida iba a ser considerablemente más difícil.

No sabía si Wes se iba a quedar, y aunque me gustaba, todavía recordaba cómo era en la universidad. Por otra parte, yo también había sido bastante salvaje en la universidad, excepto que las circunstancias de mi vida significaban que había tenido que madurar antes que Wes.

Pero eso no significaba nada. Puede que fuera un poco mayor que yo, pero había avanzado mucho en su carrera. Sin embargo, fue gracias a su madre, y porque no éramos parte de su vida. Lo entendí y me dolió un poco.

Sólo podía esperar que las cosas cambiaran un poco en el futuro. Sonaba como si lo fueran a hacer, pero no había manera de que yo lo supiera.

Me paré afuera de mi edificio y vi su auto acercándose a mí.

Se detuvo a mi lado y, incluso en la oscuridad de la noche, pude ver su sonrisa.

Abrí la puerta y me subí a su coche. —Oye —dije, sin mirarlo. Me puse el bolso de mano en el regazo y traté de no mirarlo. Me gustaba mucho, y me gustaba mucho mirarlo, pero tenía que mantener las cosas en perspectiva.

Por Daisy. Por nuestra familia.

—Te ves hermosa.

Lo miré entonces. Llevaba una camisa azul clara abotonada y su pelo estaba recientemente cortado y retirado de su cara. A través de la tela de su ropa, pude ver sus músculos delgados. Estaba bien afeitado y llevaba aftershave que no pude ubicar, pero era muy agradable y sutil. Pensé que olía un poco a madera.

—Gracias. —Estoy un poco asustada, pero aprecio que hagas esto por mí.

—No es la única razón por la que lo hago. Mira, sé que las cosas ya son complicadas, pero te prometo. No van a ser complicadas para siempre.

—No lo sabes. Al igual que yo no sé si te vas a quedar.

—Por supuesto que me quedo —dijo, sonriéndome antes de volver a mirar la carretera. —Sé que no tienes necesariamente una razón para creerme, pero te prometo que no soy como mi madre. Si hubiera sabido lo de Daisy...

—¿Habrías dado un paso adelante? —pregunté. —Sí. Creo que ahora lo sé.

—¿Por qué no me lo dijiste?



Sacudí la cabeza. —No lo entiendes. No podía confiar en mí misma. Sin su ayuda financiera, no habría podido cuidarnos y definitivamente no habría podido abrir la tienda.

Por el rabillo del ojo, pude ver que asintió con la cabeza. —Lo entiendo. Pero habría podido ayudar.

—Tal vez hubieras sido capaz de ayudar ahora. En aquel entonces, eras sólo un niño, Wes — respondí, en un susurro. —Ambos lo éramos.

Volvió a asentir con la cabeza.

Nos quedamos allí, sentados en silencio por un rato, hasta que tomó la autopista. Una vez que se integró al camino, tomó mi mano, y ninguno de los dos tuvo que decir una sola palabra.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

2020

### *ASTRID*

Sólo había estado en la casa de la familia de Wes una vez antes. Lo recordé muy claramente, la forma en que la mansión se había visto bajo la lluvia. Recordé lo asustada que estaba de subir las escaleras y llamar a la puerta, lista para arruinar la vida de Wes. Por supuesto que eso no había sido lo que había pasado. Su madre se había interpuesto, asegurándose de que yo no afectara negativamente al futuro de Wes.

La mayor parte de mí estaba enfadada. Por cómo Wes se había tomado la noticia, pensé que quizás las cosas podrían haber sido diferentes entre nosotros. Si se nos hubiera dado la oportunidad. Luego estaba la otra parte de mí, que no podía dejar de admirarla. Había algo tan regia y protectora en lo mucho que había sido una perra conmigo.

Todo en nombre del futuro de su hijo.

Incluso cuando no era lo mejor.

Puede que no lo consiguiera cuando sólo estaba embarazada de Daisy, pero lo conseguí entonces. Después de que mi hija llegó a mi vida, habría hecho absolutamente cualquier cosa por ella.

Y sabía que tenía suerte, porque Daisy era una gran niña. No podía imaginar lo difícil que debió ser para la madre de Wes, sabiendo lo salvaje que era.

Wes me apretó la mano. —No tenemos que entrar. No si no quieres. Puedo dar la vuelta al coche y podemos ir a tomar un helado o algo así. Algo más divertido.

—¿No quieres ver a tus padres?

Sacudió la cabeza, riéndose. —Definitivamente no.

Puse los ojos en blanco. —Tú querías esto. Esta fue tu idea.

—Sé que fue mi idea, pero ¿quién te dijo que me escucharas?

Me reí esa vez. —¿Te estás arrepintiendo?

—¿Cuando llego a esta casa? —preguntó, mirando por su ventana, y soltando mi mano. —Sí. Siempre.

—Ellos son tus padres.

—Y me han estado ocultando secretos —respondió, suspirando, y sus hombros se desplomaron—. Bueno, al menos mi madre lo ha hecho. No sé nada de mi padre.

—Supongo que vamos a averiguarlo.

—Lo haremos —dijo—. Y odio que tengamos que hacerlo.

Puse mi mano en su hombro y la apreté. —Siento que las cosas sean difíciles para ti en este momento.

Sacudió la cabeza. —No deberías estar pensando en mí ahora mismo. No deberías preocuparte por mí en absoluto. Esto es sobre ti, y es sobre Daisy. No se trata de mí.

—También se trata mucho de ti —respondí—. Eres su padre.

—Sí —dijo—. Pero también soy la persona más nueva en su vida.

—Eso no significa nada —respondí—. No si vas a estar ahí para ella el resto de su vida.

Sonrió. —Sólo puedo esperar —dijo, y luego respiró hondo—. ¿Deberíamos dejar de dar rodeos?

Asentí con la cabeza. —Sí —dije—. Tal vez.

\*\*\*

Cuando subimos los escalones, estábamos tomados de la mano. Fue un poco confuso, porque una vez que abrió la puerta, le solté la mano. Era importante que fuéramos un frente unificado, pero sólo como padres, y no como cualquier otra cosa.

Porque no éramos otra cosa.

Sólo éramos padres, tratando de hacer lo mejor para nuestro hijo. No para nosotros mismos, porque lo que queríamos no importaba. Lo que queríamos tenía que ser pospuesto, si es que alguna vez iba a suceder. Y probablemente no fue así.

Teníamos que preocuparnos por ser co-padres, no una pareja.

No éramos una pareja.

Había cosas más importantes de las que preocuparse, me dije a mí mismo, aunque sentí que todo estaba mal en el momento en que me soltó. Quería que su mano estuviera sobre la mía, quería que nuestros dedos estuvieran entrelazados. Lo miré y me mostró lo que parecía una sonrisa de dolor.

—¿Estás lista para esto?

Me encogí de hombros. —Tan lista como nunca lo estaré.

—Estás impresionante —dijo—. Así que ya me has conquistado.

—No creo que tú seas el problema —le dije, mostrándole una sonrisa. Asintió con la cabeza, y estaba a punto de decir algo más, pero su madre apareció delante de nosotros, vestida de manera muy elaborada y mostrando una sonrisa de dientes de perla que era tan feroz que me asustó un poco.

—Hola —dijo ella—. Llegan un poco temprano.

—Decidimos irnos justo después del trabajo —dijo Wes. —Pensamos que haríamos mejor tiempo si no estábamos atrapados en el tráfico de las seis, así que nos fuimos un poco antes. Realmente queríamos llegar.

Se volvieron hacia mí, como si fuera a decir algo. Pero no iba a decir nada. No había nada que pudiera decir, no había una pequeña charla que pudiera tener con esta mujer. No después de todo lo que había pasado entre nosotros. No había nada que aclarar, no había manera de que pudiéramos volver a empezar desde el principio.

Ella había sido una enorme influencia en mi vida, y yo estaba cada vez más convencida de que no era algo bueno.

Mi mirada se interpuso entre la Dra. Andrea Hawthorn y su hijo, y no dije absolutamente nada.

Se aclaró la garganta. —Ven conmigo —dijo—. La cena está a punto de ser servida.

Nos dio la espalda, y Wes me echó una mirada que no pude leer.

Sabía que estaba con él, pero estos eran, aun así, sus padres. No importaba qué, eran sus padres. Podríamos haber entrado juntos, pero no estábamos del mismo lado.

Eso quedó claro cuando entró en el comedor como si fuera el dueño. Se suponía que en algún momento había sido el dueño. Me quedé atrás de él, sin estar segura de lo que yo debía hacer.

Wes se agarró el cuello y miró por encima del hombro. —Hola —dijo—. Astrid, ven aquí.

Me acerqué a él. Puso su mano en la parte baja de mi espalda y me guió hacia el comedor.

Lo primero que noté fueron los asientos asignados. Me pareció extraño que los asientos estuvieran asignados, considerando que sólo había cuatro personas allí, y dos eran nuestros anfitriones.

Me senté en mi asiento asignado, frente al padre de Wes, y le miré a la cara. Lo había visto en fotos antes, pero nunca en persona, y nunca me había dado cuenta de lo mucho que Wes se parecía a él. Ambos compartían la misma mandíbula cuadrada y los mismos grandes ojos azules con las

largas pestañas negras.

Me miró, sin sonreír, con los labios en línea recta.

—Buenas noches, Sr. Hawthorn —dije, y luego me pregunté si debería haberle llamado Gobernador Hawthorn.

—Hola —dijo—. Usted debe ser Astrid.

—Lo soy —respondí—. Me alegro de conocerlo por fin.

—Y yo a tí —respondió—. Espero, con el tiempo, conocer a mi nieta.

—Lo hará —le dije, sonriéndole en cuanto se mencionó a Daisy—. Y ella es maravillosa. Le va a encantar, es tan inteligente, y creo que algún día podría entrar en la política.

Levantó las cejas.

—Ella sólo quiere mejorar el mundo —dije, claramente incapaz de dejar de hablar de ella—. Ella sigue hablándome de toda la gente que no ha sido tan afortunada como ella, y eso es la cosa más linda.

Sonrió. —¿De dónde viene este interés por la justicia social?

—No tengo ni idea —respondí—. No sé de dónde vino nada de esto, pero me parece algo innato. Y es maravilloso, honestamente. Sólo desearía tener alguna idea de cómo fomentar eso en ella.

Su sonrisa se amplió. —En realidad, podría tener algunas ideas —respondió.

Ni siquiera me di cuenta de que Wes y su madre estaban en la cocina.

## CAPÍTULO TREINTA

2020

WES

—No puedo creer que la hayas traído aquí —dijo mi madre, en voz baja. Estábamos en la cocina, y yo la ayudaba, maravillado por la cantidad de platos de comida que ya había preparado para nuestra noche juntos.

Me encogí de hombros. —No puedo creer que me hayas ocultado algo así —dije—. Así que supongo que, en cierto sentido, estamos a mano.

Ella suspiró. Soltó la copa que sostenía, y noté que ya había bebido la mayor parte de su vino. Me miró, y sus ojos estaban muy abiertos y llorosos.

—Entiendo que estés enfadado, Wes —dijo—. Tienes todo el derecho a estar enfadado. Pero no lo hice para herirte. Por si sirve de algo, nunca lo hice para hacerte daño.

Pasé saliva. Por primera vez, pude oír su voz rompiéndose. Parecía realmente molesta, y había lágrimas en sus ojos.

—Me he arrepentido —dijo—. Cada día, un poco más. Y me siento, no sé, como que está esta... niña pequeña, y se está perdiendo algo por mi culpa. Pero al final del día, Wes, eres mi hijo. Quería protegerte. Me pasé de la raya, y no debería haber hecho eso.

Me acerqué un poco más a ella. —Pero mamá, no se trata sólo de mi hija —dije—. Es sobre todo lo demás que hiciste. Es sobre el hecho de que me presionaste para casarme con una chica que no amaba, y luego, cuando encuentre una que podría...

—¿La amas?

—No lo sé —dije—. No sé si la amo todavía, pero siento que podría amarla. Con Audrey, nunca se sintió así. Yo no...

—Eras un niño —dijo—. Un chico joven, fácilmente influenciado por mí. Lo entiendo. Ahora entiendo, y entiendo por qué tu matrimonio con Audrey no funcionó. Para serte sincera, Wesley, me entró el pánico. Me dije a mí mismo que si eras feliz con otra mujer, si Astrid volvía y te contaba lo de su bebé, no te importaría.

—Por supuesto que me importaría —respondí—. Incluso entonces, me habría importado.

Asintió con la cabeza, cerrando los ojos. Lágrimas negras corrían por su cara. —Ya lo sé —dijo—. Lo sé ahora con seguridad, pero definitivamente tuve un presentimiento en ese momento. Por eso tenía tanto miedo de decírtelo, porque ibas a hacer lo correcto. Siempre quieres hacer lo correcto. Eres como tu padre, en ese sentido. Siempre quieres hacer lo moralmente correcto, incluso cuando es extremadamente difícil. Incluso cuando no es lo correcto para ti.

—Pero podría haber sido lo correcto para mí —dije—. Me quitaste esa oportunidad.

—Ya lo sé —dijo—. Y cada día, me he arrepentido. He trabajado horas extras para asegurarme de que corregí mi error. Ahora me está alcanzando, y seguiré alcanzándome, y tendré que vivir con eso.

Fruncí el ceño, y sin pensarlo, puse mi mano en su hombro. —Mamá...

—No eres sólo tú —dijo—. Es todo. Eres tú, el hecho de que me odies. El hecho de que la madre de mi nieta tiene todas las razones para tenerme miedo. Qué infeliz debes ser, por mi culpa. Las cartas...

—¿Las cartas?

—No te preocupes por eso —respondió, encogiéndose de hombros—. Ya hemos sido

auditados antes.

—¿Estás siendo auditados?

—Ya hemos sido auditados. Es bastante malo. Pero no es algo a lo que no podamos sobrevivir.

Me alejé de ella, sacudiendo la cabeza. —¿Qué pasa con papá? Sabes que todo lo que hace es súper escudriñado.

Sacudió la cabeza. —Esto no tiene nada que ver con tu padre. Tiene todo que ver conmigo —dijo, bajando la cabeza. —De hecho, cuando tu padre se enteró, se puso furioso. Cuando Astrid vino a verme por primera vez, consulté a un abogado, pero no tenía ningún recurso legal. No había forma de mantenerte legalmente alejado de tu hija, la ley está muy en contra de eso.

—Por una buena razón —dije.

Ella asintió, un poco triste. —Sí —dijo—. Por una buena razón. Lo que estoy haciendo es crear una organización benéfica para madres solteras. De esa manera, cada vez que canalizo el dinero a la organización, podría ser una deducción de impuestos.

—Eso es malvado. Quiero decir, es inteligente. Pero es malvado. Lo sabes, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, con la cara todavía hacia abajo. Resopló antes de hablar, y cada palabra era una daga en mi corazón. Odiaba verla alterada. Incluso si ella hubiera sido la razón por la que todos estábamos en esta situación. —Lo sé, y el Servicio de Impuestos también lo sabe. Me pusieron grandes multas, tanto que tuve que pedirle ayuda a tu padre.

Levanté las cejas.

—Sabes que siempre hablo de cómo tengo mi propio dinero, y lo tengo. Desafortunadamente, el Servicio de Impuestos quiere la mayor parte. Es una gran multa, y es un crimen no pagarla. Así que le pedí ayuda a tu padre, y me dijo que yo no era la mujer con la que se casó.

—¿No te está ayudando?

Ella suspiró. —No —dijo—. Pero no deberías preocuparte por eso. Ya lo resolveré. Cuando lo dijo, me hizo darme cuenta de que tiene razón. No soy la mujer con la que se casó. La mujer con la que se casó nunca habría hecho algo así. Recuerdo cómo fue, casarse con tu padre. Saber que él iba a ser una gran estrella algún día, y yo no lo era. Sabes que nunca le gusté a su familia. Sabía que no les gustaba, e hice todo lo que pude para elevarme ante ellos. Pero no tenía sentido. Nunca iba a ser lo suficientemente buena para su chico de oro e incluso cuando Gina Hawthorn murió, no me quiso a su lado.

—Porque todavía no eras parte de la familia —dije en voz baja, cuando ella tomó un respiro.

—Sí —dijo—. Porque no era parte de la familia.

Sacudí la cabeza, mirándola directamente. —Mamá, no solías ser así. Siempre fuiste divertida, dulce, realista. Incluso cuando papá tuvo que ir a hacer un montón de cosas políticas, te tenía a ti. No soy la persona que soy por papá. Soy la persona que soy gracias a ti. Sólo que no sé cuándo le diste la espalda a ser esa persona.

Me miró y sonrió un poco triste. —Honestamente —dijo—. Tampoco sé cuándo le di la espalda a ser esa persona. Pero no me gusta. Quiero detenerme. No quiero que me cueste mi relación contigo. Estaba equivocada, lo sé. Pero yo...

—¿Ser una madre sobreprotectora, como lo has sido toda tu vida? Creo que lo he entendido —dije, mostrándole una sonrisa—. Daisy, y con suerte, Astrid, estarán en mi vida mientras yo viva. Si quieres estar en mi vida también, mamá, tienes que hacer las paces con eso. ¿No estás siempre pidiendo un nieto?

—Sí —dijo—. Creo que por culpa. Para poder dejar de pensar en la que ya tenía.

Sacudí la cabeza. —De ahora en adelante no hay culpa, mamá —dije—. Sólo amor.

Arrugó la nariz, que estaba roja, toda la cara hinchada. —¿En serio?

—Sí —dije, envolviéndola en un abrazo—. En serio.

Me abrazó, fuerte, y sentí que tal vez todo iba a estar bien. Cuando me alejé de ella, estaba sonriendo.

—Entonces —dije, limpiando sus lágrimas—. ¿Cuánto le debes al Servicio de Impuestos? Traje mi chequera.

—No deberías...

—Mamá —dije, guiñándole el ojo—. ¿Sabes cuánto gano en un año?

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

2020

### *ASTRID*

Me desperté tarde. Estaba cansada y mi cuerpo estaba dolorido. Después de la cena con sus padres, que había ido sorprendentemente bien, Wes preguntó si queríamos ir al acuario durante el fin de semana. No habíamos hecho nada que pudiera considerarse como una pareja, y en cambio, Wes había pasado un poco de tiempo creando lazos con Daisy.

Con su hija.

Era tan raro pensar en ello así, en el hecho de que era su hija, y que la trataba como si lo fuera. Había algo tan agradable en ello, tan doméstico. Me gustaba. Y quería extenderme y agarrarlo de la mano, pero no podía. Tenía que dejar que Wes desarrollara una relación con Daisy, y no podía intervenir en esa relación. No era que no quisiera, no se trataba de lo que yo quería.

Nuestra relación podía esperar... si alguna vez íbamos a tener una relación. Estaba bien si no la teníamos. No quería complicarle las cosas a Daisy, y si nos convertíamos en ex, ex serios, las cosas se pondrían más difíciles.

Pensar en juntarme con Wes no me llevaba a ninguna parte. Cada vez que lo miraba, cada vez que lo veía con Daisy, mi corazón se hinchaba. Todo lo de que estuvieran juntos tenía sentido. Él era un padre natural, y yo estaba un poco celosa, porque me había llevado mucho tiempo ser una buena madre. Todavía luchaba con eso todos los días. Pero Wes, no tenía que luchar.

Wes era maravilloso, y listo, y sabía exactamente cómo comprometerse con ella.

Como si no lo hubiera encontrado ya suficientemente atractivo. Había algo primitivo en observarlo cuando estaba siendo paternal. Algo en él me hacía sentir como si me hubiera perdido durante años y años, y tenía que contenerme a pesar de que sentía que quería saltar sobre él en ese momento.

No quería que sintiera presión por mi parte, pero sentía que había electricidad entre nosotros, y no podía dejar de mirarlo. Cuando él estaba cerca, era como si todo mi sentido del decoro fuera escurridizo, y mantener mis manos lejos de él era muy difícil.

Era difícil ser una buena madre para mi hija, y eso me asustaba.

Porque estaba siendo egoísta. Porque mi felicidad era egoísta.

No sólo eso, se sentía precaria. Como si deseara demasiado las cosas, como si pusiera mis propios intereses y necesidades por delante de los de mi hija.

Puse el café y vi mi teléfono vibrar en la barra del desayuno. Lo levanté cuando vi la tarjeta de contacto de mi madre parpadeando en la pantalla. —¿Hola?

—Oye —dijo—. Acabo de recibir la llamada más extraña.

Tomé un sorbo de mi café. —¿De quién?

—De la madre de Wes —dijo—. ¿Wes Hawthorn? Ya sabes, ¿el chico con el que no estás saliendo?

—No estoy saliendo con él —respondí—. Sólo estamos pasando el rato.

—Sé lo que significa en la jerga actual. Significa que estás saliendo con alguien.

—No estamos... de todas formas, ¿te dijo lo que quería?

—Sí —respondió—. Me dijo que tenía sentido que nos reuniéramos pronto. Me invitó a un café, para discutir todo.

—Mierda —dije, en voz baja.



—¿Qué quiere decir, Astrid?

Me lamí los labios. —No le había dicho que no te lo dijera, pero las cosas han sido tan agitadas —le respondí—. Pero están cambiando en, ya sabes, nuestras vidas. No estoy saliendo con Wes, pero él...

Respiré profundamente, preparándome para decírselo.

—¿Es el padre de tu hija? —preguntó. —Sí, Astrid, he visto al tipo. ¿Creíste que se suponía que era un secreto?

Intenté tragar, pero mi garganta estaba seca. —¿Lo sabías?

—No —dijo—. Lo sospeché, pero no fue hasta que su madre llamó que finalmente junté las piezas del rompecabezas. Quería confirmar las cosas contigo y no es que hayas sido exactamente sutil.

Sacudí la cabeza. —Quería decírtelo —dije—. Las cosas han sido un poco complicadas.

—Me lo imaginaba —respondió—. Antes de ir a tomar un café con ella, ¿qué tal si voy a tomar un café contigo? Puedes ponerme al día en todo, incluyendo por qué ella estaba obviamente en tu vida y su hijo no.

Me mordí el labio inferior. —Ni siquiera sé por dónde empezar.

Se rió. —Empecemos con un poco de pastel —dijo—. Traeré un poco y luego me lo contarás todo.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

2020

### *ASTRID*

—Se lo dije a mi madre —le dije a Wes, que estaba sentado frente a mí con un suéter verde oscuro bajo su bata blanca de médico. Estábamos sentados juntos en una mesa en la cafetería del hospital, después de que me enviara un mensaje y me preguntara si quería que almorzáramos juntos. Para informarme sobre los acontecimientos de los últimos días, por supuesto, nada que ver con cualquier inclinación romántica que pudiera tener.

Que no existía, me dije a mí misma. No tenía inclinación romántica, ninguno de los dos la tenía. Ambos sabíamos exactamente a dónde iba esto, y habíamos sido buenos en mantener nuestras manos lejos del otro. Bueno, yo había sido buena en mantener mis manos lejos de él, pero no sabía hasta qué punto compartíamos la misma lucha. Yo lo deseaba. Incluso ahora, incluso durante el descanso del almuerzo, comiendo una tonta ensalada con vinagreta de fresa y hablando de nuestras familias, lo deseaba en ese momento.

Era ridículo. Sabía que estaba siendo ridícula.

—¿Qué dijo? —preguntó, tomando un sorbo de su té verde.

—Dijo que teníamos que decírselo a Daisy —le respondí. —Dijo que tenía que tener fe en que te quedarías y que tenía que dejarte desarrollar una relación con tu hija de forma natural.

—Quiero decir, no quiero hacerte sentir incómoda —dijo—. Me encanta estar cerca de Daisy. Pero no es sólo Daisy. Es...

Lo miré, preguntándome qué iba a decir. Se encontró con mi mirada y le vi tragar, su nuez de Adán subiendo y bajando por su garganta.

Él miró hacia otro lado. —Es todo —respondió—. Es lo mucho que mi vida ha cambiado desde que ustedes están en ella, las dos. De verdad siento que mi vida es mejor, porque las dos están en ella. Sé que puede parecer un poco extraño, pero...

—No se siente extraño —respondí, un poco demasiado rápido, obviamente cortándolo. —No lo hace, sólo... se siente bien. Creo que se siente como se supone que se debe sentir.

Suspiró, con los hombros caídos. —Es raro —dijo—. También creo que se siente bien, pero no quiero que las cosas sean raras, y no quiero poner demasiado en Daisy.

Me lamí los labios. —Creo que mi madre tiene razón —dije—. Creo que tenemos que decírselo, y dejar que las fichas caigan donde puedan.

—No tenemos que hacerlo solos —dijo—. Hay profesionales.

—Como... ¿abogados?

—No —respondió, sonriendo. —Quise decir, como un terapeuta.

—¿Un terapeuta?

—No te muestres tan sorprendida —dijo—. Sería bueno que un profesional nos guiara, y a Daisy, con esta transición.

Pestañeé, ladeando la cabeza. —Quiero decir, no te equivocas —dije—. Es sólo que no esperaba que tú, de todas las personas, sugirieras un terapeuta.

—¿Pensaste que yo, entre toda la gente, que fui criado por mi madre, no pensaría en recurrir a un terapeuta?

Me reí. —Bien —dije—. Es un buen punto.

—¿Y qué dices?

—Supongo que, si conoces a un buen terapeuta, no veo por qué no —respondí—. Si crees que ese es el siguiente paso que tiene sentido.

—No sé cómo funciona la mente de una niña de nueve años —respondió, encogiéndose de hombros. —Creo que eso es lo que tiene más sentido.

\*\*\*

Era el día.

Habían pasado unas pocas semanas, y estábamos listos para hacerlo, con la guía del terapeuta. Daisy tenía que saberlo, y no podíamos seguir posponiéndolo.

Habíamos decidido pasar juntos un día entero, y nos dirigíamos a un parque acuático. Daisy estaba emocionada, pero yo estaba nerviosa. Desde el principio, habíamos decidido que Wes siempre llevaría su propio coche. Había algo raro en que viajáramos en el mismo coche cuando, técnicamente, no éramos una unidad familiar.

Funcionó, en teoría, porque él habría podido irse, o yo habría podido irme, si algo hubiera pasado. Pero nunca había pasado nada, nunca hubo un momento en el que sentí que tenía que salir corriendo, o conducir a casa, o llevarme a Daisy.

En todo caso, siempre quise prolongar nuestras salidas juntos, incluso si estaba agotada. Quería correr detrás de Daisy, pero era mucho más fácil cuando tenía a Wes para ayudarme. Había algo doméstico en ello, y me encantaba. Nunca había entendido cómo las cosas podían sentirse domésticas.

Me detuve en el estacionamiento, conseguí un lugar cerca del parque y miré a Daisy. —Hola —dije—. ¿Estás emocionada por hoy?

Ella asintió. —¡Sí! —dijo—. Estoy tan emocionada. He querido venir al parque acuático por un tiempo, pero...

—Antes no podíamos permitirnoslo, cariño —dije—. Los parques temáticos son caros. Y están muy lejos.

—Ya lo sé —respondió, metiendo la cara por el agujero entre el asiento del conductor y el del pasajero. —Gracias, mami. ¿Va a venir hoy tu amigo Wes?

—Sí —dije, sonriéndole. —Nos reuniremos con él en la entrada del parque, y en algún momento iremos a tomar un helado. Con suerte, el clima se mantendrá.

—¿Vas a ir a las atracciones también?

—Realmente no lo creo —respondí—. No sé nada de piscinas comunitarias y de llevar un traje de baño en público.

—¿Qué hay de malo en llevar un traje de baño?

Abrí la boca, sintiéndome un poco idiota. —Ya sabes —dije—. No hay nada malo en ello. Traje uno de una sola pieza conmigo, y podría ser divertido, considerando el calor que hace.

Daisy estaba por decir algo cuando escuché un golpe en la ventana de mi auto. Me di la vuelta para ver a Wes, usando demasiado protector solar, con una sonrisa tonta en su cara. —Hola —dijo—. ¿Van a salir del coche?

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

2020

*WES*

Ayudé a Astrid a salir del coche. Ella me agarró la mano mientras la ayudaba, y quise apretarla, pero no lo hice. Quería ser respetuoso con lo que ella quería, y lo que ella quería era importante.

Además, tenía sentido.

Su mano se quedó sobre la mía y me miró antes de soltarla. —Hola —dijo—. ¿Cuándo llegaste?

—Hace una media hora —respondí—. Me he estado relajando en el estacionamiento. También conseguí pases exprés para no tener que esperar mucho tiempo en la fila.

—No tenías que hacer eso —dijo—. No nos importaría esperar en las filas.

—Sabes que me impaciento —respondí—. Daisy también lo sabe. No queremos que esté parada mucho tiempo en el calor.

—Bien —dijo, y luego me sonrió. Se encontró con mi mirada, y asintió ligeramente. Yo estaba nervioso y quería quitarme esto de encima lo antes posible. Si Daisy reaccionaba mal, tendríamos el resto del día para reformular las cosas. Si no, entonces podríamos disfrutar del día juntos, como una extraña unidad familiar.

Podría ser extraño, pero hasta ahora, nos había funcionado. Sólo podía esperar que siguiera funcionando.

Se acercó a mí y me susurró al oído. —¿Estás listo para esto?

Asentí con la cabeza. —Claro —dije, y luego levanté las cejas.

Ella se rió, sacudiendo la cabeza y mirando hacia abajo.

Astrid era tan hermosa. Hubiera seguido mirándola felizmente para siempre. Pero no lo hice, tuve que alejarme de ella. Con todo lo que estaba pasando en mi vida, no había tiempo para pensar en las mujeres. Cualquier mujer.

Incluso si resulta que eres la madre de mi hija. Cada día que pasé con ella, me sentí atraído por ella un poco más. Era inteligente, y hermosa, y podía verla con Daisy y siempre me impresionaba. A pesar de que las circunstancias habían significado que no había podido estar en la vida de mi hija desde que era un bebé, había sido afortunada. Daisy había tenido suerte. Astrid era una buena madre, y estaba claro que era algo muy importante para ella, quizás lo más importante de su vida.

Tenía sentido, cuando pensaba en todos los sacrificios que había hecho. Pero ya no había más sacrificios que hacer. Tenía el dinero, y aunque recuperar el tiempo había sido algo difícil, quería esto. Quería estar cerca de Astrid y Daisy, quería ver crecer a mi hija, quería pasar tiempo con Astrid. Cada vez que las miraba, mi corazón se hinchaba. Nunca había sido una persona hogareña, e incluso cuando me casé, la idea de tener una familia simplemente nunca cruzó por mi mente. Mi exmujer lo había querido, pero yo no. Porque no se sentía bien. Cuando se trataba de Astrid, cuando se trataba de Daisy, todo se sentía bien. Había una parte de mí que estaba asustada, porque nunca me había sentido así antes, y me hizo más vulnerable de lo que nunca había sido.

Entendí por qué Astrid no había querido decírselo en primer lugar. No sabía si me iba a quedar, y no había razón para que confiara en mí cuando sus interacciones con mi familia habían sido tan difíciles. Estábamos superando eso. Muy lentamente, pero lo estábamos haciendo.

Y tal vez era mi imaginación, pero pensé que también podía ver algo en Astrid. Me di cuenta de

que se resistía, porque era inteligente, y porque lo más importante para ella con Daisy. No quería complicar las cosas. Las cosas ya se sentían complicadas, y cada vez que la miraba, quería acercarme a ella. Para siempre.

No sólo por nuestra hija, aunque supuse que nuestra hija era parte de todo esto.

—¿Wes? —Astrid preguntó.

Sacudí la cabeza. —Lo siento —dije—. Sólo me distraje.

Me sonrió, tocando mi brazo por un segundo. —Está bien —respondió—. Lo entiendo. Es un gran paso.

Asentí con la cabeza. —Lo es —dije—. ¿Quieres...

—Sí —respondió.

Daisy nos miraba, con sus grandes ojos abiertos. —¿Qué están esperando? —preguntó.

—Antes de entrar —dijo Astrid. —Hay algo de lo que tenemos que hablar contigo.

—Bien... ¿Pasó algo malo?

Astrid sonriendo. —No, cariño, es algo bueno —dijo—. Pero queríamos hablar contigo de ello juntos, porque también es una especie de gran cosa. ¿Sabes que hace unas semanas me preguntaste sobre tu padre?

Sus ojos se entrecerraron. —¿Sí?

—Bueno, no podía darte una respuesta porque no sabía cómo estaban las cosas —dijo—. Pero Wes es tu padre.

Miró a Wes, con la cabeza inclinada. —¿Lo es?

—Sí, lo es. Las cosas se complicaron entre nosotros, y puedes hacer las preguntas que quieras. Pero mereces saber la verdad, y no sabíamos cómo decírtela antes.

—¿Estás segura? —Daisy preguntó. —¿Es definitivamente mi padre?

—Yo soy. —Lo hemos probado, para asegurarnos —respondí—. Para que quede claro, no tenía que hacerlo, porque sé que eres mi hija. Sólo queríamos ser absolutamente positivos.

—Si eres mi padre, ¿dónde has estado? —Daisy preguntó. No había ninguna acusación en su voz, puedo decir que ella sólo quería saber sinceramente.

Pasé saliva, sin estar seguro de cómo responder a su pregunta. —No lo sabía. Si lo hubiera sabido, habría estado por aquí desde el principio.

—¿Así que no se lo dijiste? —Daisy le preguntó a su madre.

Astrid hizo un gesto de dolor. —No. Pero no es porque no quisiera —dijo—. Simplemente no fui capaz de decírselo hasta hace muy poco.

Daisy cerró los ojos y pareció pensar en ello durante unos segundos. Astrid y yo nos miramos. Astrid se veía pálida, casi como si estuviera a punto de desmayarse, y quería abrazarla, pero no pude. No en ese momento.

Yo también estaba nervioso, porque quería gustarle a Daisy. No quería que se enfadara con ninguno de los dos, aunque supuse que si yo fuera ella, yo también me habría enfadado. Cuando abrió los ojos, esperaba que gritara, o incluso que se marchara.

En cambio, sonrió. —Está bien —dijo—. Esto es genial. Entonces, ¿cuándo os vais a casar?

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

2020

### ASTRID

Había sido un día largo, y después de dormir a Daisy, acompañé a Wes a la puerta de nuestro apartamento.

Me sonrió antes de irse, apoyándose en la puerta. —Me divertí —dijo—. ¿Quién iba a saber que los parques acuáticos eran geniales para los adultos también?

—Shh —respondí en un susurro. —No dejes que oiga eso o querrá volver a ir pronto.

Se inclinó cerca, con los ojos brillantes. —Aunque me divertí —dijo—. Fue quizás el día más divertido que he tenido en mucho tiempo.

Sacudí la cabeza. —Cualquier otro tipo de parque —dije, sacudiendo la cabeza y cruzando los brazos sobre el pecho. —Los parques acuáticos son mi límite.

Se rio, en silencio, y pude sentir su aliento haciendo cosquillas en la piel de mi cara. —Los parques acuáticos son tu límite... Astrid, tú fuiste la que sugirió esto.

—Eso puede ser cierto, pero aun así es donde yo llego al límite —respondí—. Cometí un error. No esperaba llevar un traje de baño...

—Te veías aturdida...

—Rodeado por un millón de niños gritando...

—Vale, sí, esa parte fue molesta —respondió, pero la sonrisa nunca desapareció de su cara. —Pero aun así me divertí mucho. Creo que Daisy también, pero no creo que nos creyera...

—Cuando intentamos explicar que no nos íbamos a casar... —Pregunté, sacudiendo la cabeza—. Oh, sí, no, definitivamente no nos creyó.

—No quiero que piense que nos vamos a casar —dijo—. No si no va a suceder.

Me mordí el labio inferior, mirándome los pies. —No... no puedo —dije—. Quiero decir, tenemos que dar prioridad a Daisy.

—Lo sé —respondió—. Pero no es tan malo pensar en ello, ¿verdad? Parece muy agradable, en realidad.

—Sí —dije, mis mejillas se enrojicieron. —Supongo que no parece tan malo.

No lo miré, pero me cogió la mano. —No creo que tampoco parezca malo —dijo—. Mira, realmente no creo en el destino. Cuando se trata de ti y de mí, tal vez me equivoque al no creer en él.

Lo miré, con los ojos bien abiertos y el corazón latiendo rápido en mi pecho. —¿Qué estás diciendo?

—Creo que sabes exactamente lo que estoy diciendo, Astrid.

—Necesito saber que te vas a quedar. Si las cosas se complican entre nosotros...

—Lo sé. Sé que no quieres lastimar a Daisy, pero yo tampoco. Daisy es perfecta. Ella es lo mejor que he hecho nunca, ni siquiera fui parte de la mayor parte de su vida. Pero ella es, sin duda, lo mejor que jamás he hecho. Y todo es por ti, Astrid. Sin ti, no sería ni la mitad de la niña que es. No sería la increíble adulta en la que se va a convertir. Todo es por ti, y quiero que sepas que estoy muy agradecido. Más que arrepentido, estoy agradecido.

Sacudí la cabeza. —Sólo estaba haciendo mi trabajo —respondí.

—Lo sé —dijo—. Como su madre. No estaba haciendo mi trabajo como su padre.

—No lo sabías.

—Pero ahora lo sé —dijo, apretando mi mano. —Y creo que sería una lástima, dejar que las cosas vuelvan a pasar. Sé que se me ha presentado una oportunidad que la mayoría de la gente nunca llega a tener. Conozco hombres que matarían por estar en mi lugar.

Seguía mirándome los pies, con las mejillas llenas de sangre. —No... no sé lo que estás diciendo.

—Sí, Astrid —dijo—. Sabes exactamente lo que estoy diciendo.

—Yo no...

Levantó mi cara con un dedo torcido y se inclinó hacia adelante, plantando un suave beso en mis labios. Sentí un escalofrío cuando puso su brazo alrededor de mi cintura, acercándose a él mientras abría la boca para permitir que su lengua entrara en mi boca. Mis manos estaban en su pecho, y lo sentí acercarse a mí mientras me sujetaba contra la pared en el pasillo fuera de mi apartamento.

Se alejó de mí, jadeando para respirar. —Dime, Astrid —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Dime que quieres que me detenga y lo haré.

—Eso no es lo que quiero —dije—. No es lo que quiero en absoluto.

Me besó de nuevo, tan fuerte que mi cabeza casi rebotaba contra la pared. En cambio, puso su mano detrás de mi cabeza, y evitó cualquier impacto que pudiera haber habido. Me reí en su boca, y él también se rio, antes de que se alejara de mí y se inclinara, hablándome al oído.

—Escucha —dijo, apretándose con tanta fuerza, que pude sentir su erección presionándose—. Es bueno hacer lo que quieres a veces. Y tú quieres esto, Astrid, puedo decirlo.

Jadeé, inclinando la cabeza hacia atrás mientras me mordisqueaba la oreja, y luego me besó el cuello, presionando más fuerte contra mí. —Puedo sentir cuánto quieres esto —dijo—. Puedo sentirlo sólo por el calor que viene de tu cuerpo.

Eché la cabeza hacia atrás aún más, gimiendo en silencio.

—Llévame a tu dormitorio, Astrid.

Lo juré en voz baja, agarrándole la mano y llevándolo a mi dormitorio. Cerró la puerta tras él, suavemente, y caminamos juntos a mi habitación, mano a mano.

Cerró la puerta de mi habitación también, tan suavemente como pudo, y luego me detuvo, tirando de mí con un poco de fuerza. No me estaba haciendo daño, pero estaba siendo agresivo, y no pude evitar que me gustara.

Me encantaba, de verdad.

Todo mi cuerpo estaba reaccionando a él, y cuando me rodeó con su brazo alrededor de la cintura y empezó a besarme la nuca, sentí que me fundía con su cuerpo. Podía sentir su polla endurecida presionando mi culo, y cuando se detuvo por un segundo, sólo para susurrar mi nombre al oído, sentí todo mi cuerpo tenso.

—Dime lo que quieres, Astrid —me dijo al oído, con la voz baja.

—Tú —dije—. Te quiero a ti.

Podía oír su sonrisa. Me empujó suavemente a la cama, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, tenía sus dedos enganchados en la cintura de mis pantalones de correr. Fue tan rápido al quitarme los pantalones, dejándome en la cama vulnerable y expuesta.

—¿Me quieres ahora, Astrid?

Tragué, todo mi cuerpo palpitaba con anticipación, cada parte de mi cosquilleaba. —Sí —dije—. Sí, te quiero ahora.

Lo escuché acercarse. Miré hacia atrás y lo observé, todavía de pie al borde de la cama, y se desabrochó el cinturón y los botones. Respiré profundamente mientras miraba el contorno de su polla en sus calzoncillos grises, y me tragué, con la boca hecha agua.

Se mordió el labio inferior. Sus ojos brillaban cuando me miró el culo, y pronto, sus manos estaban en mis nalgas, abriéndolas. Sentí que me ponía tensa, y él se rió. —No te preocupes —dijo—. No vamos a hacer eso hoy. No hasta que estés realmente lista.

—Hasta que yo...

—Pero voy a empezar a prepararte ahora —dijo—. Y pronto, como me dices que quieres esto, vas a empezar a rogar por ello. Vas a empezar a rogarme que llene cada parte de ti, Astrid.

Temblé cuando me trazó un dedo alrededor de la raja del culo, sin hacer nada más que eso. Él tenía razón, y yo podía decir que tenía razón, y me asustó.

Y me emocionó, todo al mismo tiempo.

—¿Qué quieres ahora, Astrid?

—Quiero que me cojas —dije, sorprendida por las palabras que salían de mi propia boca—. Quiero que me cojas hasta que ni siquiera sepa mi propio nombre.

—Buena chica —dijo, con su voz más aguda y baja que nunca—. Eso es exactamente lo que quería oír.

Se colocó entre mis piernas, y tirando suavemente de mi pelo, se apretó dentro de mí. Era duro y grande, y aunque yo estaba preparada para él, tenía que ser suave.

Sólo al principio. Justo cuando me estaba acostumbrando a él.

Sentí su mano en mi espalda cuando empezó a empujarme, suavemente como al principio, luego más y más fuerte, cada vez enviando un escalofrío de placer por mi columna. Podía sentir que se excitaba cada vez más al empujarme con más fuerza, cada movimiento me acercaba más y más al borde.

Sentí que el placer se extendía desde mi abdomen al resto de mi cuerpo mientras me follaba, implacablemente, sin piedad, nunca disminuyendo la velocidad. Aunque estaba mirando hacia adelante, podía sentir su fuerte cuerpo masculino detrás de mí, su cuerpo obviamente más poderoso que el mío, y podía sentir el placer en su propio cuerpo, su tenso y masculino armazón presionándome con fuerza mientras el orgasmo se acumulaba dentro de mí. Pronto, me costaba sostenerme en la cama, mis extremidades se sentían como gelatina mientras el placer se extendía por todo mi cuerpo, lo único que podía sentir era la forma en que se sentía dentro de mí, la felicidad se extendía por todo mi cuerpo en explosiones cósmicas, los fuegos artificiales explotaban bajo mi piel mientras me mordían el labio inferior con fuerza para que no gritara, aunque quería... quería gritar su nombre, quería gritar por el placer que abrumaba mi cuerpo.

Lo sentí tenso detrás de mí, y lo escuché decir mi nombre en voz baja, y me decía que venía, y mi orgasmo se sintió como si estuviera a punto de suceder de nuevo mientras me estaba cogiendo fuerte todavía, sus fuertes manos sobre mi espalda, y luego se detuvo, lentamente, sus manos todavía fuertes y firmes sobre mi espalda.

Se alejó de mí y le oí gemir. Miré hacia atrás y le sonreí.

—Eres tan hermosa, Ace —dijo.

Le sonreí. —¿Debo vestirme?

—Probablemente —dijo—. Pero me encanta verte así. De todas formas, debería irme...

—No —dije, mi voz desconocida en mis propios oídos—. ¿Por qué no te quedas a pasar la noche? Puedes irte temprano, si quieres.

Se rió. —O tal vez podamos casarnos —dijo—. Y así no tendremos que andar a escondidas.

Me reí. No podía saber si hablaba en serio. —Bueno, pase lo que pase, todavía tienes que salir a hurtadillas mañana por la mañana.

—Me parece bien —dijo, y se acercó al lado de la cama. Cuando me encontré con su mirada, estaba sonriendo.



## EPÍLOGO

2023

*ASTRID*

Entré en la cocina y Wes me dio una taza de café recién hecho. —Buenos días, Ace —dijo, sonriéndome. —¿Cómo te sientes hoy?

Resoplé y bostecé. —Bien —dije.

—Bien —respondió—. Realmente necesitas descansar un poco. No quiero que estés agotada, considerando todo lo que estás haciendo.

—No estoy haciendo tanto.

Levantó las cejas. —¿No estás haciendo tanto? ¿La boda de los Gonzales, la boda de la Piedra y la gala de Chen?

—Y nuestra boda —dije, sonriéndole antes de tomar otro sorbo.

Sacudió la cabeza. —Deberías contratar a otro vendedor para que se encargue de nuestras flores.

—Ningún otro vendedor es tan bueno —respondí—. Ya lo sabes.

Sacudió la cabeza de nuevo, y luego me dio un beso en la mejilla. —Daisy ya está fuera —dijo—. Se fue caminando a la escuela con sus amigos. Le dije que la llevaría, pero no quiso que lo hiciera.

—Oh, se está volviendo tan independiente —dije—. Es molesto.

—Y vigorizante —dijo—. Es muy agradable verla crecer hasta convertirse en la joven mujer que va a ser.

—Espera a que te ocupes de su primera rabieta —le dije—. No vas a pensar que es agradable entonces.

—He lidiado con su primer berrinche —dijo—. Estabas ocupada en el trabajo.

Abrí la boca en un simulacro de shock. —¿Cómo te atreves? —Dije.

—Se trataba de una camisa —respondió—. Estaba teniendo un colapso porque no tenía ninguna camisa que le gustara.

—Eso suena exactamente como cuando tenía cuatro años —dije.

—Así que ser un adolescente es como ser un niño pequeño, pero con más hormonas —dijo—. Realmente lo estoy deseando. Será como revivir esos años en los que no estuve.

Tragué, mis mejillas rojas. —No hubieras querido estar allí cuando ella tenía cuatro años. Era una niña de pesadilla.

—Sigue siendo una niña de pesadilla —respondió—. Mi niña de pesadilla favorita.

Asentí con la cabeza. —Es la favorita de todos.

—Entonces, ¿qué estás haciendo hoy?

—Mi madre y tu madre han insistido en llevarme a comprar el vestido de novia —dije—. Sigo diciéndoles que no necesito nada elegante, pero ellos siguen diciendo que es mi única boda y que necesito invertir dinero en ella.

—Puedes —dijo, apoyándose en el mostrador y tomando un sorbo de su propio café. —No hay presupuesto para la boda.

—Lo cual es una locura —dije—. Debería haber un presupuesto para la boda.

Sonrió, poniendo su mano en mi hombro. —Nuestros padres tienen razón —dijo—. Te mereces la mejor boda del mundo. Eres una mujer increíble, increíble, y te mereces la mejor boda del

mundo.

—¿Quieres una boda súper elegante?

Se encogió de hombros. —Mi primera boda fue planeada enteramente por mi madre y mi exesposa —dijo—. Fue una gran aventura. Pero nunca me importó. Era tan joven, y no me importaba cómo era la boda. Se sentía como si fuera una fiesta para otra persona.

—¿Te parece que esto es una fiesta para ti?

—No —respondió rápidamente. —Esto se siente como una fiesta para mi esposa, y eso se siente muy importante. Mucho más importante que una fiesta para mí.

—Y para tu hija —dijo—. Daisy está muy metida en la planificación de la boda. ¿Sabías que ella quería estar a cargo de la disposición de los asientos?

—¿De verdad? —respondió él, riéndose—. Mi madre debe haber tenido un ataque.

—No estaba feliz. Fue genial —dijo—. Y ella tiene un muy buen instinto para ello, también. Pero tampoco quiero nada grande. Sólo quiero algo sensato, y hermoso, y eso celebrará nuestra familia.

—Tienes razón —dijo, besándome suavemente en los labios. —Quiero celebrar los tres todo el tiempo, ¿y qué mejor manera de hacerlo que una fiesta?

Me aparté de él y le miré a los ojos. —Cuatro —dije.

—¿Qué?

—Cuatro —respondí, agarrando su mano y poniéndola sobre mi estómago. —Nosotros cuatro. Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Está segura?

—Sí —dijo—. Quiero decir, a menos que cuatro pruebas de embarazo estén equivocadas.

—Voy a hacer una cita con el mejor obstetra que conozco, ¿de acuerdo? Te meteré en el...

Lo besé en los labios, deteniéndolo. —Preocupémonos de eso más tarde —dijo cuando me alejé de él—. Por ahora, está bien sólo disfrutar del momento.

Me sonrió, con los ojos brillantes. —Sí —dijo. —Sí. Cuando tienes razón, tienes razón, Ace.

**FIN**

**Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi lista de correo para una ;HISTORIA SEXUAL GRATUITA! Está llena de historias sexys con mucho romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y sexys que compartir.**

**No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.**

**Si te gustó este libro, también te gustará:**

**Presente perfecto**

**[La bella y el barón](#)**

**[Guardia de mi corazón](#)**

**[Bajo la luna de otoño](#)**

SIGUE LEYENDO AHORA MISMO  
DOCTOR MEJOR AMIGO DE MI HERMANO

Contraportada

La vida de Harlow Zeppelin no va como debería.

Ya debería tener una carrera. Estar casada. Ser alguien.

Sin embargo, no parece que esté en las cartas para ella.

El mismo día que pierde su trabajo, su prometido fuera de serie cancela la boda, rompe con ella y la echa del apartamento que ha llamado hogar durante años.

Desempleada, sin fuente de ingresos y sin futuro, Harlow debe hacer la única cosa que juró que nunca haría.

Tiene que volver a casa.

Peor que eso, el único trabajo que consigue es trabajar para el chico que le rompió el corazón.

El chico que la sacó de Frostproof. El chico que la humilló delante de todos, el chico que casi destruyó su relación con su hermano para siempre.

Peor aún, ese chico es ahora un hombre, y es hermoso. Harlow no puede dejar de mirarlo, pensando en todas las cosas que ella le permitiría hacerle, si no fuera por el hecho de que el Dr. Jordan Linhart también era Jordan Linhart, el mejor amigo de su hermano, y la razón por la que su vida ha ido tan mal.

Harlow sabe que ella nunca podrá perdonarlo...

**PROLOGO**

**2019**

No sabía lo que se suponía que debía hacer.

¿Se suponía que debía estar llorando? ¿Se suponía que tenía que estar gritando, diciéndoles que no podían hacerme esto?

Sí podían. No sólo podían hacerlo, sino que, en realidad, probablemente me lo merecía. No había sido una trabajadora particularmente buena, había estado patinando, sin ser detectada, durante al menos un año. Pero cuando auditaron la compañía, se dieron cuenta de que no estaba haciendo mi trabajo. De hecho, creo que les costó encontrar los registros de un empleado llamado Harlow Zeppelin.

Hice todo lo posible por mantener el bajo perfil y mantener la cabeza gacha, y sabía que no podía culparlos por esto. No me gustaba el trabajo, nunca había sido buena en él, pero agradecería que me avisaran un poco más para poder ponerme a trabajar.

Probablemente me habría dado cuenta, si hubiera prestado atención. Pero no lo hacía.

Estaba parada en el estacionamiento, sosteniendo una caja de cartón con todo lo que me pertenecía, las lágrimas corrían por mi cara mientras me dirigía a mi Dodge Neon del 2001.

No era mucho, pero era mío, y estaba pagado. Eso al menos era algo. Abrí la puerta, puse mi caja de cartón sobre mi ropa limpia en el asiento trasero y me dirigí al asiento del conductor. Cerré de golpe la puerta antes de mirar el edificio en el que nunca volvería a trabajar.

Era un edificio alto de hormigón, estrecho e imponente a pesar de todo. Había toneladas de oficinas diferentes dentro de él, y era probable que no fuera bienvenido en cada una de ellas.

Intenté decirme a mí misma que no era gran cosa. Cuando llegara a casa, se lo contaba a Paul, mi prometido. Él lo entendería. Siempre lo entendió, e hizo todo lo que pudo para apoyarme.

Sabía que iba a salir adelante en este extraño y difícil momento. Siempre lo hizo. Puede que le lleve un poco de tiempo recuperarse, pero no sería lo peor. Lo entendería. Querría que buscara algo mejor, algo que realmente me hiciera feliz. Sólo tenía que averiguar qué era primero.

Después de nuestra boda. Tal vez me concentré todo mi día a día con ser una novia en proceso. Tal vez ese era el tipo de adulto que quería ser, pensé para mí misma mientras entraba en nuestro complejo de apartamentos.

Era un complejo bastante modesto. La calle estaba flanqueada por edificios de dos pisos con balcones envolventes, y esas escaleras que parecían ser escaleras de incendio, pero no lo eran, en realidad, porque este tipo de edificios no tenían escaleras de incendio. No tenían nada excepto los escalones de hormigón y los balcones de los pasillos, y supuse que, si alguna vez había una verdadera emergencia, todos se apiñarían allí como sardinas mientras intentaban salir.

Eso no había sucedido todavía. Si tenía suerte, nunca iba a suceder. Nos íbamos a mudar a una hermosa casa en el campo, antes de que algo así nos sucediera.

Me dije a mí misma que dejara de posponerlo.

Paul tenía que saberlo. *Tenía que saberlo.*

Cerré los ojos, y por un segundo, dejé que mi mente se desviara.

Tal vez, si estuviera con otra persona, no estaría pensando en lo mucho que temía decirle las malas noticias.

Quería pensar que Paul me apoyaría, y pensé que lo haría, pero primero tendríamos que superar el fuerte impacto de su reacción.

No importaba, me dije a mí misma.

Era mi prometido.

Me quería.

Sólo quería lo mejor para mí, y sabía cuánto odiaba este trabajo.

Estaría apretada durante un mes o dos mientras encontraba otra cosa, pero no sería insuperable. Habíamos pasado por cosas difíciles juntos, y nos había ido bien.

Sólo mejoraríamos en ello.

Al menos eso era lo único que podía esperar, de verdad.

Me dije a mí misma que dejara de ser cobarde. Abrí la puerta del coche, respiré hondo y salí, sintiéndome resuelta. Iba a terminar con esto, e iba a ser bueno. Iba a ser exactamente lo que necesitaba ser y nada más.

Éramos un equipo. Paul y yo, íbamos a abordar todo esto juntos.

Aunque mi aliento era débil, subí rápidamente, sabiendo que lo encontraría allí porque no trabajaba los miércoles.

Abrí la puerta, esperando encontrarlo en la sala de estar jugando en su Xbox como lo hacía habitualmente. No estaba. Entré en nuestro dormitorio, lo vi acostado en la cama, y apenas me prestó atención cuando entré en la habitación, prácticamente dando un portazo detrás de mí.

—Hola. ¿Te he despertado? —Yo pregunté. Sabía que no lo había hecho.

—No.

Esperaba más que eso, pero inmediatamente volvió a su teléfono. Ni siquiera me preguntó qué hacía en casa a mitad del día, lo que me molestó. ¿Ni siquiera iba a fingir?

—¿Quieres saber qué hago aquí temprano? —Pregunté, con un poco más de irritación en mi voz de lo que esperaba.

Puso los ojos en blanco y se sentó. —En realidad no —dijo—. Pero parece que te mueres por decírmelo.

—Me despidieron.

Eso llamó su atención. Se volvió hacia mí, con los ojos bien abiertos. —¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé. No creo que estuviera haciendo un buen trabajo —dije, encogiéndome de hombros. —Podrían habérmelo dicho, lo habría intensificado. Yo...

—¿Qué vas a hacer, Harlow? ¿Cómo vas a pagar tu mitad del alquiler?

Sacudí la cabeza, tratando de evitar que las lágrimas brotaran en mis ojos. —Sé que necesito hacer eso —dije—. Pero esperaba que yo...

—¡Y luego me preguntas por qué no quiero una boda cara de culo! —dijo, levantándose bruscamente de la cama. Me di cuenta de que todavía estaba en pijama, pero decidí no decir nada. No era el momento ni el lugar para eso, aunque no sabía por qué insistía en no ponerse la ropa cuando se quedaba en casa.

No era como si ponerse unos pantalones fuera particularmente difícil. Respiré hondo, me dije que no era una discusión que valiera la pena tener, y que había buenas razones para que Paul se molestara.

Tiré algunas sobras al microondas y leí un libro en mi teléfono mientras esperaba que Paul saliera a hablar conmigo. Cuando entré en el dormitorio, él ya estaba dormido, roncando, boca arriba en la cama. No pude evitar estar molesta con él.

Se suponía que debía sentir algo al respecto, pero en cambio, parecía que había perdido el interés en el momento en que le dije que no íbamos a tener tanto dinero. Sin embargo, mi trabajo no había estado particularmente bien pagado, y sabía que podía reemplazarlo fácilmente con otra cosa, así que no me preocupé.

Su actitud me preocupaba más.

Me dije a mí misma que no pensara en ello, lo atribuí a su ansiedad, y me arrastré a la cama junto a él, llevando una camisa de pijama de manga larga y pantalones que se pegaban a mis tobillos para que no se le ocurriera nada. Paul podía ponerse juguetón en cualquier momento, y tanto si me apetecía como si no, siempre me convencía.

Bueno, me convenció de hacerlo para que se callara y yo volviera a dormir, lo que supuse que era, en cierto modo, lo mismo.

Intenté no pensar en ello. Me dije a mí misma que nada de esto importaba, que íbamos a estar bien por la mañana, pero me costaba creerlo, incluso en mi propia cabeza.

Cerré los ojos y soñé.

Soñé que estaba de vuelta en la casa de mi infancia, sentada junto a mi hermano y su mejor amigo mientras hablaban de un videojuego y me esforzaba por concentrarme en un trabajo de estudios sociales que tenía que escribir. Podría haber ido a mi habitación y trabajar allí, pero me gustaba estar cerca de ellos. Me gustaba el ruido, la forma en que se sentía que mi casa no estaba tan vacía. Nuestros padres siempre estaban trabajando, casi nunca los veíamos. Mack era un adolescente tranquilo y estudioso, excepto cuando su mejor amigo, Jordan, estaba cerca.

Cuando Jordan estaba cerca, Mack se ponía ruidoso. Gritaba y gritaba a la televisión, preguntándose por qué los pequeños personajes de la pantalla no seguían sus instrucciones. Se reían tanto que a veces los oía desde mi habitación, su voz resonaba en la pared. Supongo que, si no hubiera deseado el ruido toda mi vida, lo habría encontrado molesto.

Pero no era molesto en absoluto. Era agradable. Sentía que así debían ser las cosas, y me gustaba. Incliné la cabeza para ver a los dos y vi a Jordan mirándome. Había una sonrisa en su cara. —¿Estás bien?

Recuerdo vagamente haberme señalado a mí mismo. —¿Yo?

Se rio. —¿Quién más, niña?

Abrí la boca para decirle que estaba bien. Que no era una niña, y que no tenía que preocuparse

por mí.

Eso no fue lo que salió.

En cambio, de repente sentí que me estaba sofocando, y la habitación estaba sumergida bajo dos o tres pies de agua. Lo primero que pensé fue en mi ensayo. Se iba a arruinar.

Entonces me di cuenta de que me iba a ahogar.

Miré hacia el sofá, donde mi hermano y su amigo habían estado sentados sólo unos momentos antes.

Y no había nadie allí.

Cuando me desperté, estaba jadeando para respirar y mi almohada estaba mojada con mi sudor.

Necesitaba desesperadamente el baño. Me levanté, agarré mi teléfono en la mesita de noche que estaba a mi lado e intenté tocar a tuestas para poder ver con la luz de la pantalla. Después de esa horrible pesadilla, necesitaba luz.

Poco sabía que algo más me estaba esperando.

Algo real. Algo peor.

Desbloqueé la pantalla y se me cayó el estómago cuando me di cuenta de que el teléfono no era mío. Era de Paul, y estaba lleno de notificaciones de aplicaciones de citas y chicas de las que nunca había oído hablar.

—¿Paul? —Me oí gritar—. Paul, ¿qué demonios...?

No se disculpó. Se encogió de hombros, me dijo que la relación había muerto hace tiempo porque 'no me esforzaba lo suficiente', y me dijo que, si no quería quedarme, era bienvenida a empacar las maletas.

Grité y lloré mientras él mantenía la compostura, hablando aquí y allá entre mis sollozos.

Pero no estaba molesta por perderlo.

Estaba disgustada porque mi vida se estaba cayendo a pedazos.

Mi boda. Mi trabajo. Mi futuro.

Todo... estaba más que jodido.

Al día siguiente, estaba conduciendo de vuelta a un lugar al que juré que nunca volvería a menos que fuera Navidad, Acción de Gracias, o alguien estuviera muriendo o dando a luz.

Regresaba a Frostproof.

Me iba a casa.

## CAPÍTULO UNO

2019

Mi hermano dijo que iba a ser divertido, pero me di cuenta de que sólo intentaba suavizar el golpe.

Era mejor así. Incluso con todo lo que había pasado entre nosotros, se preocupaba por mi orgullo.

Cuando le llamé, en medio de la noche, al principio estaba preocupado. Me había preguntado si necesitaba que llamara a la policía o a una ambulancia, pero una vez que logré decir el nombre de Paul -y absolutamente nada más- lo entendió inmediatamente.

—Tenemos una habitación de invitados que está acumulando polvo —dijo—. Nos harías un favor.

Siempre tratando de hacerme sentir mejor, incluso cuando sabía que era una mentira.

Mack era realmente uno de los buenos.

Nuestros padres se las habían arreglado para hacer al menos un buen chico, lo cual era ciertamente algo.

Al principio conduje con lágrimas en los ojos, y me alejé cada vez más de donde había vivido con Paul, me enfadé cada vez más. Mis puños se apretaron más alrededor del volante de mi coche y podía sentir mi mandíbula apretando mientras pensaba en todo lo que Paul me había dicho y hecho.

Apenas me había cortejado. Habíamos caído en una relación porque me sentía sola, y estábamos juntos, y eso era todo. Me había propuesto matrimonio, pero fue cuando estaba borracho, y él dijo que también podríamos casarnos, lo que tomé como una señal de su amor por mí.

Pero Paul no me amaba, y yo tampoco creía que lo amara mucho, porque podía sentir el alivio corriendo por mis venas, llenando mi sangre.

No tenía ganas de volver a casa, pero era mejor que estar con Paul. Y nada me retenía allí. Ni trabajos, ni amigos, absolutamente nada.

Me llevó unas horas, pero no me detuve en absoluto. Llegué a la casa de Mack, la antigua casa de nuestros padres, y sentí que iba a vomitar. La casa era diferente ahora, aunque todavía conservaba las características angulares que la habían hecho tan llamativa cuando llegamos, estaba pintada de un color azul claro, y el patio estaba siendo rehecho.

Yo también podría haberme quedado allí, pero entonces Mack no habría tenido la vida que tuvo.

Y mi hermano se merecía lo mejor, especialmente después de todo lo que había pasado.

Todo lo que le había hecho pasar.

Apagué los faros cuando terminé de estacionar en la acera, e intenté decirme a mí misma que todo iba a estar bien. Mack me había invitado. Me quería aquí. Y volver a la casa de mi infancia no significaba volver al pasado.

Al menos eso era lo que me decía a mí misma, tratando de ignorar lo fuerte y rápido que mi corazón latía en mi pecho.

2009

Me paré cerca del televisor, con los auriculares en los oídos mientras escuchaba mi CD de Blink 182, que se había usado demasiado. No quería oír a mi hermano y a su mejor amigo discutiendo en la sala. Normalmente, no me habría importado, pero había algo en la presencia de



Jordan que me ponía de los nervios últimamente, aunque no podía entenderlo.

Mack bostezó y se estiró dramáticamente en el sofá. Un chico delgaducho, había crecido aún más en los últimos años, y sus miembros eran largos y delgados, así que dependiendo de cómo se moviera, parecía un poco como un esqueleto. Jordan era más pequeño que él, de hombros anchos, con grandes ojos color avellana con un borde negro. También estaba mucho más relajado, y parecía pasar más tiempo en nuestra casa que el propio Mack.

Intenté dejar de mirarlo. Nunca antes había notado el color de sus ojos, porque en realidad, nunca me había preocupado tanto. Era sólo el molesto mejor amigo de mi hermano mayor y nunca le presté atención.

Pero últimamente, parecía que no podía quitarle los ojos de la cara cuando estaba cerca. Noté su nariz recta, la forma en que sus bíceps llenaban las mangas de esas camisas de banda ajustadas que usaba todo el tiempo, la forma en que sus piernas se veían en esos jeans de botas sueltas... Me dije a mí misma que dejara de ser ridícula.

Era Jordan. Mi molesto hermano es igual de molesto que su mejor amigo.

Me alejé de ellos cuando mi reproductor de mp3 se quedó sin batería, el pequeño icono de tres niveles parpadeando en la pantalla en blanco y negro. Gemí en voz baja mientras me quitaba los auriculares.

—Así que sí, me voy a la cama y voy a reflexionar sobre todas esas cosas —dijo Mack, y luego se encogió de hombros. —Te veré por la mañana.

—Buenas noches, amigo —dijo Jordan.

Jordan a menudo se quedaba a dormir. No tenía que pedir permiso a sus padres o a los nuestros, ya que se le consideraba parte de nuestra familia, y sus padres siempre sabían cuando contactarlo.

Normalmente dormía en la litera de arriba de la cama de Mack, que normalmente no se usaba. A veces, dormía en el sofá de la sala, si mi hermano se había ido a la cama cuando Jordan aún no estaba muy cansado. Parecía que iba a ser una de esas noches.

—¿Te quedas despierta, niña? —Jordan me preguntó mientras Mack me sacaba la lengua antes de escabullirse, hacia su dormitorio.

Me encogí de hombros. —No lo sé —dije—. No queda mucho más por hacer.

—Puedes intentar ayudarme a superar este nivel —dijo Jordan, mostrándome una amplia sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara. —Ya que tu hermano es tan marica. Muéstrame que los Zepplins todavía lo tienen, ¿eh?

Puse los ojos en blanco, pero me encontré sentado a su lado. Me dio un control de Xbox y puse mis ojos en la pantalla. Era un juego que ya les había visto jugar antes, pero nunca pude recordar el nombre. Nunca me había interesado especialmente.

—Sólo tienes que usar este botón y este otro para matar a los malos —me dijo, mostrándome en su mando. Tenía que acercarse más a mí para que yo pudiera echar un vistazo. —Puedes parar e intentar evadirlos, pero quédate detrás de mí, ¿de acuerdo? De esa manera, ninguno de los enemigos podrá atacarte, y tal vez podamos pasar este nivel.

—Bien —respondí—. Pero no prometo nada.

Se rio en voz baja. —Quédate aquí, Harlow —dijo—. Necesito un cuerpo caliente. No un desertor como tu hermano.

Me reí en voz baja y, sin pensarlo, me acerqué a él para que se tocaran nuestras piernas. Cuando me miró, su mirada se movió arriba y abajo de mi cuerpo, hasta que mordió su labio inferior.

Se dio la vuelta y cuando volvió a hablar, su voz temblaba. Podía sentir el calor que venía de

su cuerpo, aunque mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que pensé que podría ser sólo mi imaginación.

No podía serlo, me dije a mí mismo, pero entonces de nuevo, ¿qué sabía yo?

—Bien —dijo—. ¿Estás lista para matar algunos zombis?

SIGUE LEYENDO DOCTOR MEJOR AMIGO DE MI HERMANO

**Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi lista de correo para una ;HISTORIA SEXUAL GRATUITA! Está llena de historias sexys con mucho romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y sexys que compartir.**

**No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.**

**Si te gustó este libro, también te gustará:**

**Presente perfecto**

**[La bella y el barón](#)**

**[Guardia de mi corazón](#)**

**[Bajo la luna de otoño](#)**

**También te puede gustar esta serie de Larissa de Silva:**

**El proceso de curación (Los fantasmas de Thornbridge)**

## Nota de la autora

### **Muchas gracias por leer mi libro.**

Me encanta escribir historias de amor. Creo que son hermosas y fascinantes. Creo que hay tantas facetas del romance que quedan sin explorar, y estoy tan agradecida de que decidieras leer este libro y pasar un poco de tu tiempo perdiéndote en un universo que yo ayudé a crear.

Digo ayudar porque sería una mentira decir que estoy dando vida a estos personajes yo sola. Ya existen, ¡es mi trabajo sacarlos de mi cabeza y llevarlos al mundo!

Realmente aprecio tu tiempo y tu apoyo.

**Si quieres apoyar a estos personajes, y este profundo amor que tengo por el romance, por las mujeres fuertes y apasionadas, y por los hombres sexys, sensibles y fuertes, aquí tienes algunas cosas que puedes hacer:**

**Déjeme una crítica.** Si quieres, puedes dejarme una reseña antes de que el libro sea lanzado oficialmente. Sólo déjame una línea en [larissadesilvaauthor@gmail.com](mailto:larissadesilvaauthor@gmail.com) y yo haré que eso suceda.

**Conéctate** conmigo en los medios sociales. Tengo una cuenta de Facebook y soy mala para revisarla, pero ¡me encanta hacer nuevos amigos!

**Únete** a mi lista de correo. No te pierdas los nuevos lanzamientos. Únete ahora mismo para recibir una historia gratis en tu bandeja de entrada.